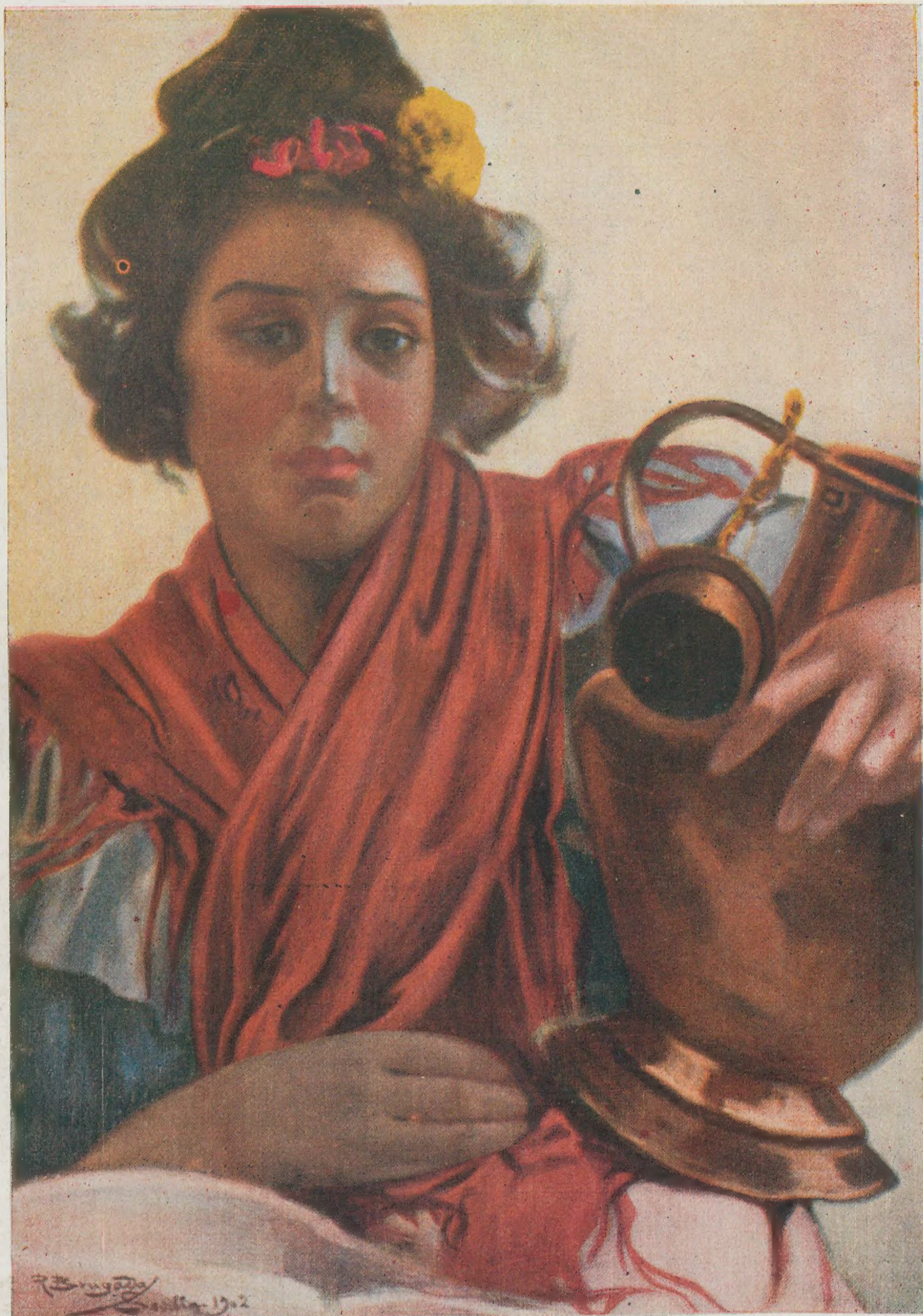
Fray Mocho

REVISTA SEMANAL



"GITANA"

Por Ricardo Brugada

N.° 842

Z/ 13135 : 17,842·(1928)























FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912 — Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVII — Buenos Aires, junio 12 de 1928 — N.º 842

LA SALUD DEL NENE, por Rojas

Ibero-Amerikanisches Institut Berlin Preußischer Kulturbesitz

Por sembrar el desconcierto
gritaron los "oprobiosos":
"¡El chico está casi muerto!";
pero doctores famosos

les replicaron: "No es cierto;
porque con esta lactancia
nunca se enferma la infancia!"

LA SABIA

Por Alberto Insúa

I

La chica más guapa de Fontanar del Monte era Lorencica, la hija del señor Lorenzo, el veterinario, y de la señora Mónica, la costurera. Ningún matrimonio había en Fontanar tan bien avenido y tan aprovechado como el de los Melgares, que así se apellidaba el señor Lorenzo. Honrados y laboriosos, él curando vacas y caballerías y ella cortando y cosiendo para Fontanar y veinte leguas a la redonda, el señor cura no podía menos de presentarles a sus feligreses como espejo de casados, prez y orgullo de la parroquia. Bien parecidos y rebosando salud, don Augusto, el médico se decía al mirarles: "Esta es la raza fuerte de Castilla, tronco sano y pletórico de savia, manantial purísimo de estirpes". Era bastante leído el médico de Fontanar y hasta parece que versificaba un poco. Sólo una vez había debido entrar don Augusto, como tal médico, en casa del señor Lorenzo y la señora Mónica, cuando muy jóvenes ambos y muy frescos, y muy felices, se habían puesto de acuerdo para perpetuarse en la persona, entonces pequeñuca y blanda, de Lorencica. Don Augusto franqueó a ésta las puertas de la vida y el señor cura, bautizándola, le cerró las del Limbo. No escatimó la sal el bondadoso párroco—según decía él mismo, años más tarde—apreciando, la gracia y el donaire de Lorencica. Reíase un poco de estas pretensiones del señor cura don Augusto, llamándose a la parte en las celebraciones que la mozuela recibía de todo Fontanar. Y sucedía así porque don Augusto, solterón austero, le había tomado tal cariño a Lorencica que se pasaba el tiempo que había de perder en el Casino o en la botica "dándole clases y lecciones". A un lado la doctrina, que fué cosa del párroco, y de las labores de aguja, que la señora Mónica supo inculcar perfectamente a Lorencica, cuanto llegó a saber ésta de cuentas, de geografía y de gramática del originalísimo galeno se lo debió.

Don Augusto no pudo concluir su obra misericordiosa y poética de dar luces al alma tosca y espantadiza de una moza del pueblo. Cuando Lorencia iba a cumplir los doce años y comenzaba a espigar, así de cuerpo como de espíritu, el romántico don Augusto desapareció de este mundo. Pero ya había arañado bastante en la corteza castellana de Lorencica y algún que otro grano de curiosidad y de ensueño prendía en la muchacha con vigor. Por don Augusto sabía Lorencica tantas cosas, tantas, que en el pueblo, sin el menor asom de burla, la llamaban *La Sabia*. ¿Quién escribía en Fontanar las cartas del todo el mundo, las cartas difíciles que debían llevar la letra clarita y las razones más claras aun? Lorencica. Y también era Lorencica la que leía las que llegaban de fuera. Las novias y las madres la bendecían como a una santa y sólo la maestra de escuela, una doña Elena, bisoja y maldiciente, "no la podía ver". Tenía sus razones: Lorencica, sin quererlo, le hacía sombra. A nadie se le ocurría preguntarle a doña Elena cómo se ponía un sobre para el Uruguay o cómo se redactaba un memorial o una instancia. Estas cosas las sabía, o las adivinaba, Lorencica y a Lorencica, a *La Sabia*, se iba todo Fontanar con tales demandas y averiguaciones. También leía Lorencica, rodeada del mocerío del pueblo, romances y novelas por entregas. El señor Lorenzo y la señora Mónica no ponían obstáculos a estos favores que su hija "hacía de balde" a los de Fontanar. Marido y mujer eran codiciosos, podría decirse avaros, pero observaban que sus negocios iban viento en popa con el anuncio o señuelo de Lorencica. De muy lejos llamaban al señor Lorenzo para prestar sus servicios de albéitar, y de más lejos aun traían que coser a la señora Mónica sólo por tratar a *La Sabia*. El señor Lorenzo, que con los años y el dinero—pues alguno había apañado ya—iba haciéndose ambicioso y calculador, solía decirle a su mujer:

—Esta chica se casará con quien nos dé la gana. No hay más que echar el ojo... Y el labrador más rico o el ganadero con más de "acá"... será pa Lorencica.

La señora Mónica asentía:

—Una perla tenemos por hija. Hay que ver si es maja y si tié cosas en la cabeza... En el propio Madriz llamaría la atención... Yo no encuentro a quién dársela...

—Yo sí, yo sí...—murmuraba el señor Lorenzo ladinamente, regodeando una idea que les gustaba. —Pero, paciencia, que sólo tié diez y seis años... Dos más y la caso, ¡vaya si la caso!

La señora Mónica se asustaba de las ambiciones del señor Lorenzo.

—Ese que tú estás pensando es mu rico, mu rico... Casi toas las tierras de la Cepeda son suyas... Y no le cuelgan por un millón de riales, Lorenzo...

—¿Es que no los vale la chica?...

Y el albéitar y la costurera, que seguían llevándose a maravilla, terminaban de entenderse con los ojos.

II

Entretanto Lorencica se hacía más mujer y más hermosa. Su belleza campestre, como fruto sano y en sazón, atraía, excitaba. Y eso que Lorencica se dejaba de guiños, contoneos y confianzas. Era guapa pero no coqueta, aunque estuviese muy bien enterada de sus méritos y encantos. La ropa le sentaba admirablemente. Verdad que con cualquier cosa su cuerpo escultórico tenía esa elegancia de la línea y de las proporciones que no ha de ir a buscarse en los figurines. Lorencica era una paleta, pero una paleta afinada, intuitiva, que si en realidad sabía muy poco de todo—aunque fuese *La Sabia* de su pueblo—en cambio sospechaba y presentía cosas que nadie barruntaba, ni por asomos, en Fontanar. Las lecciones del médico le habían descubierto en pleno corazón de Castilla las rutas azules y misteriosas del mar. ¡El mar, el mar! Lorencica acertaba a figurarse un barco, un puerto, ya ver, con los ojos del alma, claro está esas ciudades cálidas y ruidosas de América donde se habla español... Lorencica leía emocionada las conquistas de Pizarro y de Almagro y los viajes de Colón en una historia que le había regalado don Augusto. Lorencica iba con sus padres a la capital y entraba en los cafés, en los cinematógrafos y en los teatros.

Y, por último, Lorencica leía los periódicos, sobre todo los ilustrados, y seguía con pasión el relato de un crimen o las historias de toreros y bailarinas... No envidiaba el destino de nadie, ni nada peligroso o malsano intervenía en sus sueños...

Sólo que... la hija del señor Lorenzo, sin hacerse antipática, sin parecer orgullosa, iba rechazando amores porque "no le gustaba nadie de Fontanar". Todos los mozos del pueblo le daban un poco de miedo. Además — ella se lo decía muy bajito—¡eran tan brutos! "Yo no me casaré—calculaba la buena

GENEALOGIA

En la sala que adornan cosas de antiguo fausto
y horribles bibelotes de la miseria actual,
ante los despintados óleos de los abuelos,
cuando estoy solo en casa, me gusta meditar.

Este abuelo materno del enérgico rostro,
del rugado entrecejo y la barba fluvial,
hubiera sido en tiempos del césar Carlos Quinto,
en el brumoso Flandes, brillante capitán.

A lomos de su mula se recorrió su España,
en la faja chillona, sevillano puñal,
salpicada de besos la luenga barba rubia,
y en los labios bermejos un sonoro cantar.

En todas las posadas y ventas del camino,
donde se detenía a dormir o yantar,
tocaba la guitarra y buscaba pendencias,
y se bebía el vino y no pagaba un real.

Harto de su azarosa vida de aventurero,
en una vela blanca, cruzó la verde mar,
y ya en tierras de América sentó por fin el juicio,
redimido en enormes ansias de trabajar.

¡Oh, la abuela materna de sonrisa enigmática,
de largo cuello fino y de mano ducal!
Tiene en la falda un libro que puede ser de versos
de Espronceda, o sino del cantor de Don Juan.

Romántica la abuela, diz que se desmayaba
en un artificioso momento teatral,
ante una hermosa puesta de sol en la Moncloa,
ante una rosa blanca dormida en su rosal.

Murió joven: he visto por algunos cajones
unas trenzas pesadas, un anillo nupcial,
sedas descoloridas, abanicos bordados
y un libro de memorias que no sé qué dirá.

El padre de mi padre, tiene la faz cuadrada,
un bigote en cepillo, un severo mirar...
Fué soldado; peleó por Cristina
regando en las montañas su sangre liberal.

Lleno de reumatismos y honrosas cicatrices,
recogido en un manto viril de austeridad,
limpiando su uniforme y bruñendo su espada,
vivió infinitos años clavado en su heredad.

¡Oh, la abuelita Ignacia, insigne rezadora,
docta en todos los chismes menudos del lugar...
siempre en sus telas pardas; pardos los pañolones,
pardas las sayas limpias y pardo el delantal!

¡Oh, manos sarmentosas de la abuelita Ignacia,
solas para tejer, solas para amasar!
¡qué medias más calientes las que ella me tejía!
y la borona de oro, ¡qué riquísimo pan!

Y nieto de un soldado y de un contrabandista,
de una aldeana recia, de una mujer ideal,
cuatro rosas de sangre circulan en mis venas
y cada una tiene distinto perfumar;
cuatro rumbos se abren delante de mis ojos...
¡y no sé cuál tomar!

B. FERNANDEZ MORENO.

moza—porque soy poco pa un señorito y mucho pa un pegujalero de Fontanar". Precisamente entonces, cuando Lorencica arreglaba de tal modo su porvenir, el señor Lorenzo y Blas Balmaña, el labrador rico de La Cepeda, comenzaban a intimar y a andar siempre juntos por esos pueblos y por esas ferias...

¿Qué se le daba de esto a Lorencica? Sólo le daban ganas de reír, porque el tal Balmaña, con todas sus tierras y alquerías, era el hombre más desventurado del mundo si, como era dado pensar gran parte de la ventura humana consistía en tener cara de persona y en parecer un cristiano y no una bestia torpe, más ridícula que repugnante. ¡Había que ver, es decir, había que no ver a aquel hombre!... Bajetón, regordete, la cabezota rapada entre los hombros; bizco, chato, mofletudo y con una boca carnosa y estirada, hacía pensar, con perdón sea dicho, en un cerdo: en un cerdo que usaba sombrero de fieltro, zamarra de buen paño, tapabocas de lana y que comía y bebía—eso sí—con cuchillo, tenedor y vaso, no como todo el mundo, sino mejor que todo el mundo, porque aquel animal era rico, muy rico, y podía permitirse todos los lujos y caprichos de la andorga. Y como el señor Lorenzo, a los cincuenta años, era todavía un buen mozo, tan buen mozo que daba orgullo verle y pensar "este es mi padre", pues resultaba más feo aun, más achaparrado y ridículo el ricachón de La Cepeda.

El cual por momentos se ponía a mirarla con los ojos derretidos y relamiéndose la bocaza húmeda como si hubiera concluído de comer arrope.. ¿Por qué la miraba así el tío Blas?

La señora Mónica hubo de reprenderla:

—Don Blas, has de decir, Lorencica, que por las tierras y dineros que tié, bien se merece el don...

—Tío y retío le llamaré siempre, madre, que por lo feísimo y lo mazorral que es, y por el asco que le tengo no se merece otro título...

—Nadie puede decir de esta agua no beberé, Lorencica, y tanto vales cuanto tienes... Conque ya lo sabes...

—¿Qué quiere usted decir, madre?

—Na, hija de mis entrañas, sino lo que estás cavilando...

Lorencica encendióse en cólera y en rubor.

—¿Ustés..., ustés querrían que ese tío me siguiá mirando?

Y como el gesto de la señora Mónica respondiese: "Pues si lo hacemos topa que te mire", Lorencica salió corriendo de la casa y no paró hasta un campo distante y solitario, donde pudo llorar a sus anchas, jurándose que no sería nunca la mujer del tío Balmaña, pero nunca, "lo que se decía nunca..."

III

"¡Dios mío!—pensaba Lorencica—¿de manera que ya estoy casá con el tío Balmaña que va ahí, frente de mí, en este tren que nos lleva a los Madriles? No, casá, no, toavía, no, porque el juez y el señor cura habrán escrito esto y predicao lo otro, pero entre el tío Blas y yo, toavía... toavía..." Lorencica se echó a temblar. ¿Qué faltaba para llegar a Madrid? Unas cuatro horas... Y una vez en la corte, sola con él, que era su marido, su dueño y señor, no habían de valerla dengues ni desmayos... No que el tío Blas fuese tan bárbaro como horroroso, pero ¿podría ella desvanecerse y como derretirse en lágrimas cada vez que él se acercase llamándola "prenda mía..., preciosa..., y Lorencica de mi corazón?". Ella tendría que pasar, como todas las mal casadas, por el trance amarguísimo de permitir que se cumpliera la ley de Dios, aunque su alma y su cuerpo protestasen. "¿No me he casao? ¿No he sío tan cobarde que no he podío echarme al pozo o colgarme de una viga de mi cuarto? Pues ahora tengo de aguantarme... Pero, señor, si yo odio a este hombre, si yo no podré acostumbrarme, si sólo su vista me horripila... Tasca el freno, Lorenza Balmaña, que ya no eres Lorencica... Los roñazos y los golpes de padre; las retahilas de insultos y las amenazas de madre y hasta los consejos del cura, que paece mentira que haya querío juntar una criatura de Dios con otra del mismísimo Satanás... me han traío a esto: verme en un tren, camino de Madriz, convertía en la mujer de un hombre rico, eso sí, pero más zafiote y más feazo que la propia fiera Corrupia."

Así iba cavilando la pobre, la infeliz Lorencica, mientras el tren tragaba kilómetros aproximándose a Madrid. ¡Si el viaje durase eternamente! ¡Si aquellos campos de Castilla, secos, planos y parduscos que parecían interminables, fuesen de verdad infinitos!... Pero Lorencica sabía perfectamente que el tiempo se gasta, que los campos concluyen y que las ciudades aparecen, por fin, dispuestas a encubrirlo todo por dinero... ¡Y el tío Balmaña tenía tanto dinero, tanto!... Ahí mismo, al lado de ella, en una maletita comprada en la capital, iban joyas y billetes... Lorencica la palpó. ¡Qué largo viaje podría hacerse con lo que había ahí! Uno de esos viajes de novios como los que se leían en las novelas de los periódicos... Sólo que si el novio había de ser Blas Balmaña, ¿no era mejor acabar cuanto antes y resignarse, como cordera, a morir?...

Los campos... Los pueblos... Las estaciones tristes de los pueblos... Lorencica seguía las etapas de su calvario. Sólo se había asomado a la ventanilla dos o tres veces, cuando por el andén de alguna estación grande creía adivinar en una pareja joven a unos novios o a un matrimonio feliz... Después, hundida en su asiento, seguía rumiando sus penas y espantándose frente a la vida horrible que comenzaba... "Si don Augusto me viese... Él, que quería un príncipe... o por lo menos un hombre de carrera... para mí". Y volvían a los ojos las lágrimas y a la tabla del pecho el volteo del corazón. "No, yo no pueo... Yo abro la portezuela al paso de un túnel y me estrello... Si no hubiá gente... Pero si no hubiá gente él me hablaría y se vendría a mi vera..." Y él, con una diplomacia cazurra, sin revelar curiosidad ni impaciencia, iba fumando cigarro tras cigarro y haciendo la digestión laboriosa del festín de la boda... Estaba verdaderamente monstruoso el señor Blas Balmaña, con la cara encendida por la gula saisfecha y por sus ensueños de marido, que tenía derecho a alimentar... Lorencica sólo de reojo le miraba y su miedo crecía conforme más iba conociendo aquella cara repul-



LA QUE ESCUCHA. — ¡Qué sinvergüenza! Pues no le dice al marido que baje la voz porque pueden oír los sirvientes!...

MOMENTOS PROFETICOS

Para quien siente en sí la necesidad de una reforma íntima; para quien ha menester quebrantar el hábito o inclinación que tiene bajo yugo a su personalidad moral; para quien ve agotadas las energías que de sí mismo conoce, lo complejo y variable de nuestra naturaleza es prenda de esperanza, es promesa dichosa de levante y regeneración. Porque, supuesto para contener o alentar los movimientos de esa espontaneidad infinita es a ellos a quien se debe que seamos capaces de libertarnos y de renovarnos. Cada una de las desviaciones o disonancias de un momento: ráfaga de entusiasmo que calienta el ambiente de una vida apática; acierto o intuición que rasga las sombras de una mente oscura y torpe; vena de alegría que brota de un erial de horas tristes; inspiración benéfica que interrumpe la unidad de una existencia consagrada al mal: cada una de estas desviaciones de un momento, es como un claro que se abre de improviso sobre un horizonte de bonanza, y ofrece, para la reacción redentora de la voluntad, un punto de partida posible. Observar y utilizar tales disonancias, es resorte maestro en la obra del cultivo propio. Y aún cuando la atención y la voluntad no detengan ante ellas el paso... La veleidad dichosa, el momento rebelde, se pierden entonces en el olvido y la sombra, y se reanuda el tenor usual de existencia. ¿Es qué han pasado para no volver? — ¡Quién sabe! ¡Cuántas veces han vuelto...; han vuelto de esa profundidad ignorada de uno mismo, dónde vagaron por misteriosos rumbos; y su reaparición no ha sido sólo el eco que vanamente suena en la memoria, ni nueva veleidad que anima el soplo de un instante, sino ya impulso eficaz, voluntad firme y duradera, nuncio de redención, aurora de nueva vida!

Las más hondas transformaciones morales suelen anunciarse, muy antes de llegar, por uno de estos momentos que no dejan más huella que un relámpago y que confundimos con la muchedumbre de nuestras efímeras inconsecuencias: oscuro y desconocido precursor, profeta sin signo visible, que pasa allá adentro envuelto en la corriente del vulgo.

José Enrique RODO

siva y grotesca que ya tenía para siempre delante de sus ojos. ¡Para siempre!

Un muchacho vestido a lo señorito, que venía en el mismo coche, la miraba piadosamente como si adivinase. Era un joven de la capital, sin duda, y parecía muy inteligente. Una vez, como el tío Balmaña hubiese comenzado a dar cabezadas con acompañamiento de ronquidos, aquel joven la contempló con una sonrisa que quería decir: "Hija, la compadezco... ¿Cómo usted, tan fina y tan buena moza, se casó con semejante bruto?"

Y Lorencica habría querido contarle toda la historia y preguntarle si había justicia en la tierra, si "estaba bien" aquello de vender a una mujer joven y que tenía, allá en las honduras del alma, sus ilusiones, por unas tierras, por unos ganados y por unos cuartos miserables, a aquel tío que el joven compasivo estaba viendo... y oyendo, porque el señor Blas Balmaña, cansado, sin duda, del silencio de su mujer, se había decidido a dormir el vino de la boda ruidosamente...

El joven bajó en una estación grande, diciéndole adiós a Lorencica con otra sonrisa que parecía aconsejar: "No haga usted caso del animal ese". ¿Cómo no hacerle caso?

Seguían los campos amarillentos, los pueblos terrosos, achaparrados en la llanura... Cruzaba el tren sin pararse por apeaderos y por estaciones pequeñas y se detenía en otras más importantes... A veces pasaba otro tren, en sentido contrario: algún tren que se escapaba de Castilla, que iba hacia los campos verdes y húmedos del Norte; tal vez más lejos: hasta el mar... ¡Oh, angustia! ¿Por qué no iba ella en uno de aquellos trenes? ¿Por qué, aprovechando el sueño de Balmaña, no cogía la maleta chica, que guardaba joyas y dinero, y se escapaba?.. ¡Era tan fácil! El tío Blas dormía profundamente, con la cabeza abotagada sobre el pecho. Y una campesina vieja que iba al otro extremo del coche dormitaba también... ¡Era tan fácil huir! Ella, *La Sabia*, no le tenía miedo al mundo. Con dinero llegaría hasta el mar; con dinero subiría a un barco; con dinero arribaría a esas tierras lejanas, que su alma consideaba próximas, porque Castilla, la seca y pobre Castilla, las había descubierto y poblado... "Allá" se hablaba español. Y como sabía coser y bordar, encontraría trabajo... ¡Si tuviera valor!... Se pasó una mano por la frente y se acercó a la ventanilla buscando aire y buscando luz. Atardecía. Ya cerca de Madrid, tras unos pinares, el crepúsculo ensangrentaba el cielo y, poniendo en las nubes resplandores violáceos, creaba un extraño paisaje, un quimérico paisaje, en el cual las nubes cárdenas eran remotas montañas y toda la parte baja del horizonte—de un verde pálido, de un azul blanquecino — era como un manso mar que acariciaba, que atraía... ¡Huir, huir! Su misma tierra austera y resignada la invitaba con aquel espejismo a la salvación... Caía la tarde. Alguna luz dorada el marco de alguna ventana. Encendíanse los relojes de las estaciones. Al pasar por un pueblo unas campanas voltearon el toque de oración. Sufrir, doblegarse al martirio, aconsejaban las campanas... Y todo el paisaje, ya obscuro, triste y grave, decía igual: sufrir, llevar la cruz, llevar la cruz..

Ruido, voces y un torrente de luces... Una estación grande, que no era Madrid... Y al otro lado del andén, otros coches, otra máquina y otros viajeros que llevaban la dirección contraria, que iban—*La Sabia* había leído los rótulos sobre los vagones— a Santander, a Vigo, a La Coruña, es decir, hasta el mar... Era tarde. Era imposible. Con la sacudida del tren y con el tráfago de la estación, el tío Balmaña había abierto los ojos. *La Sabia* se acurrucó, vencida, en su asiento, aceptando su cruz...

Pero el tío Blas volvió a cerrar los ojos y volvió a roncar, con la cabeza caída en el pecho y las dos manos rojas y mantecosas sobre las rodillas... ¿Qué faltaba para llegar a Madrid? Una hora a lo sumo... Lorencica miró a la campesina vieja que iba al otro extremo del coche. No dormía, pero rezaba, al parecer extasiada, lejos de la vida momentánea, cerca de sus muertos o de Dios. Lorencica tomó la maleta chica y, mirando al tío Balmaña, petrificado en su sueño bestial y dichoso, abrió con lentitud la puerta, bajó el andén, cruzóle y entró en el otro tren, en el que huía, sin dudar, sin temblar, pareciéndole que hacía algo justo y necesario... Sólo cuando se vió sentada en el otro coche tembló, calculando que el tío Blas podría despertarse y clamar por ella desde la ventanilla desaforadamente... Y esto sería su perdición.

¿Qué tren había comenzado a andar? ¿El de ella, o el de *él*? Un viajero, un hombre maduro y bondadoso—que sorprendió su inquietud, le dijo:

—Somos nosotros los que andamos... ¿Va usted muy lejos?

Lorencica se puso roja y no respondió nada. Y disculpándose con una sonrisa de su atolondramiento, se acercó a la ventanilla y echó el busto fuera, pensando que las sombras de la noche la protegerían.

Y entonces *La Sabia* respiró. También el otro tren marchaba, llanura adentro, hacia Madrid. No oyó ningún grito; no vió ningunos brazos agitánlose en el aire como si quisieran prenderla, como si quisieran atenazarla... Sólo vió los coches negros que se alejaban, que desaparecían, y el farol rojo del furgón de cola que brilló bastante tiempo solo, redondo, como un astro encendido que se hundiese en la tierra.

MARGEN

¡Oh tú que fuiste santo como santo no fuera
El buen Raimundo Lulio o el señor San Francisco;
Tú que supiste toda la maldad del aprisco
De lobeznos humanos en la fatal pradera!

Al joyel de tu arcadia lo robó una quimera,
Al bajel de tu encanto lo hizo añicos un risco
Y bajo el traje persa o el traje berberisco
Ocultabas un alma llena de primavera...

Lo demás lo forjaron los satanes dispersos
Quemados en la lepra de destinos adversos,
Para cuya menguada razón concupiscente

Fuera elogio el decirte que habías delinquido
Sin ver tras la grandiosa majestad del vencido
Diez jardines de ensueño bajo un cielo de Oriente.

RENE ZAPATA QUESADA

ANECDOTA

*El marqués de Th***, de guarnición en Brujas, hacía la corte a la señorita de W***, de extraordinaria belleza, la cual tenía tres hermanos. La señorita de W*** se enamoró excesivamente del marqués hasta el punto de que un visible embarazo hizo pública la ligereza de su conducta. El marqués se negó a casarse, y al poco tiempo el regimiento donde servía recibió la orden de marchar. No había andado tres leguas cuando le alcanzó el mayor de los hermanos W***. Sin decir palabra se internaron en un bosque próximo; y algunos minutos después, Th*** continuaba su camino dejando muerto a su adversario.*

Varios meses después encontrándose en Bayona, fumaba tranquilamente a la puerta de su casa, cuando vió bajar de una silla de postas al segundo de los hermanos, que se dirigió hacia él.

—Sé a lo que viene usted — le dijo — y estoy dispuesto a seguirle.

Fueron a batirse a las orillas del Adour, y el marqués se desembarazó del segundo lo mismo que del primero.

Permaneció dos años sin volver a oir hablar del asunto. Obligado a pedir el retiro por una de esas afecciones del pecho que no perdonan, había ido a morir a su castillo, a una legua de Belley. Una mañana le anunciaron la visita de un extranjero: el tercer hermano.

*—Conozco el motivo de su viaje — dijo Th***—; pero no valía la pena de incomodarse: antes de poco la naturaleza me habrá hecho, sin ningún peligro para usted, todo el mal que pueda Ud. desearme.*

—Unicamente yo estoy encargado de mi venganza — respondió el joven con arrebato.

El marqués pidió, entonces, su espada, y apoyándose en el brazo de su criado, se arrastró penosamente hasta la linde del bosque. Atacado con viveza, se enredó, en unas yerbas, y cayó al suelo.

*—Levántese usted — dijo W***; — yo he venido a combatir y no a asesinar.*

*Continuó el lance y W*** cayó atravesado por una estocada.*

El marqués no le sobrevivió más que tres semanas.

Emilio COLOMBEY.

Cuentos judíos

David, Mayer y Bloch van al entierro de Blum. Y ante la tumba dice David:

—¡Pobre Blum! No esperaba morir tan joven. Apenas hace tres meses que se hizo un seguro de vida...

—Efectivamente — interrumpe Bloch—, ha tenido siempre suerte para los negocios.

***

Era un invierno. Avrom marcha a caballo por el campo. La nieve cae incesantemente, el cielo se oscurece por segundos y la noche avanza. Avrom intenta en vano animar al caballo que tirita de frío. Bien pronto se hace de noche.

—Voy a morir de frío — piensa Avrom—Dios mío: si me libras de este peligro te prometo vender el caballo y emplear lo que me den por él en socorrer a los necesitados.

Apenas ha dicho esto cuando la nieve deja de caer, y el cielo se esclarece. Avrom puede continuar su marcha.

A la mañana siguiente se presenta en el mercado para vender el caballo, venta que lleva a efecto en la pequeña cantidad de diez rublos.

Y, por supuesto, con pacto de *retro*.

—¿Vuelve?
—Sí.
—¿Para siempre?
—¡Quien sabe!
—Usted disculpe, pero me parece que su sobrino está un poco loco. De otra manera no se explica que venga a enterrarse en este pueblo.
—En él nació.
—Pero su padre se lo llevó cuando apenas contaba seis años de edad. No creo que pueda sentir nostalgias...
El señor Matías Domínguez estaba cansado de contestar a las mil preguntas que los vecinos le formulaban acerca del sobrino que llegaría de América. Los amigos, los conocidos, los desocupados, todos querían enterarse de mil y un detalles referentes al indiano: "Se ha hecho rico?" "¿Viene de Nueva York?" ¿De San Pablo? ¿De Buenos Aires?" "¿Casado? ¿Soltero?" "¿A qué piensa dedicarse?..."
¡Y así durante días y semanas!...
Si don Matías se mostraba fastidiado por el incesante interrogatorio, los demás murmuraban:
—No parece alegrarse mucho de la próxima llegada del sobrino.
—¡Porque no es más que uno! ¡El hubiera preferido que fuesen tres!
Aludían, al decir esto, a las tres hijas solteras de Domínguez que, según las malas lenguas, amenazaban quedarse para vestir santos.
En cambio, el viejo ansiaba abrazar cuanto antes a su sobrino.
—Ya estará en viaje, ¿verdad, papá?
—Escribió diciendo que telegrafiaría desde Gijón.
—Debe ser un muchacho alegre...
Así, por lo menos, lo demostraba en las cartas que con encomiable regularidad enviaba por turno a sus primas, y que éstas recibían con mil comentarios.
—¡Qué cartas más raras! — decía María, la mayor. — ¡No tienen pies ni cabeza!
—Sin embargo — disentía Cristina — cuando las leo me causan la impresión de que oigo su voz.
Sara no decía nada. Y cuando María y Cristina se divertían declamando las cartas del primo y comentándolas burlonamente, ella sufría en silencio por la falta de respeto de sus hermanas.
Bajo los arranques de alegría, de buen humor, de picardía, con que Alfredo salpicaba sus párrafos, Sara adivinaba una vaga tristeza oculta, una profunda amargura.
Y la inesperada resolución del regreso corroboraba sus sospechas.
—¡Quién sabe cuántos desengaños ha tenido! — pensaba.
Y releía la última carta de Alfredo:
"...¡Soto será mi dulce refugio! Tú no puedes imaginarte el ensordecedor estruendo de estas ciudades infernales. Tendré que reeducar mis oídos para percibir el silencio, el inefable silencio de la vida rural. ¡Ah! ¡Cuántos deseos tengo de huir de estas calles sin aire y sin sol! ¡Me ahogo!..."
Mientras tanto, María y Cristina se devanaban los sesos para desentrañar el misterio del inesperado regreso.
—¿Cuál será la causa, papá?
—Pronto podrán preguntárselo a él.
—¿Nos dirá la verdad?
La curiosidad de las hermanas fué acicateada por la llegada de dos paquetes de libros dirigidos al

El Bosque de las Brujas

señor Mathew Storn, en casa del señor Matías Domínguez.
—¿Quién será ese Storm?
—Algún amigo de Alfredo, seguramente.
—¿Y vendrá a vivir aquí?
—En Soto no hay hoteles. Tendremos que alojarlo en casa.
Estaban muy lejos de imaginar que *Mathew Storm* era el seudónimo literario del primo y que los en busca de satisfacción artística y de íntimo desahogo. Las *Cartas a mis primas* publicadas en libro, eran las mismas, sin quitar palabra, que había mandado a Soto.
María y Cristina, creyendo que se trataba de una de las frecuentes bromas de su primo, desataron el paquete.
—¡Están escritos en turco! — dijo el señor Domínguez, quien,



cinco volúmenes elegantemente encuadernados representaban las últimas producciones que el famoso autor de Littles Stories ("Historias breves").
Hacía algún tiempo que el espíritu de Alfredo Domínguez sufría una dolorosa crisis. No era cansancio, sino una intensa aspiración a algo menos rudamente material que el ambiente en que vivía. De ese hondo e insatisfecho sentimiento estaban inundados los cuentos fantásticos que lo habían hecho célebre. Su poderosa inspiración desechaba los temas de la vida diaria, prefiriendo volcarse en concepciones exóticas e irreales. De ahí que durante dos años dejara que su imaginación volase a sus lejanas primitas como las hijas, no sabía una palabra de inglés.
Sara quiso hojear uno de los volúmenes, y cuál no sería su sorpresa al ver que las cartas del libro comenzaban con los nombres *Mary, Christina y Sarah*, fácilmente reconocibles. *My little Sarah* (Sarita mía) figuraba cincuenta veces. Y se propuso pedir cuentas a su primo en cuanto llegara, de aquel misterio, de aquel *dulce* misterio ¿Qué quería decir *little*? ¿Y por qué ante los nombres *Mary y Christina* no se leía *little*, sino *My dear*? (Querida mía).
Por fin, una noche recibieron el telegrama de Gijón: "Llegaré mañana, Alfredo".

* * *

Ya hacía una hora que esperaban.
Alfredo, asomado a la ventanilla, se dió a conocer antes de que el tren se detuviera:
—¡Tío! ¡Tío!
En seguida advirtió la penosa impresión que su figura producía en sus parientes.
Abrazó y besó a su tío y a María (Sara y Cristina habían permanecido en la casa ultimando los preparativos para recibir dignamente al viajero).
—¿Soy el único pasajero que desciende en Soto?... Sí, sólo traigo dos valijas. Los baúles llegarán mañana... ¡Qué hermosa estación! ¿eh?...
Se veía que quería decir algo y no se atrevía. Pero, apenas se instalaron en el carruaje, habló:
—Este... yo le había escrito a Sara. Tal vez no haya sido lo suficientemente claro. Ya ves, tío: soy jorobado. Las chicas tendrán motivo para alegrarse, pues los jorobados traen suerte...
—¡Sin embargo, tú eras derecho como un poste!
—Una viga, que hubiera podido aplastarme, me dejó en el estado que ves. No quise someterme a una operación quirúrgica.
El padre y la hija guardaron silencio. Luego, don Matías desvió la conversación:
—¿Y tu amigo Storm? Hemos recibido dos paquetes de libros dirigidos a él.
—¡Oh!... Resolvió desembarcar en el primer puerto. Pero me prometió que vendría.

* * *

Durante los primeros días, Alfredo pareció vivir con la despreocupación de un colegial en vacaciones. Dormía ocho horas seguidas y se levantaba al alba. Al acostarse, se sentía embargado por la serena dulzura de las plácidas noches campestres: nada de representaciones teatrales, de conciertos, de charlas en el club o en el café. Y ¡oh, felicidad de despertarse sin preocupaciones ni temores! Afirmaba a sus primas que un hombre como él, abrumado durante tantos años por la vorágine de las grandes ciudades, no podía reclamar dicha mayor.
María y Cristina estaban un poco cohibidas por la presencia de Alfredo, y no ocultaban su desagrado por aquel defecto físico que hacía recaer sobre ellas las burlas de las amigas.
Sara, en cambio, tiernamente compadecida, trataba de descubrir los menores deseos del joven para satisfacerlos inmediatamente. Un día, al ir a llamarlo para tomar el desayuno, quiso descifrar el misterio de las palabras *little y My dear*.
—Alfredo, quiero que me explique...—Un ademán del primo la obligó a interrumpirse, pero en seguida reanudó:— No, no puedo acostumbrarme a tutearlo... Me cuesta mucho.
—Si es así...—Y Alfredo le tomó cariñosamente las manos, reteniéndolas entre las suyas.
—Quiero que me explique algo que, dada mi ignorancia, no alcanzo a comprender... En uno de los libros del señor Storm encontré...
—¡Ah! ¡Ya sé! Encontraste tu nombre y el de tus hermanas encabezando las cartas que forman el libro, ¿no es eso?
—Sí.
—Pues bien: mi amigo Storm me pidió un día que le dijera tres

nombres de mujeres para otros tantos personajes de una novela que estaba escribiendo. Casualmente, las protagonistas eran tres primas... Y a mí se me ocurrió darle los de ustedes. Esa es la explicación.

—¿Y por qué delante de mi nombre ha puesto siempre *little*? ¿Qué quiere decir?

—¡Oh!... ¡Una cosa muy fea!.. ¿Te enojas?... No, *little* es casi una caricia. *My little Sarah* quiere decir: Mi pequeña Sara, mi Sarita.

—¿Y por qué delante de los nombres de María y Cristina ha puesto...

—*Mai dier.*

—No.

—Es así como se pronuncia. Significa, simplemente, "Querida mía".

—¿Y qué dicen las cartas?

—Aparecen como si hubieran sido escritas por un primo lejano. Forman una novela.

—¡Lástima que yo no pueda leerla!

—Las novelas es mejor hacerlas...

—¿Cómo?

—Sí; hacerlas, sin habérselo propuesto. Es decir: *vivirlas*.

—¡Ya sale con sus cosas raras!

—¡Quién sabe si tú no estás viviendo una novela!

—¿Yo?

—¡Eres tan distinta a tus hermanas!

—Y... ¿cómo termina la novela de su amigo?

—Storm es un escritor un poco extravagante. Ha dejado su libro inconcluso. ¡Cuántas cosas inconclusas hay en el mundo!... Mejor dicho: ¡cuántas cosas hay que no terminan como debieran terminar!

—Es cierto.

—¿Cómo lo sabes..., *muy little Sarah*?

—¡Qué gusto de ponerme en apuros!... Algunas cosas se saben... porque se saben.

—Si mi amigo Storm hubiese oído esta respuesta, la habría utilizado para alguna de sus novelas.

—Dígame, Alfredo, ¿por qué no escribe novelas usted también como lo hace su amigo Storm? ¿Por qué?

—Muchas veces me lo he preguntado: ¿por qué no escribiré novelas yo también?...

—A todo esto, me olvidaba de decirle que el desayuno está servido.

—Vamos entonces.

Pero no soltó la mano de la prima, que aún estrechaba fuertemente, sino después de haber estampado en ella un beso. La joven huyó precipitadamente de su lado, con el rostro encendido como la grana.

* * *

Don Matías, contento de que Alfredo se hubiese adaptado por completo a la somnolienta vida del pueblecito, quiso esa noche, ya que debía permanecer en casa por la lluvia desencadenada, hacer algunas preguntas a su sobrino. Había estado aguardando durante una semana la ocasión propicia para ello. Comenzó la conversación con un pretexto cualquiera: el de que Alfredo se hubiera pasado los últimos dos días encerrado en su cuarto, escribiendo continuamente, sin más descanso que el imprescindible para almorzar.

—Me parece que no hemos conseguido hacerte olvidar por completo a tus amigos de Nueva York. ¿Qué escribes? ¿Cartas?...

—No... Es decir, sí... Pero tal vez sean las últimas. Mañana comenzaré a pasear por los alrededores. A propósito: pienso ir al Bosque de las Brujas. ¿Quieren acompañarme? ¿Tienen miedo? ¡Que no se diga!... Las brujas no aparecen de día...

—Ni de noche—interrumpió don Matías.

—Sin embargo, se afirma que sí... Recuerdo que papá me aseguraba que las había visto. Eran tres brujas que le dieron...

—Las famosas naranjas picadas, sí. Pero no olvides que tu padre era un espíritu amigo de fantasear, de ver cosas que los demás no veían. Nadie vió nunca las naranjas picadas.

—Pues yo..., creo en las brujas, y quiero encontrarme con ellas. Antes de embarcarme consulté con un célebre hechicero americano, y me aconsejó que viniera, añadiendo que quizá obtuviera lo que deseo.

—¿Qué deseas?

Don Matías escuchaba entre incrédulo y asombrado. Las primas, que habían reído al oír hablar de las naranjas picadas, se pusieron serias.

—¿Qué deseas?—insistió el tío.

Pero Alfredo siguió hablando, sin parar mientes en la pregunta:

—Lo difícil es encontrar un compañero. Creí, no obstante, que no ha de faltar quien quiera ir conmigo al Bosque de las Brujas. Si estuviese aquí mi amigo Storm, ya se habría ofrecido.

—Te confieso que no entiendo... No concibo que creas en la existencia de brujas. Y además, ¿qué querrías de ella? ¿Otras naranjas picadas como las que le dieron a tu padre?

María y Cristina se echaron a reír.

—En todo caso—intervino Cristina—Alfredo las preferiría de oro. Yo oí decir que un cabrero...

—No me desagradarían, por cierto, pero no pretendo tanto. Las brujas se reunen por las noches en los bosques para celebrar sus conciliábulos. Todo el mundo las teme, porque los hombres ignoran que son capaces de concedernos lo que les pidamos, siempre que sepamos pedirlo.

En ese momento, Alfredo se sentía transformado en Mathew Storm, el vigoroso escritor de cuentos fantásticos. Preparaba una *little story* en acción, para escribirla más tarde. Y se regocijaba interiormente al ver que provocaba en sus primas la misma viva curiosidad con que sabía cautivar a los lectores desde las primeras líneas de sus relatos.

—Mis queridas primas — prosiguió,—poseo una varita mágica no mayor que una lapicera. Cuando la muevo, llueven los dólares...

—¡Oh! Brujas, varita mágica... ¡Hoy estás con ganas de bromear!

María y Cristina comenzaban a experimentar una extraña inquietud. Sara, la *pequeña* Sara, escuchaba en silencio, pendiente de los labios de su primo; lo miraba extasiada, medrosa, arrobada, en una amalgama de sensaciones misteriosas.

—Hablo en serio, tío.

—También aquí, en el pueblo, se dicen en serio extravagancias más descabelladas que tus fábulas... Y no se refieren a brujas, sino a ti. ¿Quieres conocerlas?... Pues..., se asegura que has huído de América porque se te acusaba del asesinato del marido de una mujer riquísima... Otros afirman que estabas al frente de un banco cuyo dinero robaste; que quisiste casarte, pero...

—...Pero que, debido a mi joroba...

—¿Estás enterado, entonces?...

—No, pero me lo imaginaba.

—Y, en fin, se dice también que has venido a Soto para consolarte y olvidar.

—La versión no es del todo falsa. En efecto, tío, he venido para deshacerme de esta joroba. ¿Cómo? Yendo al Bosque de las Brujas.

—No digas tonterías, Alfredo— lo interrumpió Cristina.

—¿Tonterías?... ¿Por qué, tonterías?—exclamó Sara, abandonando su mutismo.—¿Qué sabes tú?

Esos rasgos de ingenuidad eran los que constituían el mayor encanto de Sara. Alfredo había estudiado a sus primas: María era vanidosa y altanera; Cristina, agria y envidiosa. Ambas debían de haber sufrido un desencanto con la llegada del primo jorobado que, además, no se mostraba atento con ellas, y prefería bromear con Sara. Esta, su *little Sarah*, lo encantaba por su candidez de muchacha buena y sensible, por su ternura fraternal, por su noble compasión.

* * *

Después de cenar, Alfredo bajó al huerto a fumar un habano. Había cesado la lluvia. Sara limpiaba y ordenaba las macetas derribadas por el fuerte huracán.

—¡Manos piadosas!—exclamó al ver a la prima.—¿No sabes, Sara, que las plantas ven y oyen, y hasta hablan, quizá? Cuando te acercas a ellas, te reconocen, y agitan sus ramas para saludarte...

—¡Si fuese cierto!... Alfredo— prosiguió tras un instante de vacilación,—no quise preguntárselo antes, por temor de que usted se burlara de mí... Dígame, ahora: ¿las brujas pueden de veras?...

—De veras.

¿Y es forzoso que una persona se ofrezca espontáneamente a acompañarlo?

—Sí.

—¿Esa persona no podría... ser yo?

—¿Tú? *¡My little Sarah!*... ¿No tienes miedo?

—¿Qué importa?... ¡Con tal de que usted consiga lo que desea!...

Alfredo sintió que toda su sangre se le agolpaba violentamente en el corazón. Y vió entonces surgir en el fondo de su alma un inusitado resplandor. Era la luminosa flor del amor que se abría de golpe en su pecho tras silenciosa y larga gestación.

—¡Oh! *¡My little! ¡My little Sarah!*

Se contuvo. Hubiera querido estrecharla entre sus brazos, confesarle la verdad, gritarle: "¡Yo no pedía más que esto: una prueba de amor!"

Pero tampoco en ese momento pudo sobreponerse al escritor fantástico que aún latía en él. Y con voz turbada a pesar suyo, dijo:

SABAÑONES
USE PASTA VASENOL

ENREDADERA

(Para FRAY MOCHO)

Adhiriéndose al muro la enredadera
que nace en ancho arriate de patio obscuro,
escala poco a poco la alta muralla,
anhelando el espacio y el aire puro.

Le sirven anacrónicas
molduras de asidero,
en espirales cónicas
se yerguen con postrero
esfuerzo entre las hojas
menudas flores rojas.

Se bañan en las luces de la altura,
gozan de las mañanas de amatista,
las tardes de topacio, la dulzura
del ocaso que en tonos violetas se contrista.
¡Oh raíces sin sol, largo follaje
que asciende hasta la luz desde la sombra
y los siete colores del arco iris
refleja sobre el verde de las más altas hojas
y en las corolas (que hizo triunfales el esfuerzo)
de las más elevadas flores rojas!
Diario vivir obscuro, diario vivir anónimo,
sin sol, sin luz, sin vida, triste, callado, en sombras,
quiero de tí evadirme, como la enredadera,
en sútil asidero de cadencias sonoras,
y una vez en lo alto, en lo más alto,
mirar de frente al sol en cada aurora,
sentir en mis pupilas su beso de esperanza
y cantar, coom a un dios que no se nombra,
cantar serenamente, cantar sonoramente
al ritmo fugitivo de las horas,
la infinita armonía sideral, la belleza
hecha luz, hecha música, hecha forma,
hecha giro de danza, hecha encantada
dulzura entre los versos de una estrofa.

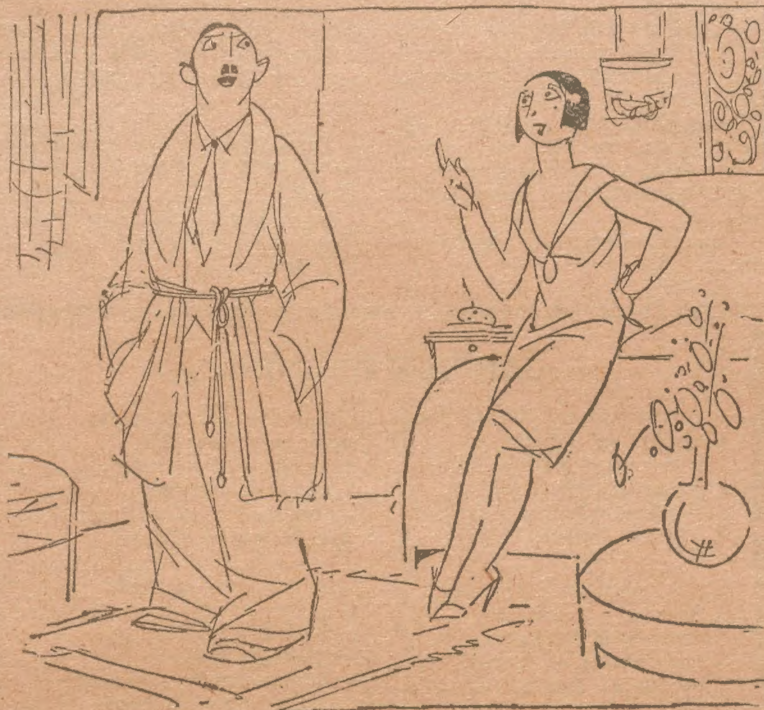
¡Ansia de la adherente enredadera,
sé la reguladora de mis horas!

Justo G. DESSEIN MERLO

—¿Qué dirá tu padre?
—Tendrá que reconocer que he hecho una buena acción.
—Escucha, entonces...
Y se pusieron de acuerdo.

* * *

¡Parecía una fuga de amante!
La noche era espléndida. La luna azulada la campiña. En el horizonte se destacaba la negra silueta del bosque de las brujas.
Salieron por la puerta del huerto.
Sara tuvo que apoyarse en el brazo de Alfredo: las piernas le flaqueaban; un nudo le oprimía la garganta. Mudos, apretando el paso cada vez más, llegaron a la entrada del bosque. El tupido follaje de los árboles se agitaba susurrando lastimeras quejas. La obscuridad era densa, densísima. El mismo Alfredo se sentía sobrecogido de emoción. Tomó a Sara de la mano, y la condujo cerca de una maleza.
—¿Tienes miedo?
—No.
—¿Estás cansada?
—Un poquito...
Alfredo le indicó que se sentara sobre el grueso tronco extendido a sus pies.
—¿Vienen?...—balbuceó Sara.
—No vienen. No vendrán—contestó Alfredo con voz trémula.—Las brujas tienen miedo de las hadas. Y tú, *my little Sarah*, eres el hada más buena y más hermosa del mundo. Hubiera querido ahorrarte esta prueba; pero quien ama, es egoísta: no se cansa de exigir demostraciones de amor... En Nueva York, en el horroroso fragor de aquella vida agitada, me asaltaban vehementes deseos de volver a mi pueblecito natal; una voz interior me decía que sólo aquí hallaría lo que en vano buscaba en tierra extraña: alguien que me amara pura y noblemente, un corazón sincero, lleno de ternura, capaz de los mayores sacrificios. ¡Y esa voz no me engañó! Hasta hoy, tú eras para mí un enigma; y yo, una incógnita para ti. Ha bastado una palabra tuya para que nuestras almas se revelasen mutuamente. ¡*My little Sarah!*
Se oyó un leve rumor. Sara se sobresaltó.
—¡Vienen!
—Tranquilízate. No vendrán... El leve rumor se oyó de nuevo.
Sara se incorporó súbitamente, mirando en derredor con ojos asustados.
—No vendrán, *my little Sarah*. Pero el milagro se cumplirá por la magia de tu presencia... ¿Tiemblas? ¿Tienes miedo?... No, no es miedo, es amor... Sí, dime, dime que me amas, que me amas a pesar de mi desgracia... ¡Dímelo, reina de mi alma...
Y la trémula Sara se abandonó amorosa sobre el pecho de Alfredo.



—Ella: ¡Acuérdate Alfredo!... ¡Cuando nos casamos tú me prometiste obedecerme en todo!
El: ¡Te lo prometí por no hacer un escándalo delante del cura!

Se percibió entonces el ruido de algo que rozaba rápidamente la espalda del joven. Y éste, que no se había atrevido aún a besar a Sara, le tomó una mano, e hizo que el brazo de la muchacha lo enlazara.
La joroba había desaparecido...
Incrédula, Sara palpó repetidas veces.
—¿Cómo?... ¡No puede ser!... ¡Sí!... ¡Sí!... ¡Alfredo!... ¡Qué feliz soy!... ¡Alfredo!... ¡Mi Alfredo!
—¡*My little Sarah*!
Volvieron. Eran las dos de la mañana.
Caminaban presurosos, tomados de la mano. Sara se resistía a dar crédito a sus ojos: la joroba había desaparecido, sí... Entonces, ¿ella era un hada, un hada milagrosa?.. Y admirando al amado, se decía: "¡Qué hermoso es Alfredo!"
El novelista pensaba en el broche final de su *little story* en acción.
¿Revelaría el ardid, o dejaría el episodio envuelto en la indecisa niebla de lo fantástico, tan del agrado de sus lectores?
Ni siquiera a Sara dijo la verdad. A la mañana siguiente, toda la aldea acudió a contemplar el prodigio. Y todos, sin excepción, lo atribuyeron a la intervención de alguna bruja milagrosa.

Un año más tarde, cuando Sara hubo aprendido bien el inglés, pudo leer los cuentos de Mathew Storm y enterarse, gracias a uno titulado *El Bosque de las Brujas*, de que la joroba de su marido había sido un recurso original para poner a prueba a sus primas y permitirle determinar cuál de ellas era digna de ser su esposa. Alfredo Domínguez había vuelto a su pueblo natal con un propósito muy sencillo: casarse.

X. X.

TIA AURORA

Hubo una época—que los jóvenes que hoy tienen veinte años no han conocido—en que no se conocía el *shimmy*, el *fox-trot* ni el *chárleston*, y privaban el vals, la mazurca y otros bailes, que, aunque considerados hoy como ñoños, nuestras abuelas los censuraban como peligrosos para la moral.
La pequeña Aurora, que tenía ocho años en 1880, mostró desde muy niña una gran afición por la danza, y en cuanto oía un organillo o un piano empezaba a saltar y a mover los pies con una gracia encantadora.
Cuando a los diez y seis años fué por primera vez a un baile causó una gran admiración. Imposible encontrar una bailarina más aérea.
Sus pies apenas rozaban el suelo, y la comparación con una mariposa fué el juicio unánime de cuantos vieron aquellos giros y vueltas maravillosos.
Muy orgullosa del éxito de su hija, que era una jovencita tan inocente como linda, su madre la llevaba con frecuencia al baile, y una noche que el director de la Opera vió bailar a Aurora quedó maravillado, hasta el punto de decir a la madre de la joven prodigio:
—Confíeme la educación artística de su hija y yo haré de ella una estrella coreográfica.
—¿Mi hija bailarina? ¿Salir mi hija en malla en un teatro a bailar ante tres mil espectadores? ¡Jamás!
Y la buena señora, ofendida y avergonzada, cogió del brazo a su hija y no volvió a llevarla al baile.
Desde entonces la desgraciada tuvo que conformarse con bailar sola en su casa cuando oía algún piano o algún organillo.
Pero su vocación era ser bailarina de ópera, y tan decidida, que un día Aurora huyó de la casa materna.
Su madre la maldijo; su hermano Ernesto empezó a odiar a la fugitiva.
Pasaron los años. Aurora se convirtió en una de las bailarinas más famosas del mundo.
Su madre no cesaba de maldecir su memoria.
—¡Mi hija bailarina! ¡Qué horror!
Y su hermano Ernesto añadía:
—¡Es la vergüenza de la familia!
La madre murió. Ernesto abrió un comercio, se casó y tuvo hijos, a los que educó en el odio a su tía Aurora, la deshonra de la familia.
Un día, hace cosa de un mes, Ernesto recibió una carta de un notario comunicándole que su hermana Aurora acababa de morir y había dejado una pequeña fortuna, de la que él era el único heredero.
—¡Miren mi señora hermana!—iba pensando Ernesto al salir de casa del notario, donde se le hizo entrega de cerca de un millón—. Este demonio de Aurora ha sabido lo que se ha hecho. Me deja una fortuna. No era una mala muchacha. ¡Un millón! No quiero saber que lo ha ganado bailando en las tablas. Después de todo, eso era cosa suya. ¡Pobrecita hermana!
Y al entrar en su casa dijo a su mujer:
—Ponte al piano y toca un *fox-trot* para que baile nuestra pequeña.
Vamos a ver si tiene disposición para el baile. Después de todo, la profesión de bailarina es de las más honrosas...

WHIP

ANECDOTA

Cuando Alejandro Magno iba en persecución de Darío, acertaron a dar, en las horas más calurosas de la tarde, con unos macedonios que llevaban dos pequeños baldes de agua.
Más que el cansancio mismo, fatigaba a las tropas de Alejandro la sed. Los macedonios detuviéronse viendo al rey y le ofrecieron un jarro. El rey, tomándolo, preguntó que para quién conducían aquella agua, y le dijeron:
—Para nuestros propios hijos, que se mueren abrasados; pero bebe tú antes que ellos, porque viviendo tú otros hijos tendremos si perdiéramos éstos.
Cuando iba a beber, miró Alejandro la primera columna de sus tropas, que estaba junto a él, y los vió abatidos, con los ojos puestos en el jarro, y entonces lo devolvió sin haber probado ni una gota, y dijo:
—No es justo que yo solo beba.
Los soldados admiraron la templanza de Alejandro, y lo aclamaron.

La mano en la frente

Por Juan Rameau

Gabriel Corán era aprendiz de carpintero. Tenía un carácter tímido e ingenuo, y sus compañeros se mofaban de él porque se azoraba cuando veía a una muchacha.

Un día que estaba haciendo con su padre unas reparaciones en un castillo, cayóse desde una altura, hiriéndose gravemente.

Los castellanos le cuidaron solícitos, y particularmente le atendió una jovencita de diez y ocho años. Como se hirió en la frente, ella muchas veces le arreglaba el vendaje, y luego apoyaba suavemente su mano en ella, y aquel dulce contacto era un consuelo para el pobre Gabriel, que abría los ojos y contemplaba la cara rubia de su enfermera, que reflejaba la más perfecta belleza que mente humana pudo forjar.

—¿Cómo se encuentra?—le preguntaba con una sonrisa adorable —¿Está usted mejor, verdad?... Hay que dormir un poco... Si esto no es nada... Dentro de ocho días podrá bailar conmigo, si usted quiere, en la fiesta del pueblo...

Las caritativas frases que la señorita rubia pronunciaba, dejándole su mano en la frente, le aliviaban más que todos los calmantes.

El carpintero miraba extasiado a la joven castellana, y ella, comprendiendo el efecto que su presencia le producía, se sentía emocionada.

Una vez Gabriel oyó que ella le decía a su madre:

—¡Qué guapo es el carpintero!... ¡No me extraña que Jesús escogiera ese oficio!... ¿No te parece, mamá, que cuando estuviera en el taller de San José debía tener la misma cara de nuestro herido?

Aquellas palabras quedaron grabadas en el alma del aprendiz, que se enamoró locamente de la joven castellana.

Gabriel se curó, y supo que la mujer que él adoraba era la vizcondesa Hortensia de Cardozat, que se iba a casar un mes más tarde, y que con motivo de su boda estaban reparando el castillo.

Pensó que él no tenía derecho de poner sus ojos en una persona hermosa, rica y noble; pero su corazón no se conformó, y, a pesar de todo, siguió amándola.

El último día que trabajó en el castillo tuvo una idea extravagante. Cogió un pedazo de papel y escribió, con mano temblorosa:

"La quiero, señorita Hortensia. Este amor no se lo puedo confesar a nadie, y menos a usted; pero deseo dejarlo escrito, para que mientras dure su castillo guarde entre sus muros mi secreto. — *Gabriel Corán.*"

Y doblando el papel lo metió en un frasco en el hueco de una viga, justo en el sitio donde iban a colocal el lecho nupcial.

Después abandonó el castillo para siempre...

* * *

Cincuenta años más tarde hubo un incendio en el castillo, y la habitación de Hortensia fué pasto de las llamas, consumiéndose la viga en la cual había colocado el frasco el antiguo aprendiz.

—¿Qué es esto?—dijo una viejecita a ver el frasco entre los escombros.

Y aquella viejecita, que se llamaba Hortensia, marquesa viuda d'Arce, leyó el papel que contenía el frasco, y sus mejillas arrugadas enrojecieron.

—¡Es una declaración amorosa!... ¡Y dirigida a mí!... ¿Cuánto tiempo hará de ésto?. ¿Quién la escribiría?...

Estas preguntas se hacía la viejecita, mientras que su corazón, convertido ya en cenizas como su castillo, lanzaba un último chispazo:

—Gabriel Corán... ¿Quién sería?...

Estuvo algún tiempo queriendo hacer memoria inútilmente, hasta que una noche de insomnio recordó:

—¡Ah!... Gabriel Corán era el aprendiz que se parecía a Jesús... ¡Qué hermoso era aquel jovenzuelo!...

Y sonrió la viejecita, conmovida. ¿Dónde estaría?... ¿Qué vida habría sido la suya?...

Indagó, y al fin supo que había un tal Corán en un pueblo cercano, y una mañana se dirigió, en su automóvil, hacia aquel pueblo.

* * *

Preguntando a los vecinos llegó al fin ante la casa que habitaba Corán.

A la puerta estaba sentado un viejo, calvo y medio jorobado, casi sin dientes.

—¿Conoce usted—le preguntó—a un tal Gabriel Corán?

—Sí... un poco...—contestó el interpelado.

—¿Me podría usted indicar dónde vive?... Yo soy la marquesa d'Arce... Ese Gabriel Corán trabajó en mi casa hace muchos años... cuando yo era soltera... Era un muchacho muy guapo... y al abandonar el castillo... dejó en una viga...

Mientras hablaba sacó de su bolsillo el frasco. El viejo, al verlo, se incorporó, miró fijamente a la marquesa, y volvió a caer como una masa, lanzando un doloroso suspiro.

—¡Dios mío!... ¿Qué le sucede a usted? — preguntó Hortensia acercándose a él.

Y como era costumbre en ella cuando veía que alguien sufría, le puso la mano en la frente.

Al sentir aquella mano, el viejo creyó que de nuevo volvía su juventud, y se nubló su vista.

—¿Es, quizá, su hijo o su sobrino?—exclamó la marquesa, palideciendo —. ¡Dígame dónde puedo verlo!... ¡Hay un recuerdo entre nosotros!... Si está necesitado, quiero ayudarle... Será rico... y feliz lo que le reste la vida... Gabriel Corán...

El viejo medio jorobado la contemplaba, y sus ojos se llenaban de lágrimas. ¿Cómo iba a revelarle que era él aquel muchacho, de quien ella conservaba tan grato recuerdo?

—¿Por qué llora usted?—preguntó Hortensia —. ¿Es que... ha muerto?

—¡Sí, señora—dijo el hombre, cerrando los ojos—. ¡Ha muerto!

—¡Dios mío!... ¡Muerto!... ¿Y dónde está enterrado?... ¡Deseo llevarle, al menos, unas rosas¡... !Rezar por él, ante su tumba!

El hombre se transformó. Ella le llevaría flores... rezaría por él...

—Ahora no lo sé, señora—murmuró—; pero si me deja usted su dirección, yo haré... que en cuanto sea posible... pronto, quizá... sepa usted dónde está su tumba...

Tres días después murió Gabriel Corán.

Más al lanzar el último suspiro presumió sentir que Hortensia, el amor de su pobre vida, le ponía la mano en la frente, y murió sonriendo... feliz...

CANCION DE HUELLA

Crisanto era un paisano
nacido en Sañicó,
que en busca de colihues
a San Martín llegó.
—¡Juerza, juerza, Corneta!
¡Juerza, juerza, Coirón!

Crisanto, una mañana,
de pronto se marchó
en uno de los carros
que forman el convoy.
—¡Juerza, juerza, Corneta!
¡Juerza, juerza, Coirón!

Marchó para Zapala
transido de dolor,
huyendo a un desengaño
que el sueño le quitó.
—¡Juerza juerza, Corneta!
¡Juerza, juerza, Coirón!

Es que una paisanita
a quien se declaró,
no quiso hacerle caso
y a otro prefirió.
—¡Juerza, juerza, Corneta!
¡juerza, juerza, Coirón!

Crisanto, por la huella,
rumiaba su emoción.
Su perro estaba triste
y mudo su acordeón.
—¡Juerza, juerza, Corneta!
¡juerza, juerza, Coirón!

Un día, por la siesta,
el sueño lo venció,
y como se durmiera
del pértigo cayó.
—¡Juerza, juerza, Corneta!
¡juerza, juerza, Coirón!

Cayó bajo una rueda
que el cráneo le aplastó;
y en esa forma el pobre
sus penas olvidó.
—¡Tesa, tesa, Corneta!
¡tesa, tesa, Coirón!
. . . .

A un lado de la huella,
los peones del convoy,
con una cruz marcaron
el sitio en que murió,
Crisanto el paisanito
Nacido en Sañicó.

Miguel A. CAMINO

ANECDOTA

El actor Manuel Vico cuenta lo siguiente:

Hacia yo una vez el Don Alvaro en el Teatro de Novedades, de Madrid. Todo marchaba bien hasta que llegamos al acto en que Don Alvaro aparece vestido de fraile. Empecé la escena con Don Alfonso, y en el momento en que éste dice: "Pues, cobarde, combatir conmigo excusas, no excusarás mi venganza; me basta la afrenta tuya; toma", y le da una bofetada, al querer yo demostrar con mi cara el efecto de aquel sopapo, grité: ¡¡Ay!!..., pero abrí la boca de tal manera que se me desencajaron las mandíbulas y no pude terminar la obra hasta que vino el médico y me las encajó en medio de las ruidosas carcajadas del público.

UNA OPINION

—¿Usted cree que el automóvil significa la muerte del caballo?

—Hombre, si el caballo se quita a tiempo del camino, no.

LA FUERZA DE LA COSTUMBRE

La sirvienta. — Es un pobre hombre con patas de palo.

La señora (distraída). — Dile que no queremos.

EN EL RESTAURANTE

—Oiga, mozo, ¿no podría cambiarme este guiso por unos huevos?

—Imposible, caballero; yo soy mozo y no prestidigitador.

CONYUGAL

—¿Irá a Nueva York en su viaje de bodas, Mechita?

—¡Qué esperanza! ¿Cómo cree que voy a ir tan lejos con un hombre a quien apenas conozco?

SUEÑOS PROFETICOS

—¿Es bueno aquel libro que compraste sobre "Los sueños".

—Sí, es admirable; por ejemplo, dice que soñar con arvejas significa que se recibirá una gran cantidad de dinero, y es cierto.

—¿Por qué? ¿Has soñado alguna vez con arvejas?

—No, pero tampoco he recibido nunca una gran cantidad de dinero.

El físico taumaturgo

Se cumplen cuatrocientos un años de la partida para Tierra Firme—tierra de la que Europa tenía un conocimiento más fantástico que positivo—, de la expedición acaudillada por Pánfilo de Narváez. A ella iba adscrito, y con los importantes cometidos de tesorero y alguacil mayor, un jerezano, de raigambre jerezanísima, a quien las crónicas que nos hablan de tiempos que fueron, glorifican con el nombre de Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

La figura del asombroso explorador, austero gobernante y estimable hombre de letras, ha permanecido durante cuatro siglos borrada para la ciudad que hoy vé, con la sorpresa del olvido, su nombre vinculado a este español cuyas hazañas son objeto de encomio en todas las lenguas y cuya misión en tierras transoceánicas cada día resalta más fulgente ante la serena disección de la crítica contemporánea. Cuando las obras saturadas de ciencia y colmadas de prestigio exponen, *"Alvar Núñez Cabeza de Vaca, nació en Jerez de la Frontera..."*, la ciudad que le ha relegado al más incomprensible de los abandonos debe estremecerse de orgullo... y de sonrojo.

Se cumplen cuatrocientos un años—17 de Junio de 1527—de la partida de los navíos aventureros; ¿haremos algo por recordar al paisano?

* * *

Entre los muchos e interesantísimos aspectos que ofrece este jerezano inmortal, queremos recoger en estas páginas uno de los más novelescos y curiosos episodios de su incansable errar por las tierras que hoy forman parte de la poderosa Unión norteamericana, no holladas hasta entonces por la planta del hombre blanco.

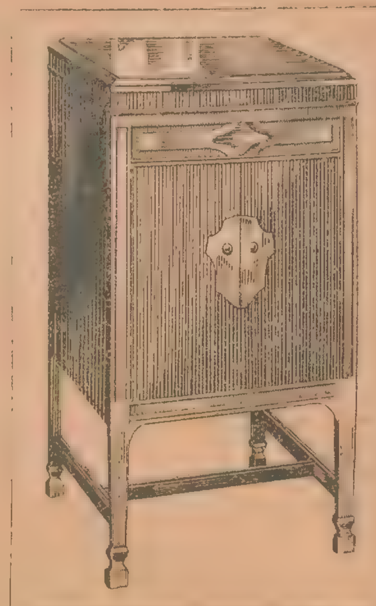
Alvar Núñez, que comenzó arrastrando una penosa esclavitud, llegó a ser idolatrado por los indígenas; fué principalmente su fama de curandero la que ponía en su camino a las multitudes, ávidas de someterse a sus curas maravillosas. Obligado en un principio a ejercer de físico, como Alvar nunca hubiese recetado drogas, hombre de fe tan robusta como Colón, hubo de poner en práctica procedimientos distintos de los que había visto usar a los indios; daban éstos a sus enfermos bien sajas (cortaduras) seguidas de succión de la parte dañada, ya cauterios de fuego que tenían por muy provechosos, y nuestro jerezano nos dice "la manera con que nosotros curamos era santiguándolos y soplarlos y rezar un *Pater noster y un Ave María* y rogar lo mejor que podíamos a Dios nuestro Señor que les diese salud", y añade "los que santiguamos decían a los otros que estaban sanos y buenos; y por este respecto nos hacían buen tratamiento, y dejaban ellos de comer por dárnoslo a nosotros". Este sencillo tratamiento, digno del más excelso misionero, le dió tanto renombre en Texas, en Río Grande, que visto el número creciente de indios que acudían a que los sanase, hubo de habilitar a sus tres compañeros de desventura para el ejercicio de la medicina; así la practicaron Dorantes, el negro Estebanico y Alonso del Castillo, de quien Alvar decía "era médico muy temeroso, pues creía que sus pecados habían de estorbar, que no todas veces sucediese bien el curar"; creencia muy natural en quien esperaba del Cielo el remedio para sus cobrizos enfermos.

Pero si llevaron a cabo incontables curas de carácter taumatúrgico, hubo ocasiones en que tuvieron que abandonar la "medicina mística" para acudir a la "medicina operatoria". Tal vez la mejor *operación quirúrgica* que llevó a cabo Cabeza de Vaca y la primera, desde luego, que un blanco practicó en Norteamérica fué la que él refiere en sus *Naufragios* del siguiente modo: "Aquí me trajeron un hombre, y me dijeron que había mucho tiempo que le habían herido con una flecha por la espalda derecha, y tenía la punta de la flecha sobre el corazón; decía que le daba mucha pena, y que por aquella causa siempre estaba enfermo. Yo le toqué, y sentí la punta de la flecha, y ví que la tenía travesada por la ternilla, y con un cuchillo que tenía, le abrí el pecho hasta aquel lugar, y ví que tenía la punta atravesada, y estaba muy mala de sacar; torné a cortar más, y metí la punta del cuchillo, y con gran trabajo en fin la saqué. Era muy larga, y con un hueso de venado, usando de mi oficio de medicina, le dí dos puntos; y dados, se me desangraba, y con raspa de un cuero le estanqué la sangre; y cuando hube sacado la punta, pidéronmela, y yo se la dí, y el pueblo todo vino a verla, y la enviaron por la tierra adentro, para que la viesen los que allá estaban, y por esto hicieron muchos bailes y fiestas, como ellos suelen hacer; y otro día le corté los dos puntos al indio, y estaba sano; y no parecía la herida que le había hecho sino como una raya de la palma de la mano, y dijo que no sentía dolor ni pena alguna; y esta cura nos dió entre ellos tanto crédito por toda la tierra, cuanto ellos podían y sabían estimar y encarecer."

Tal fué un pequeño incidente en el cúmulo de trabajos y penalidades porque hubo de pasar este jerezano glorioso en sus exploraciones en el norte del insondable continente recién descubierto y que constituyen la más novelesca odisea de los españoles del siglo áureo, en que rigió los destinos de la patria de Cortés y de Pizarro, Carlos, el solitario de Yuste.

Diego F. de ZARZANA

Jerez de la Frontera (España)



"CONSOLETTE" $ 360.-

ALGUNAS DE LAS ULTIMAS NOVEDADES EN DISCOS

ALBUMES DE OBRAS MAESTRAS COMPLETAS

CONCIERTO EN LA MENOR (Greig, Opus 16) Arturo de Greef (Piano) y la Orquesta del Royal Albert Hall Completo en discos N.o 9151 al N.o 9154 .... $ 20.—

SCHEHEREZADE — Suite Sinfónica (Rimsky-Korsakow) Stokowski y la Orq. Sinfónica de Filadelfia. Completo en discos N.o 6738 al N.o 6742 .... $ 35.—

CONCIERTO N.o 5 EN MI BEMOL MAYOR (El Emperador) (Beethoven) — Wilhelm Bachaus (Piano y la Orq. del Royal Albert Hall
Completo en discos N.o 6710 al N.o 6722 .... $ 28.—

6786 PRELUDIO EN MI BEMOL MENOR (Bach) L. Stokowski y la Orquesta Sinfónica de Filadelfia
ICH RUF' ZU DIR, HERR JESU CHRIST (Bach) L. Stokowski y la Orquesta Sinfónica de Filadelfia $ 7.— c/u

9163 WALKURE — Cabalgada de las Walkyrias (Wágner) Coates y Orquesta Sinfónica
RHEINGOLD — Preludio (Wágner) Coates y Orquesta Sinfónica $ 5.—

1039 FESTIVALES—Parte 1 (Nocturno N.o 2) (Debussy) L. Stokowski y la Orquesta Sinfónica de Filadelfia
FESTIVALES — Parte 2 (Nocturno N.o 2) Debussy) L. Stokowski y la Orquesta Sinfónica de Filadelfia.
1312 MOMENT MUSICALE (Schubert) L. Stokowski y la Orquesta Sinfónica de Filadelfia
ROSAMUNDE — Música de Ballet (Schubert) L. Stokowski y la Orquesta Sinfónica de Filadelfia
a $ 5.25

BANDA

35799 DANUBIO AZUL — Vals (Strauss) Banda Pryor
ROSAS DEL SUR — Vals (Strauss) Banda Pryor
35807 TRAVIATA — Selección Parte 1. (Verdi) Banda Creatore
TRAVIATA — Selección Parte 2. (Verdi) Banda Creatore
$ 4.60

BAILABLES

21228 SONRISA—Fox Trot Orquesta Whiteman
ALLA EN EL HERMOSO SUR—Fox Trot The Virgineans
21240 LUZ DEL SOL—Fox Trot Orquesta Whiteman
DE VUELTA AL HOGAR—Fox Trot Orq. Whiteman $ 3.—

Casa Iriberri
Iriberri, Bellocq & Cia.
FLORIDA 431. U.T. 31. Retiro 3656

EL ANIVERSARIO

Por J. H. Rosny

—¿Dónde vas?—preguntó Carlos a su mujer.

Pilar, que no mentía nunca, le contestó:

—Voy a llevar unas flores a la tumba de Felipe. Hoy es el aniversario de su muerte.

—También fuiste el día de Todos los Santos—repuso Carlos en tono de reproche.

Pilar asintió bajando la cabeza. Era una mujer rubia muy bonita. Después de siete años de matrimonio, Carlos la amaba como en los primeros días de su pasión ardiente, mística y muy tierna, y se veía correspondido con la misma intensidad por Pilar.

—Estoy celoso de él — agregó Carlos en voz baja—. Mucho has debido de quererle para que después de diez años sigas tan fiel a su recuerdo .

—Sí, lo he querido bastante en los primeros tiempos de nuestro matrimonio... Después lo quise de otro modo, como a un amigo o como a un hermano. Era un hombre excelente... Ya sabes, Carlos, que el gran amor, el amor apasionadísimo, el que fué y que es la religión, la alegría y a veces el tormento de mi vida, es el amor que a ti te profeso.

—Sin embargo..., nunca te olvidas de llevarle flores el día de Todos los Santos y el del aniversario... ¿Y si yo te pidiese que no fueses hoy?

—Te obedecería, Carlos; pero con sentimiento. Me parece que eso nos traería desgracia..., porque lo hago también un poco por nosotros..., por ti...

—¿Es que hay alguna razón... aparte la del recuerdo?

—Sí...

—¡Y me la has ocultado siempre! ¡Pilar!

Pronunció estas palabras con la expresión de inquietud que sentimos siempre que descubrimos que la mujer a quien amamos nos oculta algo.

—¿Te molesta?

—Me apena, Pilar.

—Si supieses cuán sencillo es. Y puesto que ese pequeño secreto te causa pesar, quiero revelártelo. Escúchame... Ya sabes que yo te quise antes de que Felipe muriese. Mi amor por ti fué una cosa que me pareció muy natural, algo así como si fueses el ser creado conforme a un ideal misterioso que había de serme revelado por tu presencia. Te quise en seguida y de un modo como rara vez se quiere en este mundo.

—Lo mismo que yo — murmuró Carlos.

—Lo comprendiste muy pronto... y ya ves si sería yo tu esclava desde entonces y hasta qué punto hubiera sido incapaz de resistirte, a pesar de mi horror por todo lo que va contra los principios que heredé de mis padres, que estoy segura que habría sucumbido — y habría sido un gran mal—sin la presencia de Felipe.

—Querías serle fiel — murmuró Carlos con un dejo de amargura.

—No sé si habría podido sin la ayuda que él me prestó... Una mañana me llamó a su lado. Estaba ya muy enfermo. Recuerdo, como si lo viese ahora, su cara pálida, sus ojos hinchados, su dulce mirada... Era una buena persona... Hubiera sido mejor para él que no hubiese adivinado nada, porque el pobre me quería mucho, mucho... y lo probó ese día... Me parece que lo estoy oyendo cuando me dijo:

—Pilar mía, lo sé todo, y sería inútil ocultarte que he sufrido mucho, pues te he querido y te sigo queriendo con toda mi alma. Pero, en fin, las cosas tenían que ser así, y no hay más remedio que conformarse. Tú lo quieres como no me has querido nunca a mí y como no querrás nunca a nadie... Lo quieres de un modo peligroso, hasta el punto de exponerte a la peor imprudencia... También él te quiere con pasión, y cuando yo muera se casará contigo. Pues bien; escúchame... Yo no he de vivir mucho tiempo...; apenas me quedan tres meses de vida. Transcurridos diez desde mi muerte podrás ser su mujer, y hasta entonces debes esperar. Si no esperas, si sucumbieses a la tentación, os casaréis también; pero vuestro matrimonio sería muy otra cosa de lo que debe ser. Toda tu vida conservarías el sentimiento de tu caída, y con tu modo de pensar, tu educación y hasta tu manera de ser, lo que te auguro sería inevitable.. ¡Y él te estimaría menos! No lo dudes. Sus ideas sobre la mujer —que son también las más—tienen la fuerza de un instinto. Si quieres lograr la unión, la hermosa unión con que sueñas..., la comunión completa de dos corazones, ten valor y resiste hasta el fin. Al decirte esto lo hago tanto por él como por ti. Con el tiempo te alegrarás de haber seguido mi consejo...

Murió tres meses después, como había anunciado—concluyó Pilar—, y, por mi parte, seguí su consejo, que estaba de acuerdo con mi naturaleza y con la tuya. Y estoy muy contenta de haberlo hecho.

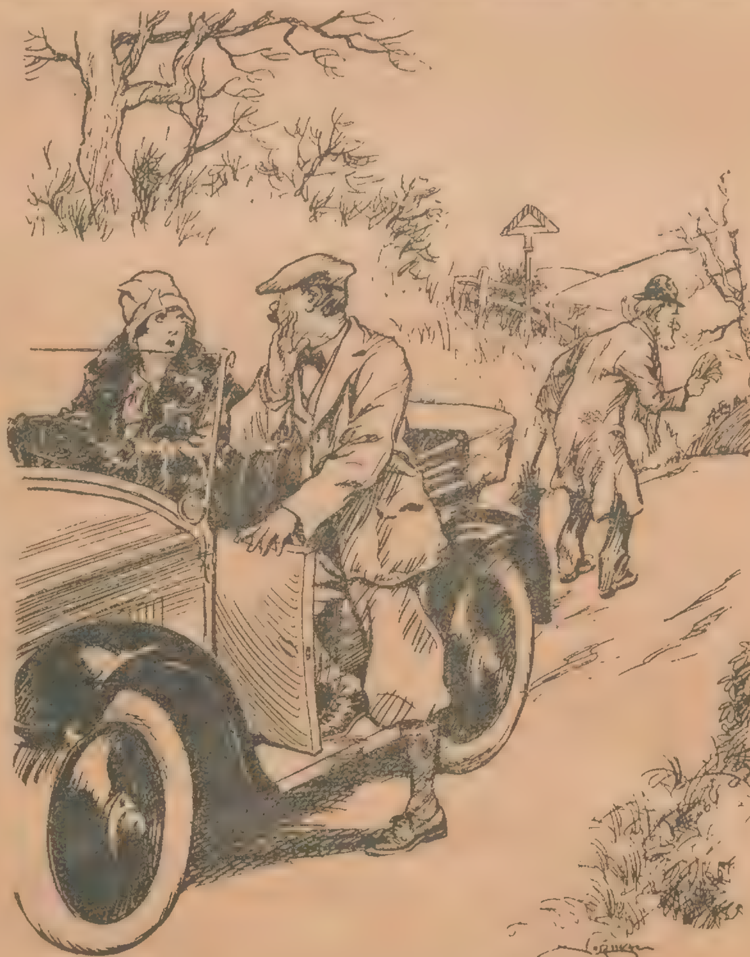
—Y yo también — dijo Carlos— Felipe era verdaderamente una gran inteligencia y un gran corazón. ¿Y sabes lo que te digo? Que te acompaño. Hoy seremos dos a poner flores sobre su tumba.

¡Si Vd. tose es porque quiere!

El resfrío, la gripe o la tos que usted padece, se lo quitarán inmediatamente las

Pastillas RIN-RIN

En dos tamaños: a $ 0.45 y a $ 1.— la caja



—Pero ¿por qué le has dado veinte pesos? Es mucha plata.
—Silencio. Al atropellarlo se le cayeron treinta del bolsillo.

EN TU SENDA

No quiero ser en tu senda
la leve sombra que pasa,
ni el guijarro del camino
que roce al pasar, tu planta.

No quiero ser en tu cielo
la estrella errátil y fátua,
que te deslumbre un instante
con su fantástica llama.

No quiero ser flor de un día
en los jardines de tu alma,
ni la alondra pasajera
que se pose en tus ventanas.

Quiero ser ave, armonía,
brisa, sol, clara fontana,
donde tu vida palpite
con amor, fé y esperanza.

Ser flor de luz que en tu senda
sus grandes pétalos abra,
que al irradiar en tus ojos
mantenga viva tu lámpara!

Clarisa G. de DIEGO ARBO.

DE COMPRAS

La cliente. — Si esta tela es de lana, como usted afirma, ¿por qué la etiqueta dice de algodón?

El vendedor. (confidencialmente) Señora; porque... ¡queremos engañar a la polilla!

EN EL TRANVIA

—Oiga, señor, aquí no se puede fumar.

—No estoy fumando.

—¿Y cómo tiene la pipa en la boca?

¡Caramba!... También tengo los botines puestos y no estoy caminando.

EN CLASE DE ARITMETICA

El profesor. — Vamos a ver, Pepito; tú que montas en bicicleta. ¿Cuánto haces por hora?

El alumno. — Diez y siete kilómetros.

—Muy bien. Entonces, ¿cuánto tardarías en llegar a la luna, que está a 384.000 kilómetros?

—Hombre, eso depende de cómo estén los caminos.

LA MALA SUERTE DEL PIBE

—¿Por qué lloras de ese modo, Juanito?

—Porque mi tía se ha caído por las escaleras.

—¡Pero si no se ha hecho nada!

—Ya lo sé; pero es que mi hermana la vió caerse, y yo no.

Los nombres...

Los servidores de casa grande participan de la soberbia de sus amos. Hay en todo lacayo un orgullo *reflejo;* las libreas son distintivos de ganadería y son, también, prolongaciones degeneradas de la túnica señorial; algunas veces toga de honor, en muchas ocasiones hopa de lujo.

Por manera análoga, los clérigos participan de la soberbia de *su amo*: un Dios que ellos se figuran orgulloso, un señor feudal divinizado que reina en los cielos.

Esa soberbia religiosa es, sencillamente, una falsificación de Dios que sólo aprovecha a los falsificadores. La divinidad tórnase humana y se desnaturaliza al pasar por el espíritu de la servidumbre del templo.

Los ministros del Todopoderoso se nos presentan como criados ensoberbecidos de un señor *ausente* en cuyo nombre nos piden que nos arrodillemos y nos anonademos, no por El, en resumidas cuentas, sino por ellos.

* * *

Creo en la pluralidad de mundos habitados y, por consecuencia, en la pluralidad de redenciones.

Partiendo de lo conocido, este planeta infame, yo no puedo concebir un mundo que no esté habitado sin ser *habitable.*

En el espacio inmenso sólo adivino inmensos naufragios y *tripulaciones sublevadas.*

* * *

No sabemos de donde venimos, ni adonde vamos, ni siquiera *donde estamos.*

Damos vueltas alrededor de un punto, y el punto es la vida sin antecedentes ni consiguientes conocidos.

Tampoco conocemos el *punto.* Todo hombre puede decir: *j' y suis; j' y reste.*

Está y se queda; más exacto que afirmar; *vengo y voy.*

¡Venir e ir! Palabras formidables, vacías de sentido para los que sólo sabemos que nos movemos o, mejor, que *nos mueven.*

* * *

Creer sin haber dudado equivale a curarse sin enfermar.

* * *

No conviene ver de cerca al oficiante. El que ayuda a misa, se desilusiona porque está a un paso del *misterio.*

Y los misterios requieren lejanía; es necesario que se esfumen, que no los toquemos con los sentidos, que adivinemos y fantaseemos sobre la realidad de la visión a distancia.

Por eso el monago no cree. Le desencanta el contacto inmediato con el cura...

* * *

Yo me siento creyente en los templos vacíos, y pierdo la fé y disipo el espíritu, en los templos llenos de devotos.

La fe no es un hábito externo, sino una determinación de la conciencia. No se adquiere por contagio, sino que nace y vive en nuestra alma individual, en nuestro *templo interior.*

Ella se basta y se sobra; huye de los *espectáculos* porque es reconcentrada.

* * *

Para la mayor parte de los creyentes. Dios es *un hombre divinizado.*

La humanidad no puede levantarse hasta la divinidad; pero la divinidad, al pasar por la humanidad, forzosamente se humaniza.

Esto ha ocurrido siempre, por modo fatal. Los dioses antiguos también eran hombres; pero aquéllos ni siquiera estaban divinizados. Tenían nuestros mismos vicios, pasiones y debilidades, ostentando como ditintivos supremos la serenidad y la fuerza, o la gracia y la hermosura.

No estaban divinizados porque, en rigor, ninguna de las prendas que poseían era extra-humana. Se daban y se dan en nuestra especie bajo distintas apariencias, bajo grados diversos. Un dios griego o romano venía a ser un hombre puesto en la cima de lo inaccesible convertido en super-hombre y envuelto en sombras de misterio.

El super hombre nietzcheano es, pues, un mito primitivo trocado en obsesión del pensamiento de un loco. La religión helénica era una locura transcendental; en el fondo *manía de grandezas...*

* * *

En ningún sistema religioso, antiguo ni moderno, encontraréis el principio de la *no intervención.* Los dioses intervenían demasiado. Dios interviene demasiado.

Si Dios interviene, yo no comprendo de ningún modo la marcha del mundo. Pláceme mucho más suponer que entre Dios y nosotros sus criaturas, existen solamente relaciones de causa a efecto.

El arriba, contemplando su obra; nosotros abajo, aspirando a El desde el campo de batalla de la vida. Abajo dolor como prueba; arriba amor como premio. Y la tierra *entregada a las disputas de los hombres.*

Sin embargo, hay horas divinas en que sentimos acercarse a Dios y horas satánicas en que sentimos acercarse al diablo.

Todo hombre, por poco religioso que sea, cree en Dios y en el diablo al darse cuenta de que el bien le posee o de que el mal le tiraniza.

Desde el principio, muy desde el principio, el mal es el diablo y el bien es Dios.

He ahí los nombres...

Francisco GONZALEZ DIAZ

Banco Hipotecario Nacional

25 de Mayo 245 y 263—Leandro N. Alem 232, 46 y 260 (Bs. As.)

SUCURSALES EN TODA LA REPUBLICA

Inversión de capitales
— en CEDULAS —

Busque Vd. el título de renta, que dentro de las garantías sólidas que ofrezca, produzca el máximum y verá que la CEDULA HIPOTECARIA ARGENTINA del 6 o|o de interés anual, reune estas condiciones esenciales.

Su triple garantía está constituída por:

1o. — LAS PROPIEDADES GRAVADAS EN PRIMERA HIPOTECA A FAVOR DEL BANCO.

2o. — LAS RESERVAS DEL BANCO (167.966.614.03).

3o. — LA NACION (Art. 6o. DE LA LEY ORGANICA).

A estas condiciones económicas privilegiadas, agregue Vd. la comodidad de que el Banco le recibe las cédulas en depósito gratuito, responsabilizándose de todo riesgo y procede con la renta de acuerdo con las instrucciones que recibe del interesado sin cargo alguno.

El Banco se encarga de la compra-venta de cédulas, cobrando solamente 1|8 o|o de comisión que se abona al corredor.

Tener dinero en cédulas es como tener efectivo, porque en cualquier momento el Banco anticipa casi el valor íntegro de la venta, desde una cédula de $ 25 hasta cualquier cantidad y la operación queda definitivamente terminada en pocas horas.

El sobreviviente

Por Héctor Pedro Blomberg

Los fulgores de un incendio se confundían en los últimos resplandores del sol poniente.

El guía y yo habíamos llegado al borde de la meseta de Villa Rica. A nuestros pies se extendían los contrafuertes pintorescos de las altas sierras llamadas en la comarca "La Cordillera".

Los naranjales, cubiertos de azahares, exhalaban su perfume penetrante, que la brisa de la tarde llevaba hasta las alturas.

—¿Qué es aquello? — pregunté, señalando la hoguera.

—Un antiguo rancho que se ha quemado. Peligraba siempre esa casa — contestó el guía, absorto, meditabundo.

—¿Por qué?

—Era una tapera. Allí los caminantes pernoctaban o se amparaban del calor o de la lluvia, y al irse se olvidaban de apagar el fuego encendido bajo el cobertizo, al lado del cojinete.

—¿Los dueños del rancho murieron en la guerra?

—No —contestó el guía. Y con movimiento nervioso removió la arena con los pies descalzos.

—¿Qué se hicieron? — insistí, ofreciéndole un cigarro.

—Uno está preso; el muchacho se volvió loco; la madre murió.

El sol se había puesto y las aves volaban hacia su refugio lanzando largas notas quejumbrosas. En la penumbra gris del crepúsculo se veía con claridad la roja hoguera del rancho incendiado.

Me senté sobre una piedra y le dije:

—Cuéntame eso. Tenemos tiempo; es noche de luna y podremos estar en casa para la hora de la cena.

El guía se sentó en el suelo, a alguna distancia de mí, y habló:

—En ese rancho, yo tenía un amigo; el año 67 fuimos reclutados juntos y salimos de allá para ir al campamento de Cerro León. Ya éramos hombres; teníamos 17 años. El, mi amigo, murió en Itororó. Yo quedé por muerto en el campo de batalla; una bala me llevó media mano y un bayonetazo me pasó por el cuerpo, debajo del brazo. Los que podían andar, tuvieron que ir a pelear en Avaí, si mal no recuerdo.

—¿Nadie le curó?

—Nadie, pero sané y poco a poco llegué hasta Barrero Grande; allí peleamos otra vez y después cruzamos el arroyo Piribebuy. ¡Eramos pocos contra tantos enemigos! Los inválidos apenas podíamos manejar bien las armas; los muchachitos de diez a catorce años no habían sido fogueados por la pólvora y eran muy bisoños, los pobres... Entre ellos encontré a Nicasio, el hermanito del pobre Cipriano, muerto en Itororó.

—¿No había otros soldados?

—Sí, pero pocos... Eramos más los inválidos.

Pasaron los enemigos a Piribebuy y nos rodearon. Nicasio peleó con rabia; mató a un oficial enemigo tirándole a la cabeza un fusil roto. El jefe le gritó un elogio en guaraní, y el muchacho luchó como un demonio. Cayó herido y el jefe lo hizo sacar de la línea de fuego; lo llevaron a una casa que esa misma tarde se quemó. Combatimos hasta caer sin fuerzas; yo volví a quedar por muerto en aquel infierno.

El guía guardó silencio; volvían a su imaginación las trágicas visiones de las escenas que evocaba. Había hablado lentamente, con voz monótona, en frases breves y sencillas, mirando al horizonte, sin hacer un gesto... Respeté su silencio y estuve a punto de descubrirme ante aquel héroe.

La luna había salido y su luz plateaba los hilos de agua que bajaban serpenteando por las vertientes y se reunían en el llano. Los árboles proyectaban sobre la arena blanquecina sus azuladas sombras inmóviles. Reinaba un gran silencio, un silencio de muerte.

—¿Cómo te llamas, amigo?—pregunté.

El veterano juvenil clavó en mis sus grandes ojos obscuros y trágicos.

—Hernando Cárdenas, para servir a usted.

Pronunciaba la "h" aspirada, como los viejos guaraníes.

Este nombre me traía reminiscencias de las viejas crónicas coloniales.

—¿Y después de Piribebuy, Cárdenas?...

—Perdí el conocimiento por causa de tanta sangre que brotaba de las heridas. El fresco de la noche de agosto me despertó y me arrastré hasta una arboleda para apartarme de los cadáveres y de los fuegos del vivac de los enemigos. ¡Qué sed y qué debilidad sentía! ¡Qué cansancio! Me volví a dormir, o me desmayé. Me desperté oyendo un ruido entre los árboles; desde las ramas cayó a mi lado un bulto que se movía. Vi una cabeza y pregunté con ira: "¿Abá añá picón dé?" ¿quién diablos eres tú). "Soy Nicasio" — dijo a media voz. —"Yo soy Hernán—le dije.—"¿Estás mal herido?". Sin decir nada, el muchacho recostó la cabeza contra mí y se qudó dormido. Al alba nos pusimos en camino, ayudándonos uno a otro. Estábamos heridos, manchados de sangre y tierra, con la ropa en jirones, con hambre y sed. Nicasio me pidió que yo lo bañara en un arroyo; la pobre criatura parecía un esqueleto; una bala le había bandeado un muslo, sin tocar el hueso. Anduvimos errando por los montes y por las serranías. Nuestras heridas se curaron y pasaba el tiempo sin encontrar lo que buscábamos: alguna partida de soldados que nos reincorporaran al ejército. A veces corríamos atraídos por lejanos disparos de fusil y de cañón. Eran tiroteos aislados de gentes que no parecía dar batalla y que seguía adelante. Por fin, fuimos a dar en poblado.

El guía guardó silencio y yo tosí para recordarle que esperaba el fin de su narración.

Volvió a hablar con cadenciosa lentitud, con un dejo de melancolía.

—Supimos que el Mariscal estaba muerto y que la guerra estaba terminada; entonces nos vinimos a nuestras casas. Nicasio estaba loco; se enfurecía al ver fuego o sangre. La madre se desesperó al verlo; con ella estaba su hijo mayor, que había caído en Lomas Valentinas. Le faltaba un ojo y rengueaba mucho, casi no se podía tener en pie. Un día mató a un "cambá" que estaba mintiendo en la pulpería de la estación del tren y cuando lo llevan preso a la capital, la madre se murió. El rancho quedó abandonado.

—¿Y Nicasio?

—Ese señor inglés de Villa Rica dice que se curará; es médico, y lo tiene en su casa cuando él quiere quedarse. Si se va al monte, yo lo vigilo y le llevo de comer.

En ese instante, oímos una voz extraña que cantaba:

"Campamento Cerro León
Media trompa tenondé".

Después, la misma voz imitaba el silbido de las balas, el estallido de las bombas, y el toque del clarín.

—¡Es él!... Está agitado porque ha visto el incendio—dijo el guía, y bajó por la ladera; yo lo seguí y vi saltar sobre una roca a un muchacho de aspecto montaraz, alto, moreno, de cabellos largos, casi desnudo.

A la luz de la luna, sus grandes ojos febriles brillaban con la expresión terrible de la demencia.

Huyó saltando sobre las piedras como una cabra salvaje, y desapareció, como un espectro, el espectro alucinado de un héroe...

CAVILACIONES

El amor es un ideal casi irrealizable porque es más ilusión que realidad. Humanizarlo es encarnarlo, por consiguiente esa sublime aspiración del sentimiento se materializa en pequeñeces, egoísmos e instintos.

La preocupación absorbente de la mujer es su tranquilidad presente y la seguridad del porvenir. Ama, porque sólo el amor puede asegurársela.

El hombre es casi exclusivamente instintivo, codicia el dinero con cuya posesión logrará sus ambiciones de amor y honores.

Para la mujer el amor es un fin, para el hombre es una de las tantas finalidades de su vida.

La simpatía entre las personas de distinto sexo debe ser espontánea. Cuando es el resultado de una tenaz y paciente gestión, el amor es un sentimiento influenciado por la razón con intervención del criterio utilitario y el consejo práctico y reflexivo de los extraños.

Por más absorbente y dominante que sea el cariño por una mujer, el hombre debe tener presente que la dignidad y el amor propio es superior a todo sentimiento, tratando de que su compañera tenga la misma convicción y en esa forma habrá contribuído al mejor culto del deber.

Cuando se adora la mujer legítima se la trata como amante y cuando se adora a la amante, se la considera como mujer legítima.

Una mujer hermosa es analizada y codiciada. Obra el instinto.

Una mujer virtuosa se admira y se respeta. Obra la conciencia.

Una mujer intelectual se considera, pero se le teme. Obra la razón.

El amor arraigado hondamente en el corazón de la mujer, tolera los defectos de educación, de cultura, revelados en la existencia común, que únicamente el cariño puede llegar a idealizar.

La realidad destruye el afecto en una alma femenina que es romántica, no obstante lo cruel que ha podido ser la vida para ella. Su sensibilidad exquisita reclama la renovación de sensaciones, hasta que los años adormezcan su fantasía imaginativa.

SYLLA MONSEGUR

El origen de la seda

Por Ricardo León

Patrimonio de poetas es el dolor, y algo así como la raíz de su alma y la médula de su poesía. De poeta es padecer, con refinado y estético dolor, tomando el daño en provecho y convirtiendo sus propias lacerías en lindas perlas y en fragantes rosas. La bellísima imagen — harto reproducida — del sándalo que perfuma la segur que le hiere, es la más notable y exacta que fantasía humana pudo concebir para retrato y símbolo de poetas.

Quiero contaros, a este propósito, un cuentecillo con dejos de fábula y aires de leyenda que oí de labios del pueblo, sesteando yo un día a la sombra de unas moreras no lejos de un parlero manantial. La frescura del sitio, el rumor del agua, la serenidad de los cielos, el habla sentenciosa de los campesinos, trajéronme a la memoria el recuerdo de las antiguas fábulas, siendo grande parte al gusto y provecho de la ingenua narración.

Hela aquí, despojada, al pasar de aquellos labios a los míos, de su puro y sutil aroma de antaño.

I

Hallábase el pobre Job, aquel desventurado poeta de la Biblia, presa de la maligna enfermedad que las sagradas escrituras refieren: taladraban su carne agudos clavos encendíale la sangre con la fiebre; huía de sus párpados el sueño, y todos estos males se juntaban, para mayor tortura, con tan extremada pobreza, que no consentían, para alivio de ellos, techo ni abrigo, cama ni regalo, sustento ni medicina, ni otro alguno de esos consuelos que los enfermos tener suelen. Era su lecho el polvo de la tierra; su medicina una teja rota; su alivio la esperada querella de su dura cónyuge; con todo lo cual fuese acabando el triste, pero no con prisa, que fuera más ligero el tormento, sino templadamente y poco a poco, para más largo y refinado padecer.

Acordábase el pobrecillo — como es hábito del que sufre, traer a la memoria el placer pasado — de toda aquella salud y abundancia del destruído hogar, de sus siete hijos hermosos como cedros del Líbano y de sus tres hijas semejantes a las rosas de Jericó, de sus criados y haciendas, de sus ovejas y camellos, de los banquetes generosos con que en la casa de sus deudos alegró antaño sus días... Evocaba después, todas las escenas de ruina y desolación que al presente estado le trajeron, y caíanle, mansas, de los ojos, las lágrimas.

Reprendíale su mujer con aspereza, convidándole a estéril desesperación, pero el santísimo poeta, volvía al cielo los angustiados ojos, espejos de infinito dolor y de infinita paciencia, y decía aquellas palabras eternas, ungidas por el amor de Dios...

—Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo tornaré a la tierra; el Señor lo dió y el Señor lo ha tomado; sea su nombre bendito y alabado por todos los siglos de los siglos...

II

Llegaron a esta sazón cuatro amigos al lugar donde Job paraba. Apenas acertaron a verle de tal guisa, con el cuerpo desnudo y lacerado, los ojos llenos de lágrimas, el voto monjil caído y la sucia teja en sus crispados dedos, conocieron con toda áspera realidad aquel terrible infortunio. Eran estos amigos personas de calidad y aun se cree que fueran rayes. Al alzar la vista y ver a Job, poniendo el grito en los cielos, lloraron con fuerza, rasgaron sus vestiduras y esparcieron polvo sobre sus cabezas; y sentáronse en el suelo por siete días y siete noches y no hablaron palabra; de tal modo el espectáculo de aquella desventura habíales traspasado el corazón.

Al cabo Job abrió los labios; rompió el silencio y maldijo el día en que nació y la noche en que fué concebido, y deseó para aquella noche oscuridad eterna y muerte y amargura; que no fuese ayuntada a la cuenta de los días y de los años; que permaneciera por siempre solitaria, sin estrellas ni canciones: que en vano esperase la luz y jamás viera abrirse los suaves párpados de la mañana.

Y esto no por impaciencia ni cólera, como advierte el divino Fray Luis de León, sino por aborrecimiento natural de los trabajos de la vida y de su condición miserable, sujeta a tan desastrosos reveses; por donde es mejor morir que vivir y la suerte de los muertos más descansada que la de los vivos. Querellarse no es, al cabo, señal de ánimo impaciente, pues el mismo Jesús, que calló siempre en medio de sus males, quejóse al fin en el último de ellos, diciendo en la Cruz con voz angustiada y triste: "¡Padre mío! ¿Por qué me has desamparado?" Con lo cual se da a entender que el Justo, sin exceder la paciencia, puede rogar a Dios, si es servido, que le acabe el dolor con la vida.

III

Llegó al fin un momento en que harto Job de avivar con la memoria del bien pasado el sentido de la miseria presente y de ahondar en su propio dolor, buscando las raíces de él y toda su negra filosofía: habiendo hecho plática y disputa sus amigos de la desventura que lloraron, hasta remover

¡No se lo deje agravar!

¡RECUERDE que los "resfriaditos" descuidados pueden facilmente convertirse en una pulmonía!

¡Tome inmediatemente

Fenaspirina

No sólo alivia el dolor de cabeza, el quebranto general y las demás molestias con que se anuncia el resfriado, sino que *positivamente no lo deja agravar*, porque descongestiona los centros afectados, dificulta el desarrollo de los gérmenes y favorece la expulsión de las toxinas.

NO TRASTORNA EL ESTÓMAGO NI AFECTA EL CORAZÓN.

Tomando al acostarse dos tabletas y una limonada caliente (un limón exprimido en una taza de agua hirviendo, con o sin azúcar) se acelera considerablemente el resultado. ¡Ensáyelo y verá!



Para la molesta obstrucción de la narices. **Rape Medicinal Bayer OXAN.** Destapa, refresca, facilita la fluxión despeja la cabeza y ayuda a cortar el resfriado.

en el alma de Job todas las dudas llegó un momento en que apareciéndole Dios a los ojos del lastimado poeta, le enseñó cuán en vano pretendía averiguar las razones de las cosas y penetrar en los divinos juicios; le animó a contender con El sobre la pasada disputa, y Job, lleno de humildad, se arrepintió de la ligereza y descuido de sus palabras.

Y sucedió entonces, que el Señor comenzó a darles señales de su piedad y a aliviar un poco sus padecimientos.

Uno de los mayores era el calor del Sol que durante el día dábale con fuerza y acrecentaba el ardor de la calentura y el picor doloroso de las llagas.

Pero he aquí que una mañana brotó de aquella tierra, bañada por el llanto del cuitado, un arbolito forastero de ramas lisas y derechas, cubiertas de recortadas hojas, que fué creciendo con rapidez nunca vista y llegó a cobijar el cuerpo de Job y a refrescarle con su sombra amiga. Las llagas de su cuerpo comenzaron a secarse y la fiebre a descender de hora en hora, y aquel temblor y angustia y tribulación de su cuerpo y de su alma a convertirse en llanto y salir afuera por los ojos, en provechosas lágrimas, de esas que lavan de paso el corazón y le reparan y consuelan. Caían las costras que afeaban sus miembros; borrábanse las hondas cicatrices; volvía la piel a su primer estado, limpia y sana, teñida de un puro color de rosa.

Los gusanos resbalaban y caían como granos de trigo sobre la tierra; deslizábanse por ella semejante a un hormiguero, y se refugiaban en el árbol que prestó sombra y frescura a Job, subiendo hasta las ramas y mordiendo las hojas tiernas salpicadas de rocío...

IV

Un día, presto ya Job a recobrar sus hijos, su salud y sus bienes, que habían de venir poco a poco, doblados y engrandecidos por el dolor, holgábase mirando el árbol que tanto le consolara en su pasada aflicción, y... ¡cuál no sería su sorpresa al ver que aquellos gusanos que de su carne martirizada habían salido, poblaban ahora el árbol como de gotas de ámbar y menuditos piñones, y que echaban de sus boquitas un hilo sutilísimo y reluciente, parecido a un rayo de sol, con el tal hilo daban vuelta de manera que fabricaban un precioso capullo, donde reía la luz como en una pepita de oro! Y después de un capullo, otro y otro, hasta llenar todas las ramas del arbolillo forastero, que parecía una vid cuajada de dorados racimos.

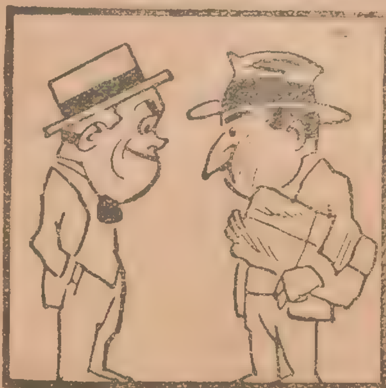
Job, entonces, halló que aquellos racimos eran de un plumón precioso y suave, grato a los ojos y delicioso al tacto, y juzgó que tejiéndole, como el cáñamo y el lino, podían aderezarse opulentas vestiduras y bordados primorosos, que fueran el encanto y la alegría del hombre y sobre todo, de la mujer... Y juró fabricar en cuanto le fuera dado, una rica túnica, para ponérsela en lugar de la que había roto, y alabó el nombre de Dios, que por el dolor y la paciencia de un hombre solo, dió a todos los hombres el primer capullo de seda...

. . . .

Tal vez algunas de vosotras, lindas y amables lectoras, no supiérais que fué debida al buen Job, a aquel atormentado poeta de la Biblia, el espléndido regalo de la seda.

Sí: de los gusanos que roían su carne nacieron esos otros preciosos gusanos, cuya baba sutil ofrece a vuestros hermosos cuerpos finísima cobertura. Aquellas enconadas landres, que picaron su piel, tornáronse como de oro, y destilaron la hebra de seda, semejante a un rayito de sol.

Con lo cual quedó cumplida la ley eterna de nuestro vivir, que brota con estremecimiento de las entrañas y hace cuajar la belleza en senos divinamente atormentados como frutos peregrinos del dolor, del dolor eterno...



—¿Si adivinas lo qué llevo en este paquete, te doy una copa y comes admirablemente?.



—No digas más. Una botella del famoso "Hierro Quina Bisleri".



—¿Cómo adivinastes?
—Muy sencillo. Porque no hay nada mejor para abrir el apetito.

LA PECADORA

La pobre pecadora había llegado a la puerta del cielo; pero no se animaba a llamar... Oía el cántico celestial de los arcángeles, y sentía un perfume profundo que se evaporaba entre los astros, y que debía ser el incienso del paraíso... A ella, que conocía todas las miserias, le parecía aún más hermoso, aquel divino lugar. Desfallecida de emoción, se dejó caer sobre el umbral, que era una espesa nube de oro.

Un angelito la vió, se acercó a ella y le dijo:

—¿Por qué no entras, mi mamita?

(Ella nunca había tenido hijos).

—Tengo miedo de molestar... Veía la puerta muy cerrada...

—¡Oh, no! — exclamó el angelito. — La puerta de aquí siempre está abierta. No hay nada más que subir...

Y le contó, sonriendo, que muchas almas, al llegar de la tierra, decían cosas semejantes, sin fijarse en que el cielo no puede quedar cerrado jamás; pues por lo mismo que no tiene caminos, es todo él, un pórtico sin límites... Y como notara que ella estaba llorando, le besaba dulcemente los párpados; y la frágil mujer percibía una frescura tan intensa que se le purificaba el alma...

—¿Por qué lloras? ¿Por qué lloras? — continuó el angelito. — El cielo no es más que una alegría... Yo te acompañaré hasta donde se halla el Señor... Pero no llores más...

No se sabe cuánto tiempo duró esto, porque no hay tiempo para ciertas cosas...; lo único que se asegura es que en aquel instante se estaba acercando a la orilla de la noche, el mar rosado de la aurora...

El angelito repitió:

—El cielo no es más que una alegría...

Ella sollozaba de dicha: pues esas almas que han sufrido mucho, cuando son felices, se echan a llorar de agradecimiento; y retribuyen así, el bien que reciben, entregando en lágrimas su dolor, que es lo más noble, lo mejor que les queda.

¿Qué podía hacer sino llorar, si un angelito le besaba los ojos, le prometía a Dios y le llamaba madre, a ella que siempre había sido desgraciada y que nunca había tenido hijos?

Y la pobre pecadora comprendió que se hallaba en el cielo...

Pedro Miguel OBLIGADO.

Cien años alejados de la humanidad

Despachos de Johanesburgo (Africa del Sur) dicen que días pasados una partida de cazadores de leones ha encontrado en un valle al norte del Transvaal, ya en plena Rodesia, una aldea de colonos de origen holandés que hace cien años no se comunicaban con el resto del mundo.

La componen unas cincuenta familias que viven del producto de la agricultura, de la ganadería y de la caza. Para ésta se servían de arcos y de flechas.

Los más viejos contaron que a comienzos del siglo XIX llegaron a aquel valle unas diez familias de boers en carros tirados por bueyes. Se proponían fundar una colonia, y llevaban semillas, herramientas, armas de fuego y municiones.

Al poco tiempo fueron atacados por una tribu negra; pero lograron rechazarla. Desde entonces, nadie volvió a incomodar a los colonos en su residencia.

En la colonia hay la tradición de que la prosperidad cesará cuando alguno de los colonos vaya al Sur, y por eso todos se han abstenido de emprender viajes largos.

Nunca han salido del valle y la mayoría de ellos han alcanzado edades muy avanzadas. No conocen los médicos ni las medicinas, y todos sus remedios consisten en la dieta absoluta y el agua clara.

Enseñaron a los cazadores algunos periódicos ingleses y holandeses de principios del siglo XIX, que habían llevado sus abuelos, y que conservaban a título de curiosidad.

Preguntaron que cómo se viajaba, y al saber que había ferrocarriles, automóviles y aeroplanos se quedaron estupefactos.

Los cazadores llevaban un aparato de radiotelefonía y lo hicieron funcionar captando las ondas procedentes de las estaciones de Pretoria y Kimberley. Al oír la música y los cantos se quedaron atónitos y comenzaron a lanzar gritos de terror. Las mujeres decían que aquel invento era cosa del demonio, y costó gran trabajo calmarlas.

Los cazadores invitaron a los colonos a hacer una visita a las ciudades del Transvaal y del Orange; pero ellos se negaron.

Vicenta Castro Cambón

La muerte ha enmudecido para siempre, a este ruiseñor que cantó mucho, presintiendo la belleza en todo aquello que no pudo descubrir. Vicenta Castro Cambón, la poetisa ciega, tenía un alma hecha de exquisiteces, y llena de un ensueño profundo. La naturaleza pródiga por excelencia, que ha dado encanto a la rosa, que ha vestido los campos de verdura y con su sol de esplendores ígneos matiza la llanura infinita, y dora las crestas despobladas en las montañas, esa naturaleza madre, no se mostró condescendiente con esta pobre mujer, y le quitó el sentido de ver, de contemplar la magnificencia de los paisajes, y le arrebató, también, la dicha de oír, ya sea el murmullo que desprende de una cabalgata de ondas, un mar en calma, o bien la música excelsa del viento que mueve la arboleda gigante.

Eterna era la noche que había caído sobre los ojos de esta mujer que llevó en la vida una cruz muy pesada. Infinita era la sombra, que, a modo de inmenso tul, había envuelto la luz de sus ojos, pero, por una ley de compensación, todo ese resplandor que no asomaba en ellos iluminaba su espíritu, que, siempre en una profunda inquietud, se volcaba en cantigas sinceras, emotivas, ora dulces o tristes, como un cántaro se derrama en perlas de agua.

En su casita humilde, con un jardín florecido, vivía esta sensitiva presintiendo, adivinando el complejo mundo de las almas y de las cosas Quien lea sus bellísimos libros "Rumores de mis noches" y "Cajita de música" podrá percatarse del gran temperamento artístico de esta pobre ciega, que no hizo nada más que soñar sufrir y cantar, por un mandato inexplicable de su ser.

Yo tuve oportunidad de visitarla en el templo de sus musas. La dolencia física la tenía aniquilada, vencida, pero su alma estaba alerta, vibrante ante aquello que le prodigaba un gesto de arte o ensueño. Y qué extraño, su rostro pálido, sus ojos apagados, su cuerpo vencido, parecía que recobraban una vida poderosa. cuando se le hablaba de sus poemas, sentidos, tiernos, armoniosos.



Vicenta Castro Cambón

La obra de la poetisa ciega, es digna del más grande aplauso, máxime si se tiene en cuenta el valor que encierra, pues para poder volcar ese torbellino de ideas que asaltaba su cerebro, para poder reflejar su quimera, toda la inspiración que prendía fuego a sus canciones, las dictaba. Su memoria maravillosa le hacía retener versos y más versos, aun cuando hubiese pasado mucho tiempo, sin repetirlos.

"Cajita de música", el libro recientemente aparecido, de esta exquisita intérprete de la belleza, revela una gran imaginación y encarna un dolor y una emoción inmensa. En esos poemas está latiendo su corazón, junto al latido del gran corazón del mundo. Quizá algunas rudezas manchen el lino de sus cantos, pero esto no altera su valor, si se tiene en cuenta la forma como procedía para tejer el brocado de sus rimas.

Ha muerto la cieguita de alma de luz, que tuvo solo una bondad para los malos y una pureza sin par para sus versos. Ha muerto, este débil jilguerillo que cantó en las mañanas abrileñas en la tranquilidad de su villorrio. La Parca ingrata, detuvo de súbito la corriente cristalina de su númen, apagó el fuego de su alma y la arrojó a la nada, pero, ahí están sus dos obras, que, a modo de las flores secas, tienen un perfume embriagador de su espíritu de verdadero artista.

Félix B. VISILLAC

LA TRANSFUSIÓN

Por Mauricio Dekobra

No hay que afligirse, señor Desgachettes—dijo el doctor Lamouillat, director del sanatorio—. Su caso no es grave. Usted, al fin de cuentas, no tiene más que un endurecimiento del páncreas, consecuencia de una dilatación del colon transversal, y un poco de albuminuria, debido a un principio de herpe intrarraquídea. Una vez más le repito que la operación no es peligrosa ¿Qué más le puedo decir?

—Sí... Sí... Pero esta transfusión de sangre es lo que me inquieta.

—Ello es indispensable. Su tensión arterial, que es de 8,5, no es suficiente para soportar la operación... Es indispensable que se le den 300 gramos de sangre sana.

—Sí... Comprendo bien... Pero esta idea de hacer entrar en mi interior la sangre de un extraño...

—¡Oh, señor Desgachettes!.. Yo le presentaré al hombre que se sacrificará para salvarle la vida. Nuestro servicio médico cuenta con cuatro voluntarios, que están siempre dispuestos a ceder un poco de sangre. Creo inútil decirle que esa sangre es de una pureza garantida.

El doctor Lamouillat dió una orden a la enfermera, y ésta introdujo al voluntario. Era un hombre de unos treinta y cinco años, de mejilas sonrosadas, cutis fresco y mirada cándida.

—Señor Desgachettes — dijo el médico—, le presento al señor Emilio Moux, que experimentará un vivo placer en ofrecerle su sangre mañana, antes de la operación.

El señor Moux se inclinó modestamente. El paciente, levantándose, le estrechó la mano con efusión.

—¿Y qué—preguntó el médico—, está usted dispuesto?

—Sí... Si no hay más remedio... Y ahora, doctor, quisiera que me permitiese invitar al señor Moux a almorzar...

El doctor concedió el permiso.

—Una recomendación, sin embargo—añadió—. Nada de excesos en la bebida y en la comida, señor Desgachettes...

* * *

Terminaba el almuerzo. El señor Emilio Moux había comido con alegría y estaba radiante de beatitud. El Sr. Desgachettes, después de cumplir con el régimen, disolvía su angustia en el optimismo de su invitado. Cuando llegaron los postres, exclamó, emocionado:

—¡Mi querido amigo!... ¡Qué bueno es usted!

—¡Oh! Todo el placer es para mí, creámelo...

—Me es usted muy simpático, y si mañana debo morir bajo el bisturí... Pero no nos acordemos del mañana. Seamos alegres y vivamos felizmente esta noche. ¿Quiere usted que demos una vuelta por la feria de Neuilly?

—¿Por qué no? Me encantan las distracciones de las ferias.

Salieron del restaurante, y cogidos del brazo se encaminaron hacia la puerta Maillot. Durante tres horas erraron entre las atracciones, y pasaron de la mujer barbuda al billar chino, sin olvidar la lucha grecorromana y el domador de pulgas. A las seis, el señor Desgachettes dijo al señor Moux:

—Usted debe tener sed, mi pobre amigo. Vamos a beber al Bosque.

A las ocho, el Sr. Desgachettes y el Sr. Emilio Moux cenaban en un buen restaurante de la rue Royale.

A los postres el Sr. Desgachettes decía a su voluntario:

—¡Mi querido Emilio!... ¡Qué bueno es usted!...

—¡Oh!

—Sí... Sí... Me es usted cada vez más simpático.

—Y usted también.

—Entonces, no nos acostemos esta noche. Me aterra la idea de estar solo en el sanatorio. ¡Vamos a Montmartre!

Recorrieron varios *cabarets*. Como el doctor había autorizado el champaña a su paciente, el señor Desgachettes halló en la embriaguez un mundo mejor, virgen de cirujanos. El Sr. Moux bebió también, guiado por el mal ejemplo.

A las cuatro de la mañana hallábanse sentados en un banco de la vía pública, con los cuellos cubiertos de serpentinas y las cabezas tocadas con gorros de papel de seda. Los ojos del señor Moux estaban ojerosos, las córneas tenían un tinte verdoso y las pupilas fosforecían. A las siete de la mañana ambos entraron sigilosamente en el sanatorio. Desnudándose a medias, los calaveras se acostaron.

* * *

El doctor Ducrin entró en la habitación con su ayudante y una enfermera. El doctor Ducrin era el reemplazante del especialista en transfusiones de sangre, enviado especialmente por el director del sanatorio. Dirigiéndose a su ayudante le dijo, en voz baja:

—Haremos la transfusión en seguida. El cirujano espera junto a la camilla número 3.

La enfermera despertó a los dos dormilones. El doctor Ducrin los miró alternativamente. Comparó el rostro congestionado del señor Desgachettes con el semblante pálido del señor Moux. No vaciló un segundo. Colocó su aparato entre los dos brazos desnudos y se dedicó a la tarea de extraer 300 gramos de sangre al señor Desgachettes para introducirla en el cuerpo del señor Moux.

Una hora más tarde, el doctor Lamouillat, al entrar en su consultorio, supo, con el estupor consiguiente, que el señor Desgachettes acababa de morir bajo el bisturí del cirujano y que el señor Moux había fallecido bruscamente, víctima de una congestión cerebral.

Curiosidades

El barómetro más grande que hasta ahora se ha construído está en la torre de Saint-Jacques, en París. Mide cerca de diez metros de alto. El tubo de cristal tiene dos centímetros de diámetro. Está lleno de agua teñida, y para que no le entre polvo, flota sobre ella una ligera capa de aceite.

* * *

Entre los lagartos existe uno que se llama Escinco Común o de las Farmacias, que habita en las secas arenas de los desiertos, donde se mueve con tanta agilidad, en la superficie y por debajo, que bien puede decirse que nada en la arena. Es célebre desde la más remota antigüedad por prepararse con él gran número de substancias farmacéuticas.

* * *

Según las estadísticas, en los Estados Unidos el número anual de divorcios por cada 1.000 matrimonios, fué de 35 en 1870, de 81 en 1900 y de 145 en 1924. La mayor cifra la da el estado de Nevada, cuyo número de divorcios han sido de 1.037 anuales, y 1.079 el de matrimonios. La proporción más baja la da el distrito de Colombia, donde sólo ha habido 26 divorcios al año para una población de 100.000 almas.

* * *

Los salvajes del Río de la Muerte en el Araguaya (Brasil) no dejan acercarse a las regiones inexplorables disparando flechas envenenadas que causan la muerte en contados minutos.

* * *

Por regla general las personas que tienen el cabello fino tardan más en quedarse calvas que las que tienen el cabello grueso.

* * *

En Utica, Túnez, se ha descubierto una pequeña hucha con monedas de cobre, que fué depositada por un niño hace probablemente 2.500 años.

* * *

A 80 kilómetros sobre la superficie de la Tierra ya no hay atmósfera.

* * *

El lagópedo o perdiz de la nieve, que anida en los terrenos pantanosos de Escocia, tiene el cuerpo moteado de gris y blanco, y se oculta entre las rocas de tonos parecidos, que abundan entre los pantanos, para hacerse invisibles.

* * *

En Berkeley (Estados Unidos), en lugar de imponer penas de prisión a los violadores de las leyes del tráfico, se ha adoptado el procedimiento de encerrar los coches por un período que puede durar hasta 30 días.

* * *

El caucho no fué conocido en Eruopa hasta el año 1730.

* * *

El "chongh", un pájaro del Himalaya, se posa durante largo tiempo sobre las ovejas salvajes, para alimentarse de los insectos que tienen estos animales entre la lana.

* * *

Algunos experimentos han demostrado que la preferencia de los peces a las aguas obscuras o en sombra, se debe al hecho de que los rayos ultravioletas del sol les dañan. Otros seres, sin embargo, muestran una reacción favorable a estos rayos.

* * *

La iglesia del Espíritu Santo en la ciudad de Heidelberg, es el único templo en el mundo donde se efectúan simultáneamente misas para católicos y protestantes. Una pared medianera separa a ambas congregaciones.

* * *

Los insectos que se crían en el árbol de la guayaba se identifican tanto con el ambiente, que a medida que avanza la estación van cambiando del rojo brillante al verde y luego al bronceado.

* * *

La gruta más grande del mundo se encuentra en la comarca de Clack Hills, al Sur de la curva que describe el Missouri, en los Estados Unidos; mide 83 kilómetros de largo.

* * *

La mujer abisinia está muy por encima de la europea, en lo referente a derechos conyugales. Allí la casa y todos los enseres pertenecen a la esposa; y si el marido la ofende en algo, tiene el derecho de echarle del hogar o a exigirle una satisfacción completa, acompañada de promesa solemne de enmienda.

* * *

En las costas del río Ganges, en la afluencia del Ascensines y del Hidrates, viven unas tribus de indios que se llaman oxidracos.

DESALOJO Y LIMPIEZA



son dos palabras que resumen todo lo que debe hacerse para combatir el Estreñimiento.

La Constipación, que proviene de la no evacuación de las materias fecales, favorece la multiplicación de las bacterias que pululan en el intestino, las que secretan toxinas y venenos que son absorbidos por la mucosa intestinal, con el peligro consiguiente para la buena salud del estreñido.

Es indispensable desembarazar el intestino y al mismo tiempo limpiarlo y desinfectarlo, cosa que se consigue utilizando un laxante agradable, seguro y suave tal como la

SANTEINA

(DIOXIDRIFTALOFENONA)

que tomada metódicamente reeduca el intestino. Presentada bajo forma de ricas pastillas de chocolate a dosis de una es laxante, tomando dos es purgante. Puede tomarse a cualquier hora, no requiere cuidado alguno. Es un poderoso desinfectante merced a la Dioxidriftalofenona que contiene.

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

SARMIENTO y FLORIDA — BUENOS AIRES

EXPOSICION DE ARTE BRITANICO



El presidente de la República, doctor Alvear, su señora esposa, el ministro de Instrucción Pública, doctor Sagarna, el embajador de Gran Bretaña, sir Robertson y algunos visitantes, durante la inauguración de la exposición de arte británico, instalada en el pabellón del Retiro

Embajador de Francia



Señor Jorge Clinchant, nuevo embajador de la República Francesa acreditado ante nuestro gobierno, recientemente llegado al país.

ANIVERSARIO DE LOS REGIMIENTOS 1, 2, 3, 4 Y 5 DE INFANTERIA





Conmemorando el 118.o aniversario de su fundación, los regimientos 1, 2, 3, 4 y 5 de infantería realizaron, en sus respectivos cuarteles, diversos actos en celebración de dicho acontecimiento. — A la izquierda: la cabecera de la mesa durante el banquete servido en el regimiento 1.o de infantería, que comanda el teniente coronel Ramón Espíndola. — A la derecha: vista parcial de los comensales.



El sitio de honor en el banquete servido en el cuartel del regimiento 2 de infantería, de cuyo mando se halla encargado el teniente coronel Jorge Giovanelli



Un detalle de la mesa, durante el banquete con que la oficialidad del regimiento 2 de infantería celebró el anivsrsario de la fundación de dicha unidad.



FALLECIMIENTO DEL GENERAL FRAGA



A la izquierda: el teniente general Rosendo Fraga, prestigiosa figura de nuestro ejército, recientemente fallecido. A la derecha: el ministro de Guerra, general Justo, en representación del P. E., el ministro de Marina, almirante Domecq García y otras personalidades, escuchando el discurso que el presidente de la Liga Patriótica Argentina, doctor Manuel Carlés, pronunciara en el acto del sepelio de los restos del extinto.

Vida artística



El notable pintor canario, Néstor M. Fernández, que a fines del corriente año vendrá a Buenos Aires con objeto de inaugurar una exposición de sus cuadros

En honor de la señorita Vatteone y del señor Labourt



Con motivo de su próximo enlace, la Sta. Alicia Vatteone y el señor Armando Labourt fueron objeto de una demostración consistente en un banquete ofrecido en su honor por un núcleo de amigos y servido en el restaurante "La Sonámbula". — Vista parcial de los comensales

EXPOSICIÓN DE AUTOMOVILES HISPANO — SUIZA



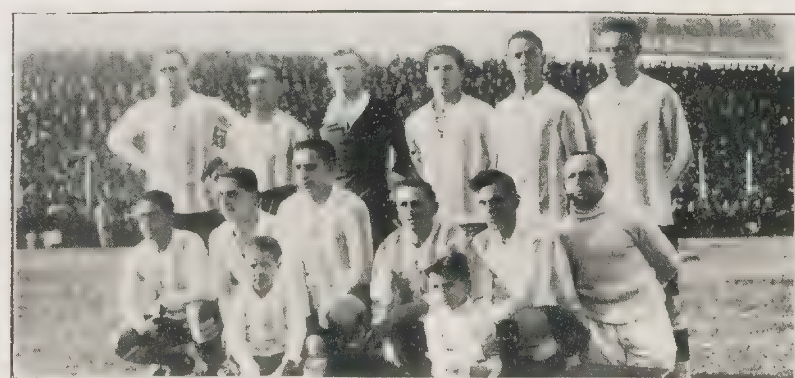


Con motivo de la inauguración del salón exposición de automoviles Hispano Suiza, en la calle Campichuelo 250, los señores Ballester y Molina ofrecieron un lunch a los numerosos invitados que asistieron al acto. — A la izquierda: los representantes de la mencionada marca y algunos de los concurrentes. — A la derecha: al servirse el lunch.

FOOTBALL. — Motherwell v. Combinado Argentino - Uruguayo



El team de Motherwell que consiguió rehabilitarse de sus primeras derrotas, venciendo a Combinado Argentino-Uruguayo por 3 a 0 gols.



Equipo Argentino-Uruguayo, vencido por Motherwell en el partido últimamente disputado.



El arquero de los escoceses, abandona la valla en un momento de peligro, y aleja la pelota con un buen golpe de puño.

BIBLIOGRAFIA



Señor Leonardo F. Napolitano, autor del libro "Legislación social contemporánea," reciente aparecido

Nota estudiantil



El joven Braulio Fanlo, Casbás, que a los 15 años ha ingresado en la Facultad de Ingeniería, después de cursar el bachillerato obteniendo notas sobresalientes y medalla de oro.

NOTAS INFORMATIVAS DE LAS ISLAS CANARIAS







El capitán de la marina mercante alemana Frany Romer, realiza en estos momentos un arriesgado crucero de Portugal a Nueva York, tripulando el débil esquife que reproducimos y que aparece anclado en el puerto de la Luz (Las Palmas). La embarcación mide 6,30 metros de eslora, 0,43 de puntal y 0,22 de calado. Su cubierta se halla revestida de lona impermeable que se ajusta estrechamente al cuerpo del tripulante. A la izquierda: el intrépido capitán, que fué saludado a su paso por Las Palmas, por nuestro corresponsal señor José del Jesús Franco.

Señor Félix Morrero, director y fundador de nuestro colega "El Liberal" de Las Palmas, que acaba de abandonar la dirección de dicho diario, sustituyéndole en el puesto el doctor Luis Cárdenas

SOCIALES



ENLACES. — Señorita María Otilia Camicia Ureta con el doctor Javier R. Mendilaharzu



Señorita Nazar con el señor Hauret



Señorita Asunta María Russo desposada con el señor Vicente Schiavelli



Señorita Emma Valverde Lyons con el ingeniero don Ernesto D. Podestá



Señorita Amelia Boero con el señor Américo Michino



Señorita María Clara Pérez Loza con el señor Pedro Iribarren Bilbao



Señorita Filomena Paolillo con el señor Juan Ricci



TARKY

Por Fausto Burgos

Tarky iba solo por un camino de herradura que resaltaba de trecho en trecho, sobre las curvas de un monte árido y frío. De vez en vez, deseaba volver la cabeza y mirar hacia arriba, hacia donde el viento silbaba enfurecido arrastrando guijas; pero... ¿para qué?... se decía; y agachado, llevando las alforjas al hombro, vestido a lo pastor, tocada la cabeza con amplio sombrero ovejuno, iba solo, silencioso, mirando ahincadamente la tierra bermeja que pisaba. A una y otra mano del camino, laderas pedregrosas, levantados riscos, cuestas yermas; hacia abajo, lomas alegres, donde verdeaban la tola, la maicha y la fresca chillagua; y lejos, lejos, la llanura uniforme, vestida de tolares, que llegaba hasta la cadena de cerros plomizos, azules, morados, rosados, bermejos.

Tarky, metió los dedos en la chuspa que llevaba a la usanza keswa y cogió algunas hojas de coca con las cuales aumentó el bolillón áspero y cálido de su acuyico; luego, de una taleguilla, tejida a dos haces, sacó las cuatro monedas que le quedaban: cuatro quintos de plata boliviana. Sin mover los labios, dijo para su capote: "Un quinto, para comprar coca en la casa de Yapura". Se imaginaba ya en la casa de Yapura, acodado en el mostrador, junto a unos mozos cerreros que bebían vino y de rato en rato, como para encender la lengua adormecida por la coca, un trago de alcohol de noventa y cinco grados. "Un quinto para comprar harina de maíz en la casa de Yapura". Se le hacía que estaba al lado de un saco de arpillera, henchido de rubia y limpia harina de maíz; cogería un poco de ella para reparar si era de maíz nuevo.

Con la harina de maíz, desleída en leche de oveja, preparaba el apetitoso piri, su vianda favorita. "Un quinto, para comprar una botella chata de alcohol, en la casa de Yapura". Aún tenía en los labios el sabor del último trago. Llevaba ahora en las alforjas, la chata vacía. "Un quinto para comprar pan en la casa de Yapura; pero del pan de harina de trigo y amasado con pedazos de queso". Desde hacía tiempo no probaba un trozo de pan. Ahora veía el rimero de tortas blancas, doradas, que despedían un olorcillo grato; se imaginaba que iba solo por una de las calles arenosas de Abra Pampa, comiendo una torta de blanca harina de trigo, una torta recién sacada del horno; iba solo, comía de prisa; si alguno lo miraba, metía la mano bajo el poncho.

¡Cuatro quintos de plata boliviana! Iría a la casa de Yapura, a comprar coca, harina de maíz y alcohol y pan. Los acarició con mano alegre y antes de guardarlos, dijo para su coleto:

No iré a la casa del turco Elías, porque él me dará, por los cuatro quintos, cuatro puñados grandes de coca ardidita y un kilo de harina apolillada. Y veía la cara bribona del turco Elías, con sus mostachos negros, sus cejas abundosas y retintas, sus cabellos rizos.

Hacía una mañana fresca. Tarky, divisó una tropa de llamas; caminó, caminó a la vera de una quiebra vestida de iro; las topó. Un macho alto, erguido, cariblanco, a quedo, a quedo, se le acercó. Tarky no sabía expresar lo que sintió en el alma... De pie, silencioso, quedó mirando el hato. Eran las llamas de Yapura. ¡Yapura también tenía llamas y no era ni arriero ni pastor! Las contó y dijo para sí: son veinticinco... ¡Cuántas veces había arreado una tropa de veinticinco llamas cargueras! En los costalitos solían llevar mineral de plomo o blancos terrones de borato. Ahora que ya tenía la mirada turbia, los dientes desgastados, ¿dónde estaban aquellas sus veinticinco llamas blancas, sufridas, dóciles? El macho cariblanco, alto, esbelto, lo miraba ahincadamente. El, Tarky, el viejo, el pobre, el humilde Tarky, que vivía solo, en una casuca de piedra, allá en lo alto, en la cima de un árido monte, se quedó como embobecido mirando la tropa de llamas negras de Yapura, de Yapura, el acopiador de frutos del país, de Yapura, el tendero rico. ¡Cuántas ideas le vinieron al magín! Las horas de su niñez, pasaron por su memoria; cuando chico, vestía también chaqueta de cordellate y pantalón de barracán y sombrero pastoril; entonces andaba en pos de la manada de ovejas como un humilde can ovejero; de noche, ayudaba a su madre, a la Collaguaima, a torcer el hilo de chumpis, llicllas y yacollas. Después, después se hizo mozo y un hombre rubio y blanco que montaba una mula bien enjaezada, lo contrató y lo llevó a trabajar a unas minas de plomo; cuando tornó a su casuca, siete años después, traía en las alforjas, tejidas por Collaguaima, lo que había llevado: dos paquetitos de coca, una chata de alcohol y una torta de blanca harina de trigo. Y volvió vestido con las mismas prendas: remendados pantalón y chaqueta, lleno de polvo y bermejo, el puyo. La Collaguaima adivinó lo que le había ocurrido. ¿Y los quintos de plata bolivianos ofrecidos por el hombre blanco? Lo habían engañado... Otros mozos volvieron también, pero no como él.... Y sin sentir, tejiendo barracán y picote al lado de su madre, se hizo viejo. ¿Qué sabía del mundo?... De vez en vez, cuando bajaban con la tropa de borricos cargados, había visto el tren que pasaba velozmente, dejando tras de sí temblor de rieles y larga cola de humo.

Tarky, siguió adelante. Las llamas negras de Yapura se quedaron silenciosas en la quiebra vestida de ido; el macho esbelto, no le quitó los ojos de encima, hasta que él, Tarky, se perdió con el camino.

Catorce leguas tenía que andar — doce de las cuales eran leguas cerreras, las restantes, fáciles leguas campeñas — para llegar a Abra-Pampa. Poníase el sol.

Cerca, en un morro bravío, Tarky miró las ruinas de la casuca de piedra donde vivieron con la Collaguaima. Murió ella, y él, solo y triste, triste y viejo, caminó y caminó cuesta arriba. La Collaguaima estaba allí, junto a los muros caídos, debajo de la tierra bermeja, debajo de las guijas. Tarky, tomó resolución de pasar la noche, sentado en un pedrón negruzco que estaba junto a las ruinas. ¿Pasar la noche allí?... Sí, para vivir las horas de sombra, con el recuerdo de la muerta. Coquearía durante toda la noche, sentado en el pedrón negruzco.

Repechando, repechando, llegó hasta muy cerca de las ruinas de la que fué su casuca de piedra. En el sitio donde descansaba su madre, vió a dos hombres.

DON JACINTO. — ¿Te fijás en ese, Quipildor? ¿Quién será?

QUIPILDOR. — Es de Chajrahuaico, señor.

DON JACINTO. — ¿Y dónde es eso?

QUIPILDOR. — Más arribita, señor.

DON JACINTO. — ¿Le sabés el nombre?

QUIPILDOR. — Es el tatay Tarky, señor.

DON JACINTO. — Vaya un nombre raro... nombre de coya...

QUIPILDOR. — Así será, señor.

DON JACINTO. — ¿Y a qué vendrá? ¿Tendrá aquí algún tapado?

QUIPILDOR. — Tendrá, señor.

DON JACINTO. — Es casi seguro que lo tiene...

QUIPILDOR. — Aquí tiene un yurito y dos pucos, señor...

DON JACINTO. — ¿No serán del que viene?...

QUIPILDOR. — ¡Quién sabe, señor!

Don Jacinto Almenábar, era un porteño rico que venía anualmente a la Puna, a buscar momias y a coleccionar alfarerías keswas y aymaras. Almenabar era blanco, alto, erguido, corpulento. Quipildor excavaba la tierra desde hacía algunas horas. Ya habían encontrado un cuerpo de mujer casi intacto. Almenabar lo colocó sentado, como estaba bajo tierra, sobre dos lajas. La mujer era vieja, tenía la carne charqui, como pegada a los huesos; los cabellos negros, en dos gruesas trenzas, le caían sobre la espalda desnuda.

DON JACINTO. — ¿Qué dirá cuando la vea?

QUIPILDOR. — ¡Qué dirá, señor!...

DON JACINTO. — ¿Sabés que le tengo miedo a la difunta?... No ha de ser momia antigua...

QUIPILDOR. — ¡Cómo será, señor!

DON JACINTO. — Fijate en la faja que le ceñía la cintura; es igual al chumpi que tienes tú...

QUIPILDOR. — La volveré a enterrar, señor...

DON JACINTO. — No, no; esperemos que llegue Tarky. Esta noche no voy a pegar los ojos.

QUIPILDOR. — ¿Y yo, señor?...

DON JACINTO. — ¿Jamás tocaste el cuerpo de una muerta?

QUIPILDOR. — Nunca, señor.

DON JACINTO. — Esta tiene la carne charqui; debió ser una india fea, negra y vieja; murió riendo, fijate en la boca...

Quipildor bajó la cabeza. Don Jacinto se aproximó al cuerpo sin vida.

DON JACINTO. — ¡Me está mirando con las órbitas huecas!...

QUIPILDOR. — La enterraré de nuevo, señor...

DON JACINTO. — Ya viene, ya viene el tatay Tarky; ¿tendrá aquí algún tapado?

QUIPILDOR. — ¡Cómo será, señor!...

DON JACINTO. — ¿O habrá vivido aquí en otro tiempo?

QUIPILDOR. — Ahora me estoy acordando que aquí vivieron con la Collaguaima.

DON JACINTO. — ¿Y quien era la Collaguaima?

QUIPILDOR. — La mama de Tarky, señor.

Don Jacinto se espeluznó todo entero; se imaginó que el cuerpo que había hecho sentar sobre dos lajas, cobraba vida... Quipildor ya no excavó la tierra bermeja. Tarky, a quedo, a quedo, llegó a ellos. Tarky creía que no caminaba con sus pies, creía que los cerros estaban briosamente iluminados por el sol, y que la tarde muerta, era una clara mañana. A la vera de don Jacinto Amenabar, Tarky se quedó inmóvil; parecía un hombre de piedra. Y miró con vaga mirada, el cuerpo moreno, descarnado, seco, de la Collaguaima. ¡Cuánto daría por levantarla en sus brazos. ¡Cuánto daría por envolverla, ceñida amorosamente con sus brazos! Las órbitas huecas, para él eran ojos abiertos, tristes; los labios duros, eran tibios labios sonrientes.

DON JACINTO. — ¡Pero hombre!... ¿Qué te pasa?... ¿A qué has venido aquí?... ¿Buscas algo? ¿Conoces a la que nos mira con las órbitas huecas?

QUIPILDOR. — Ella es... la Collaguaima, señor...

DON JACINTO. — Que la entierre de nuevo Tarky... ¡Tarky! ¡Tarky! Te dejamos solo, ahora...; la fosa está excavada de nuevo...

Amo y peón echáronse de prisa cuesta abajo. Quipildor, saltaba, saltaba, como gato montés; y no se atrevió a volver la cabeza. Don Jacinto, veía próxima la noche negra que confunde los cerros con el llano.

II

Salió de la tienda de comestibles de Yapura, el puneño rico que tenía llamas y que no era arriero ni pastor; salió haciendo eses con las piernas y cantando una antigua tonada cerrera; llevaba en la diestra una chata de alcohol. ¿Acaso no había visto un rimero de tortas sobre el mostrador? Yapura, el tendero rico, levantó una y le dijo: tómala, Tarky... cuando vuelvas me lo traes cueritos de achogschas...

(Continúa en la página 35)

Actualidades cinematográficas



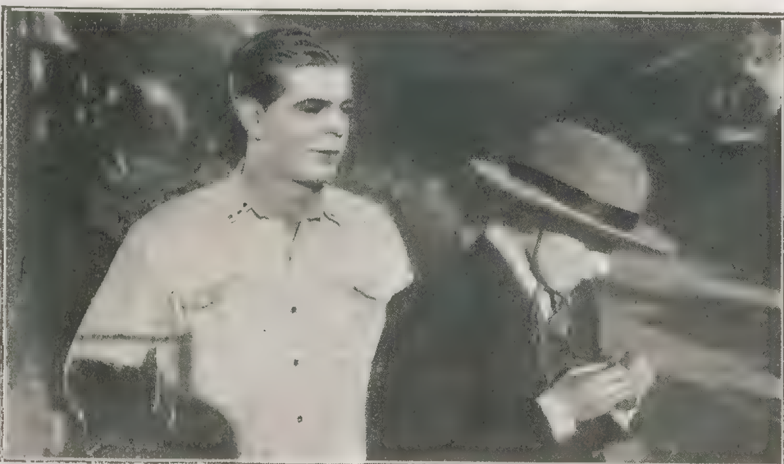
Gloria Swanson y Raoul Walsh (actor y director) en ''Alma pecadora'', que Artistas Unidos está distribuyendo



Escena de ''Sacrificio de una madre'', con Belle Bennett como protagonista, que la Fox Film estrenará el viernes próximo



Escena de ''Ben Hur'', con Ramón Novarro como protagonista, que la Metro-Goldwyn-Mayer comienza a exhibir



Hoot Gibson y Georgia Hale en ''Jugar con fuego'', cinta Jewel que la Universal estrenará hoy.



Johnnie Walker y Gertrude Astor en ''Vestidos vanidosos'', que la Corporación estrenará en su programa Extra Arte el domingo próximo



El cómico Monti Banks en ''Toque fierro'', extraordinaria que la New York Film estrenará en la semana próxima



Owen Moore y Helene Costello en ''Maridos de alquiler'', que en su programa Ajuria estrenará el viernes la General



FOX FILM

Presentará el viernes 15 de junio y días subsiguientes en el **CAPITOL THEATRE** exclusivamente

EL SACRIFICIO DE UNA MADRE

(Mother Machree)

BELLE BENNETT, VICTOR Mc. LAGLEN, NEILL HAMMILTON, ETHEL CLAYTON, TED Mc. NAMARA.

Sublime y enternecedora producción que conmueve los corazones, llega al alma y evidencia el verdadero cariño maternal

MUSICA ADAPTADA

DE FORMOSA



Vista parcial de la concurrencia que asistió al tradicional asado ofrecido por la la municipalidad en ocasión del aniversario patrio



Los esposos Manzanares acompañados de sus hijos, al festejar sus bodas de plata matrimoniales

DE RUFINO



La profesora señora Clara S. de De Pablo, rodeada de sus alumnas quienes la hicieron objeto de una demostración, con motivo de finalizar los cursos



Como despedida de su visita a Rufino, el personal superior de la sucursal del Banco de la Nación Argentina, en dicha localidad, obsequió al ispector y auxiliar adscripto, con un paseo campestre

GENTE MENUDA



Nelita Larrañaga Arauz



Laura Elena Navajas Jáuregui



Carlos Ernesto Navajas Jáuregui



Rosarito Suárez García



Niñas de Cricco Rico



Angélica y María Isabel Yza



Darío, Ada y Héctor Sabando

INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR



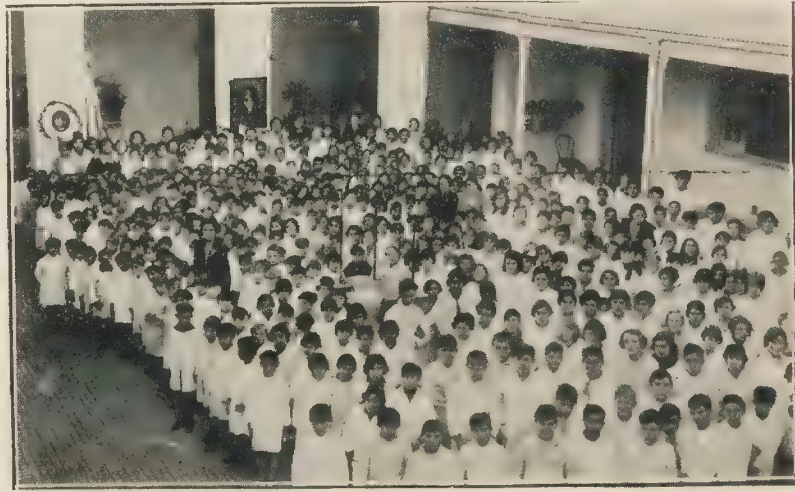
MENDOZA. — El gobernador de la provincia, doctor Orfila, los ministros del P. E. y demás autoridades, durante la celebración de la misa de campaña en la plaza San Martín con motivo del 25 de mayo



SAN LUIS. — El gobernador, doctor Arancibia Rodríguez, leyendo su mensaje ante la asamblea legislativa, al iniciar el período parlamentario



RUFINO. — Grupo de niñas de la localidad, a la salida del Tedéum oficiado en ocasión del 25 de mayo



Alumnos de la escuela "Bernardino de Monteagudo" núm. 171 durante los actos realizados en conmemoración del día patrio



MIGUEL CANE. —El señor Gatica hablando en la fiesta patria.



QUEMU - QUEMU.— El señor Fourcade durante un discurso patriótico



MIGUEL CANE. — Miembros de la comisión de las fiestas mayas, que fueron patrocinadas por la Asociación Argentinos Unidos



QUEMU - QUEMU.— El señor Ortega hablando en la fiesta de 25 de mayo



El señor Di Diego pronunciando un discurso, en la mencionada fiesta

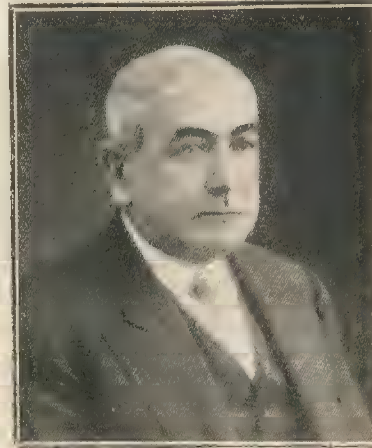




SALADILLO. — La señorita Rosa C. Presutti y el señor Brahim S. Balleto, que en breve contraerán enlace



CORRIENTES. — El gobernador de la provincia y sus ministros durante el Tedéum oficiado en la Catedral el 25 de mayo.



LA PLATA. — Señor Manuel J. Rico, tesorero general del F. C. P. de B. A., recientemente fallecido

FLOR DE GRANADO

Por Sax Rohmer

No hay muchos "Antereeyeh" actuamente en el Cairo—dijo mi amigo Hassan, del Zazar de los Perfumes, contemplando pensativamente a dos damas americanas que pagaban precios fabulosos por las mercaderías de su derrapado vecino de la izquierda.— Estos recitadores de historias han adoptado otras profesiones más lucrativas, pero en los tiempos que vivía mi padre, era un excelente negocio.

—Por una parte, los cuentos de las "Mil y Una Noches" ya no se recitan más, porque se les considera de mal agüero; esto ha reducido considerablemente el repertorio de los recitadores.

Sin embargo, todavía existe en la ciudad del Cairo un recitador de historias de gran reputación, el cual combina esa profesión con la de barbero, y, al igual del famoso barbero de las "Mil y Una Noches", tiene también el apodo de Es-Samit (el Silencioso". Es éste un anciano que pasa de los noventa años, que goza de todas las comodidades que puede apetecer en su ancianidad a causa de su charla divertida, y porque sus ridículas historias respecto de sus seis hermanos (pues también se asemeja, o dice asemejarse a su famoso tocayo), hacen pasar momentos agradables a todos los que las escuchan, llenando de alegría los corazones: tal es la absurda locuacidad e impertinencia del barbero llamado Es-Samit (el Silencioso).

Lo vi en una ocasión en que me encontraba presente en el festival de la boda de un próspero comerciante lejanamente emparentado conmigo; para entretener a sus invitados este hombre rico, además del baile y los cantos acostumbrados había contratado a Es-Samit para divertirnos con sus cuentos inverosímiles. A fin de refrescar la memoria del "Antereeyeh", el novio le dirigió estas palabras:

—¡Oh, Es-Samit! Ha llegado a mis oídos que en tu excesiva parquedad, has omitido relatar la historia de tu séptimo hermano, no permitas que tu amor al silencio (más grande en ti que en tu ilustre antepasado), nos prive del conocimiento de su depravación; cuéntanos su caso.

—¡Oh, príncipe del comercio!—repuso el barbero —. Mi hermano era un perro de la más baja ralea. ¡Mi pecho se siente traspasado cada vez que pronuncio su maldito nombre. En manos de Ahzab, mi hermano gemelo, he sufrido toda clase de vejámenes y torturas de las más desgraciadas.

Cuando mi pariente oyó estas palabras, echóse a reír, diciendo:

—¡Haznos conocer, oh Es-Samit! sus vergonzosas acciones.

El barbero, suspirando como si su alma buscara un descanso para todas sus aflicciones terrenales, relató lo que sigue:

—Sabed, ¡oh luz de mis ojos!, que mi otro hermano, Ahzab, nació en la ciudad del Cairo, y que su nacimiento no produjo un eclipse de sol y otras desagradables calamidades, sólo por el hecho de que yo también nací en ese momento.

Mi hermano Ahzab estaba dotado de una alta estatura, cuerpo elegante y figura perfecta, con mejillas como rosas y cejas que se unían encima de una nariz aguileña muy brillante. En fin, esta vergüenza de mi familia estaba provista de todas las perfecciones que Alá (cuyo nombre sea loado), también me había concedido a mí; pero su corazón era el de una serpiente y carecía de la nobleza de alma que tú has observado en tu servidor, ¡oh, parangón de la sabiduría!

Cuando estábamos todavía en la flor de la juventud, se suscitó entre nosotros una discusión, y durante muchos meses no vi a Ahzab, sino que me dediqué a mi profesión de barbero y recitador de historias maravillosas en un punto distante de la ciudad. De esta manera fue que me enteré de su vida sólo por lo que se me decía, hasta que un día, mientras me hallaba sentado frente a mi tienda observando si lo avanzado de la hora era favorable para atender a uno que esperaba ser afeitado, llegó hasta mí un vendedor de frutas, que me dijo:

—Mi señor, Ahzab, el mercader, desea que usted se presente tan pronto como le sea posible en su comercio. Lo necesita con gran urgencia.

Al oír estas palabras pensé:

—Dentro del corazón más villano puede florecer el retoño del afecto fraternal. Ahzab desea compartir conmigo el más iluminado de la familia, la buena fortuna que le ha tocado en suerte.

Por lo tanto, cerré mi negocio, despachando al que esperaba para ser afeitado, y seguí al mensajero hasta el Khan Khalil, donde estaban situados los comercios de los ricos mercaderes en sedería. Mi hermano me recibió afectuosamente, diciéndome:

—¡Oh. Es-Samit! Yo siempre te he querido. ¡Pero cada año te haces más parecido a mí! Salvo que tú pareces más digno y noble. Entra conmigo dentro de este departamento privado, pues es importante que nadie te vea.

Muy sorprendido por sus palabras, lo seguí hasta la elegante estancia situada encima del salón de ventas, y allí les ordenó a sus sirvientes que asaran un cordero y nos trajeran fruta y vino; mientras de esta manera agradable nos hallábamos ocupados, me contó su caso:

—Ten en cuenta, ¡oh, hermano mío! que he acumulado una gran fortuna, la que he conseguido observando los sabios preceptos de conducta establecidos por ti. Por el encanto de mis palabras, que he modelado de acuerdo con las tuyas, y la elegancia de mi porte, el cual, aunque pobremente, he copiado del tuyo, y por la dignidad y modestia de mi conducta, he enternecido todos los corazones y soy estimado por encima de todos los otros comerciantes en el Cairo.

Es menester que me ausente a Damasco, y durante mi estancia en aquella ciudad, deseo que tú ocupes mi lugar aquí. Esto nos será conveniente a ambos, pues yo recompensaré tus servicios con quinientas piastras y una habilitación en mi negocio; tú me sustituirás y todos dirán: ¡Oh, Ahzab, el mercader, cada día se torna más elegante: tal es la benigna influencia de la prosperidad y rectitud conscientes! Mis negocios marchan bien y mi ayudante, que estará en nuestro secreto, te pondrá al tanto de todo lo necesario, y te sentarás en mi comercio. Todas las noches te irás en secreto a tu domicilio.

—Al oír estas palabras, mi pecho se hinchó de gozo, pues observé que Ahzab no había dejado de notar mis preciosas cualidades. Seguimos sentados hasta bien entrada la noche, hablando de nuestros planes, y al día siguiente, después que Ahzab hubo partido en secreto para Damasco, me dirigí a su comercio, como lo habíamos arreglado, y ocupé mi lugar allí.

Por el número de personas que me saludaban, y por la forma en que se expresaban, comprendí cuán grande era la prosperidad de mi hermano; y como yo era de naturaleza meditativa, pasé los días agradablemente reflexionando sobre mi buena fortuna.

Al cuarto día después de la partida de mi hermano, mientras me hallaba sentado en su comercio, pasó delante de mí una dama acompañada de sus sirvientas. Esta dama marchaba montada sobre una mula, ricamente enjaezada, con espuelas de oro, estando cubierta con un "izar" de preciosa tela; en la cintura llevaba una cinta de seda adornada con oro. Yo quedé sorprendido ante la belleza y elegancia de sus formas; cuando descendió de la mula y penetró en el comercio, el ambiente quedó sa-



turado de un delicioso perfume y yo me encontré cautivado por su belleza.

Sentándose a mi lado, levantó su "izar" y pude contemplar sus ojos negros, que sobrepasaban en belleza a los ojos de todos los seres humanos, pareciéndose a los de la gacela. Tenía una boca semejante al sello de Suleyman, y sus cabellos eran más negros que una noche de desdichas; su frente parecía una luna nueva de Ramadán, sus mejillas, anémonas, sus labios más frescos que los pétalos de rosas, dientes como perlas, y poseía un cuerpo cuyas formas cimbreantes podrían causar envidia a los juncos más sutiles.

—¡Oh, Ahzab! ¡He regresado como te lo prometí!

Al oír el timbre de su voz, por Alá (cuyo nombre sea loado), me sentí apresado en las redes de su amor; el fuego ardía en mi corazón; sus llamas crecían dentro del pecho, y mi corazón se ahogaba en el mar de mi pasión.

Percibiendo mi emoción se apresuró a bajar el velo con pretendido desagrado, expresando sus deseos de ver algunas piezas de seda. Mientras estaba ocupada de esta manera sobrepasaba a las ramas en la belleza de sus ágiles movimientos, y mis ojos no podían apartarse de ella. Entonces hablé así conmigo mismo.

—¡Oh, Es-Samih! Tú has hecho contrato con tu hermano para hacer esto y lo otro, y para rendirle debidamente cuenta de todos tus negocios, pero aunque no te habló una palabra de su asunto con esta dama, es importante que procedas en la misma forma que él lo hubiera hecho; de manera que no pueda reprocharte de negligencia. Pues yo siempre fuí un hombre justo, discreto y silencioso.

Por lo tanto, le hablé de esta manera:

—¡Oh, señora mía, que eres la persona más hermosa que Dios haya creado; que tu corazón no se llene de desdén hacia mí, sino que se compadezca. Ten presente que el amor es un sentimiento muy difícil, y que al esconderlo puede derretir al hierro y ocasionar enfermedades; tú has regresado como me lo prometiste, por eso te ruego que no conserves tu rostro escondido a las miradas de tu esclavo.

La dama en seguida levantó la cabeza y apartó el velo, posando su mirada sobre mí, contemplando a sus sirvientas de soslayo y colocándose el dedo índice sobre los labios; de manera que yo comprendí que era tan discreta como hermosa. Se sonrió y me dijo:

—Me llevaré esta pieza de seda bordada que he elegido. ¿Cuánto vale?

Y yo le contesté:

Cien piastras; pero te ruego que la lleves como un obsequio de Ahzab.

Al decir esto me miró en los ojos y la vista de su semblante arrancó de mi pecho mil suspiros; luego se llevó la seda, diciendo:

—¡Oh, mi señor! ¡No me dejes desolada!

Y partió, continuando yo sentado en la calle del mercado, hasta pasada la hora de la oración vespertina, con mi mente perturbada por su belleza y hermosura. Regresé a mi casa. Me recosté para descansar, pero pasé la noche sin dormir, pensando cómo haría para llevar adelante este asunto y apoderarme de la dama... para mi hermano Ahzab.

Apenas había amenecido, me levanté, encaminándome a la calle del mercado, donde me puse un traje de mi hermano más rico y magnífico que el que usara el día anterior; bebí una taza de vino y senté en el comercio. Pero durante todo ese día no apareció, ni al siguiente pero al tercero volvió a presentarse, acompañada sólo de una sirvienta; me saludó y me dijo en un tono de voz que nunca fué igualado por su suavidad y dulzura:

EL MIEDO DE DON JUAN

Cuenta Sevilla que Don Juan, un día,
entre un grupo de alegres camaradas,
hablaba de mujeres olvidadas,
tras de la última copa de la orgía.

"—Creedme, por mi honor—Don Juan decía:—
No por ellas manchéis vuestras espadas,
porque hallaréis, al fin, tras sus miradas,
en vez de casto amor, vicio y falsía..."

Frente a frente a Don Juan, su madre anciana
erguía en la sombra la cabeza cana,
envuelta toda en señorial recato,

cuando Don Juan quedó pálido y ciego,
porque miró una lágrima de fuego
temblar en las pestañas del retrato.

RICARDO MIRO

—¡Oh, mi señor! No me reproches porque revele yo así el interés que tengo por tí; pero no he podido hablarte cuando mis sirvientas me escuchaban; esta es mi confidencia. Te he dicho que mi padre no consiente en nuestro casamiento, a causa de mi rango; pero tú me has herido el corazón, y cada día te amo más, puesto que te haces más gallardo y apuesto. ¡Debo vivir desolada para siempre! ¡Ay! He colocado tu carta en la caja que me diste, y no pasa un día sin que la humedezca con las lágrimas. Hasta la vista, ¡oh, amado mío!

Al oír esto, mi amor y pasión se hicieron tan violentos, que casi me torné insensible. La dama se incorporó para salir del comercio, y la que la acompañaba le habló en voz baja al oído, pero ella movió la cabeza dando muestras de descontento y partió.

Cuando advertí que efectivamente se había retirado, las lágrimas comenzaron a descender por mis mejillas, como gotas de lluvia, y mi alma pareció como querer abandonarme. Seguí con la mirada la dirección de sus pasos por la calle del mercado, pero en eso la sirvienta llegó corriendo y me dijo:

—He aquí el mensaje de mi señora: "Ten presente que mi amor es más grande que el tuyo, y el viernes próximo mi sirvienta vendrá a verte para decirte cómo puedes hacer para tener conmigo una corta entrevista antes de que mi padre regrese de las oraciones."

Cuando oí estas palabras pronunciadas por la joven, cesó la angustia de mi corazón; pero en mi entusiasmo me olvidé de preguntarle a la sirvienta la dirección de la señora... ni tampoco conozco el nombre de mi amada; pero reflexionando sobre estas cosas penetré en el comercio de mi hermano, permaneciendo allí sentado hasta muy tarde, dirigiéndome luego en secreto a mi domicilio.

Me detuve en una calle silenciosa, sentándome en un "mastabak" para aspirar la frescura del aire y abandonarme en exquisitas reflexiones.

Pero apenas me había sentado cuando un negro de enorme estatura y aspecto horrible, emergió, y se lanzó sobre mí, exclamando:

—¡Este es tu fin, como estaba escrito! ¡Oh, Ahzab el mercader!

¡Por Alá (cuyo nombre sea loado), yo creí que era cierto lo que me decía, pero reflexioné que no todo lo que es resbaladizo es grasoso, y que un plato de porcelana que se caiga puede escapar ileso.

Y así fue que, mediante mi buena suerte y el ejercicio de mi inteligencia y habilidad, le hice una zancadilla al negro, que cayó golpeándose la cabeza contra el "mastabak", y antes de que pudiera recobrar los sentidos, le acerqué a su garganta una navaja de afeitar que, por la gracia de Alá y por ser costumbre de mi profesión llevaba en mi "kamar".

—¡Ah, perro!—exclamé—. ¡Prépárate para partir a esa oscuridad y perdición que espera a todos los asesinos, porque estoy dispuesto a matarte!

Pero el miserable se proternó ante mí y abrazándome los pies, exclamó:

—¡Ten misericordia ,oh, señor! ¡No hice más que obedecer órdenes!

¿De quién, plaga vil y miserable?—le pregunté.

—¡De quién ha de ser sino de Abu-el-Hassan, el hijo del Kadi! ¿Pues, acaso, no te ha revelado que a causa de lo ocurrido, con Jullanar (Flor de Granado,) la hija del Wali, te iba a matar?

—¿Me lo ha revelado, dices?—le pregunté, asombrado de sus palabras.

—Tú sabes, señor — me contestó — que por mis manos fué entregado el mensaje.

En seguida dí gracias a Alá (cuyo nombre sea loado) y dí un puntapié al esclavo, diciéndole:

—Vete, descendiente de la inmundicia, y pon en conocimiento de tu amo, que estoy muerto. ¡Te perdono la vida, vete!

Pero cuando se hubo retirado, nuevamente elevé mi voz en acción de gracias, y llegando a mi domicilio llevé a cabo las abluciones preparatorias y recité las oraciones del crepúsculo, ¡pués comprendí cuál era el verdadero motivo de la ausencia de mi hermano, y que en su amor y afecto había delegado en mí su embrollo, sabiendo bien que debía perecer!

Fué por la misericordia de Alá, el compasivo, el misericordioso, que mi caso no terminó en la forma por él prevista. La dama llamada Jullanar, hija del Wali, era famosa desde el Cairo hasta las islas más apartadas de la China, por su elegancia y hermosura, y yo sabía que mi amada no podía ser otra que ella, y que Abu-el-Hassan, hijo del Kadi, no podía ser otro

TU HEREDAD

"El mundo, dices, vase estrechando cada día más ante mi paso: ¡qué pequeño es el mundo! ¡Y como si no lo fuera bastante, lo empequeñecen aún más los prejuicios y la miseria de los hombres!"

"Ya no puedo viajar, añades, y además: ¡para qué! Todo es lo mismo. La uniformidad tediosa ha invadido el planeta y no hay forma de encontrar ni un rincón inédito ni un silencio no mancillado por el vácuo y gárrulo turismo".

Mas yo te digo: ¡qué te importa esto, si te queda la noche! ¡La noche con todos sus milagros, la noche con todos sus soles y mundos!

En cuanto sales a tu balcón se te ofrece ella en su inmensidad divina.

¡Qué pequeñas son las distancias que separan sus orbes, para el poder de tus alas!

¡Cómo vas y vienes, ave silenciosa del alma, por entre el enjambre de oro!

Cada uno de tus anhelos de belleza puede escoger un mundo para realizarse.

Y cuando el sueño sella tus párpados, tus ojos y tu corazón están llenos de maravillas.

Amado NERVO.

que el esposo elegido para ella por su padre el Wali.

Esa noche no dormí, sino que pasé hasta el amanecer envuelto en profunda meditación, acerca de este asunto y de los peligros que aguardaban al hijo de mi padre el próximo viernes. Al día siguiente no fuí al mercado, sino que envié un mensaje al sirviente de mi hermano, diciéndole que estaba enfermo y que le dijese a la joven, que no debería tardar en llegar, dónde podría encontrarme.

Así fué que el viernes a mediodía vino a verme la misma sirvienta que estuviera con Jullanar, enviada desde el comercio de Ahzab y me dijo:

—¡Oh, mi señor! ¡Responde a las súplicas de mi ama! Este es el plan que yo le he propuesto: escóndete en uno de los grandes cajones que están en tu comercio y contrata a un peón para conducirte a la casa del Wali. Yo haré que el "bowab" admita el cajón, haciéndolo subir a la estancia de Jullanar.

Ella confía su honor en tu discreción, a causa de su amor por tí, y también porque moriría si no pudiera verte para despedirse. Yo haré arreglos para que seas sacado en secreto de la casa, antes de que regrese el Wali.

Al oír sus palabras me olvidé del asesino negro y de la venganza con que amenazara Abu-el-Hassan. No hice caso al miedo, confiando en la habilidad del hijo favorito de mi padre cuando se encontrara dentro de las paredes de la casa del Wali. No pensaba más que en Jullanar.

Me afeité y fuí al baño, partiendo luego para el comercio de Ahzab. El ayudante de mi hermano no se encontraba allí por lo cual me alegré, vistiendo con el traje más espléndido que pude encontrar, y perfumándome con esencias delicadas, llamé a un muchacho y le dije:

—Ve a traer un peón. Ordénale que lleve aquel cajón grande a la casa del Wali, cerca de la Mezquita de Ibn-Misheh, y que pregunte por la joven Jullanar, que ha comprado el cajón y los artículos que están adentro. Trata de que sea un hombre fuerte, pues el cajón es muy pesado.

El chico me contestó:

—En seguida cumpliré con el mandato — y partió.

Luego me encomendé a Alá y entré en el cajón cerrando la tapa por el lado de adentro. Apenas había terminado los preparativos cuando apareció el peón y levantó el cajón. El muchacho lo ayudó a cargarlo sobre los hombros, saliendo después a la calle del mercado.

—Ahora, por las barbas del profeta (que descanse en paz), es una gran cosa que me llame Es-Samit —me dije—pues de haber sido de otra manera, habría elevado mi voz contra este malvado que me conduce con las suelas de mis zapatos elevados hacia el cielo. El peón me llevó durante alguna distancia, jadeante bajo el peso del cajón, y poco después, llegando a un "mastabah" dejó caer el cajón sobre uno de sus extremos para descansar.

—¡Como que Alá es el Dios y Mahoma su profeta!—exclamé para mi capote: — Tengo suerte de haber adquirido un lenguaje moderado. No hay persona alguna en el Cairo, salvo esta joya de mi madre, que pudiera abstenerse de vociferar al caer sobre su cráneo en un umbral de piedra.

Después de un rato el peón volvió a levatar el cajón, poniéndose otra vez en marcha, para llegar tras breves instantes a la casa del Wali.

Alá sea loado—dije,—pues si este peón, cuyo nombre sea maldecido, me hubiera llevado una cuadra más, mi silencio hubiera sido todavía más sorprendente de lo que es, pues mi asunto habría terminado, ¡y no volvería a hablar con persona alguna en el mundo!

El "bowwab" exclamó:

—¿Qué hay dentro de este cajón?

—Compras hechas por la joven Jullanar—contestó la sirvienta, que conocí por la voz.—Permítale al peón que lo suba a su departamento.

—Debo obedecer las órdenes de Wali, mi patrón—contestó el portero.—El cajón debe ser abierto.

Sentí que las fuerzas me abandonaban, y que se apoderaba de mí un fuerte cólico por exceso de miedo, temiendo fallecer bajo los violentos espasmos de mis miembros.

—¡Oh, Es-Samit!—Me dije.—Esta es la recompensa para aquel a quien el amor conduce a la casa del Wali.

Tenía la seguridad de que mi fin se acercaba. La influencia del amor dejó de existir en mí, siendo reemplazada por la madura reflexión. Me arrepentí de lo que había hecho y elevé oraciones a Alá para que me hiciera salir bien de mi peligrosa situación.

Si fue de resultas de mis ruegos, no lo sé; pero lo cierto es que se llegó a algún arreglo, y el peón una vez más volvió a levantar el cajón, y gopeándome la cabeza en uno de sus extremos a cada paso, me condujo al departamento de Jullanar.

Depositó el cajón, con la tapa para abajo, sobre la mullida alfombra de la estancia, de manera que yo me encontré apoyado sobre los pies y las manos, como una mula, y con la cara entre las manos. Antes de que pudiera romper mi silencio habitual, levantó algún pesado muelle—no sé lo que era—y lo colocó sobre el cajón.

Una voz más dulce que los cantos del Dacod, habló:

—¡Esclavo! ¿Qué estás haciendo?

—¡Yo soy tu esclavo!—dijo otra voz, al oír cuyo timbre casi creí morir de furor.

—¿No me conoces, amada mía? He descubierto una nueva estratagema y vine hacia tí disfrazado de peón, pero debajo de mi fea indumentaria, soy siempre Ahzab, el que te ama!

Como un hombre que se duerme enfermo después de una orgía, oí la respuesta que decía:

—¿Es cierto que has venido a verme, o es éste un sueño?

—¡Es efectivamente cierto! — contestó el maldito, el vil, el innombrable Ahzab, mi hermano, pues él era.— ¡Desde el momento en que te ví por vez primera, ni el sueño ha sido dulce para mí, ni el vino ha conservado el menor aroma! Así he venido a verte, fragante pimpollo de Flor de Granado, pues no quería que me vieran en una postura tan poco digna como la que tiene uno que está agazapado dentro de un cajón. A fin de que tus gentes se vieran obligadas a permitirme el acceso a tus departamentos, puse un mendigo en mi lugar, para hacer que el cajón fuese pesado.

Y ella le contestó: —¿Eres bienvenido!— y lo abrazó.

Por Alá (cuyo nombre sea loado) me mordí la barba hasta quedar ahogado.

—¡Estás cambiado, amado mío! —le dijo ella; —siempre eres hermoso, pero hoy, a mis ojos, tus mejillas están menos rosadas.

El maldecido Ahzab, como un mulo enfurecido, dió un puntapiés al cajón donde yo me disolvía envuelto en las llamas de la ira.

—¡Mi pasión por tí no tiene límites! — le contestó.— ¡Oh, mi amor! ¡Qué hermosa estás!

En eso mi dominio sobre el silencio me abandonó. Como Alá es el Dios y el Mahoma su profeta, ¡creí que me hallaba poseído del demonio!

—¡Ladrón! — grité, y mis palabras se perdieron dentro del cajón. —¡Embustero! ¡Desgracia maldecida de mi padre! ¡Infamia de mi raza! ¡Oh, perro! ¡Oh, inmundicia indescriptible!

Jullanar dejó escapar un grito de temor, pero mi maldecido hermano la tomó en sus brazos consolándola con palabras dulces.

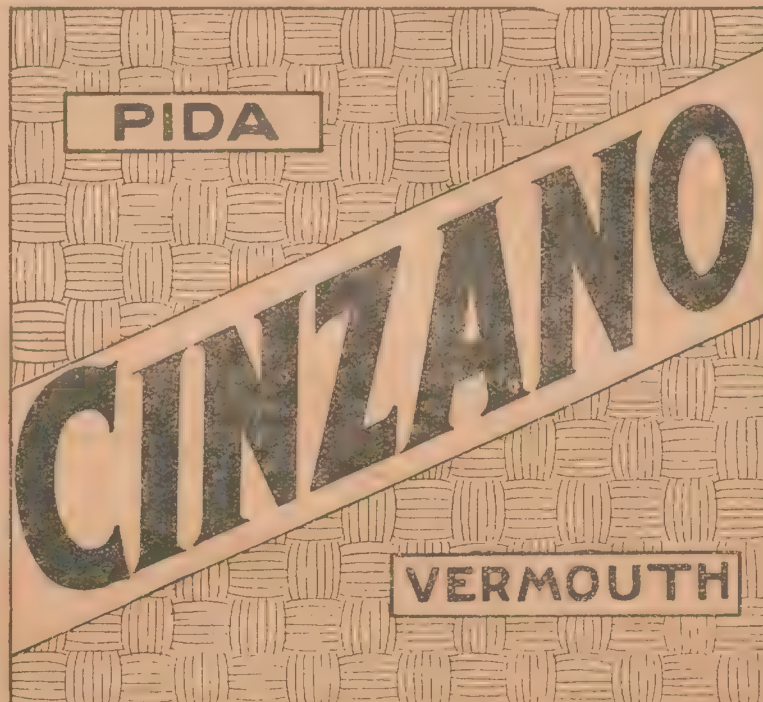
—¡No tengas miedo, oh, amada mía!—le dijo.—¡Le dí vino a ese mendigo para que su corazón se consolara con esa tarea de baja estofa, pero me temo que se haya embriagado!

—¡Que tu lengua se convierta en escorpión y te muerda!—exclamé yo. ¡Mi casa está tan limpia como el palacio del Khedive! ¡Jamás hás entrado en ella, descendiente de un vampiro! ¡No sé en que agujero te has escondido, como inmundo insecto que eres, hasta que tu ayudante (cuya barba, ojalá le crezca para adentro y que lo ahogue), te informó de esto! ¡Oh, Alá! ¡Dame la fuerza para mover este maldito cajón para que pueda aplastarlo entre mis manos!

Apenas había pronunciado la última palabra, cuando una joven llegó corriendo a la estancia y exclamó:—¡Huye, mi amo! ¡Oh, mi señora! ¡El Wali! ¡El Wali!

Al oír estas exclamaciones, se desvaneció mi ira, siendo reemplazada por un gran temor. El aliento pareció abandonarme, y mi corazón dejó de latir.

—Aquel que caiga sobre el lo-



NOTA SUBETIVA

Dulce tristeza que a invadirme vienes!
De tu licor, que embriaga y no envenena,
quiero siempre sentir el alma llena,
y que el placer me brinde sus desdenes.

Tú ¡dolor! que mi espíritu sostienes:
si el anhelo de goces me enajena,
fiero, entonces, mis ímpetus refrena,
golpeando el corazón que en mí retienes.

Me abrazo a la dureza de mi sino,
y así alejo la cándida creencia
de una victoria fácil al destino.

Y opongo a mi destino mi conciencia,
que es luz que alumbra, con fulgor divino,
el sendero fatal de mi existencia.

Quintín NEGRON SANJURJO.

do, será pisoteado por los camellos,—reflexionaba.—No es bastante, ¡Oh, Es-Samit! que hayas sufrido el ataque del asesino; que hayas casi muerto de terro en la puerta de la casa del Wali; que hayas sido arrancado de los brazos de la criatura más hermosa que Dios haya creado, sino que tienes ahora que estar predestinado, ¡oh, el más infortunado entre los hombres!, a ser descubierto por el Wali en la estancia de su hija, escondido dentro de un cajón!

Y pronuncié el "Takbir", gritando: ¡Oh, Alá! ¡Tus designos son inescrutables!

—¡Huye, amado mío! — le gritó Jullanar a Ahzab!—¡Mis mujeres te esconderán!—e inmediatamente se desvaneció, cayendo al suelo sin sentido.

—¡Rápido! ¡Sígame de cerca! ¡Oh, mi señor!—dijo la joven.—Y oí que mi pérfido hermano salía de la habitación por una puerta, mientras el Wali penetraba por la otra.

—¡Ah!—gritó el Wali, golpeando las manos.—¡Esclavos! ¿Qué es esto?

A sus gritos acudió mucha gente; alguién llevó a la joven Jullanar a su dormitorio, rociándole el rostro con agua de rosas.

—¿Qué hay en este cajón?—preguntó el Wali. — ¡Tráiganlo aquí y ábranlo!

En ese instante comprendí que estaba perdido y que podía considerar a mi alma como separada de mi cuerpo desde ya; así, pues, me despdí de la vida e invoqué a Alá para que intercediera por mí a fin de que se me concediera una suave muerte.

El cajón fué arrastrado hasta el centro de la habitación y abierto.

—¡Nombre de mi madre!—exclamó el Wali.—¡Es Ahzam, el mercader! ¡Es el villano que pretendía cortejar a mi hija! ¡Oh, Alá! ¡Mi hija me ha traicionado! ¡Por las barbas del Profeta, ya no puedo mantener más mi cabeza sobre los hombros honrados!

Y se golpeó las mejillas, y se tiró de la barba, cayendo insensible sobre la alfombra. En eso, yo salté fuera del cajón y habría escapado, a no haber sido porque dos negros me sostuvieron; el ruido, o la reacción producida por el agua de rosas que las mujeres rociaban en su cara, hicieron recobrar los sentidos al Wali, quien fijó en mí una terrible mirada.

—¡Ah, perro! —dijo. —¡Tú que has forjado mi desgracia! ¡Como has entrado en mi casa, en ese cajón abandonarás este mundo! ¡Enciérrenlo otra vez, sujeten, el cajón con sogas, y tírenlo al Nilo al caer de la noche!

En ese momento, mi poder para mantener silencio, fué puesto a prueba, pues no pronuncié una sola palabra, y mudo como un hombre sin lengua, dejé que me encerraran nuevamente en el cajón. La tapa fué cerrada encima de mí, se ató el cajón con fuertes cuerdas, colocándose luego sobre ellas el sello del Wali. Algunos negros me llevaron hasta algún sótano, en espera de la noche.

—¡Oh, Es-Samit! —me dije.—¡Este es el fin que esperaba al hijo más sabio de tu padre! ¡A este sitio te han traído tu silencio y tu sabiduría! ¡Oh. Alá! ¡Concédeme que uno de los peces que me ha de comer en el Nilo, le sea servido a Ahzab, mi hermano mellizo, y que lo ahogue!

Luego mis pensamientos volaron a Jullanar, y no pude dejar de suspirar y de gruñir; y los tormentos que sufría a causa de encontrarme agazapado en el cajón eran delicias comparados con las agonías que me causaban sus recuerdos, y así fué, que con el exceso de mi pena y mi fatiga, quedé insensible.

Cuánto tiempo permanecí así, no lo sé, pero fuí despertado por un golpe sobre la tapa del cajón, y la voz del Wali, habló, diciendo:

—¡Prepárate a morir, oh, miserable, pues mis sirvientes están ya para llevarte al río y arrojarte en él! ¡Ah, perro! ¡Que te has atrevido a elevar tus miradas a los ojos de mi hija! ¡Ten presente que ésta es la recompensa que reciben tales malhechores, pues no hay duda que si escapas con vida, te casarás con Jullanar!

Luego echóse a reir hasta perder el conocimiento, pateando el cajón hasta que creí que lo había destrozado. Los negros me levantaron, siendo conducido por una larga escalera y después por terreno llano sin saber en qué dirección.

—¿Desde aquí? — preguntó uno de los hombres, y a través de una rajadura de la tapa, percibí, la luz de una antorcha, y el murmullo del río llegó hasta mis oídos.

—¡Sí!—le contestó el otro.

Encomendé mi alma a Alá en el momento en que el cajón era balanceado en el aire. ¡Con un ruido que sonaba en mis oídos, como los chillidos de millares de "efreets", fuí lanzado al agua!

Me sumergí profundamente debajo de la superficie, conociendo todas las agonías de la disolución; pero el cajón era fuerte y construído con habilidad, y retornó a la superficie; luego, comenzó a llenarse y a hundirse una vez más, y poco después, cuando por la centésima vez trataba de implorar la muerte que pusiera fin a mis miserias, oí unas voces.

La vida más triste llega a ser muy dulce para aquel que la siente escurrirse entre sus manos, y yo reuní suficientes fuerzas para dejar escapar un débil grito.

—¡Oh, Alá!— exclamé.—¡Si es tu deseo, concédeme que esas personas cuyas voces oigo se compadezcan de mi infortunada situación, y me saquen de ella!

Mientras hablaba, algo detuvo la marcha del cajón. ¡Era la red de un pescador! Y los pescadores comenzaron a arrastrarme hacia el bote, mientras yo bendecía a Alá!

Pero cuando tenían el cajón al borde del bote, y oyeron mi voz que procedía del interior, notando al mismo tiempo el sello del Wali sobre la tapa, gritó uno:

—¡Por las barbas del profeta! ¡Este debe ser un genio maléfico que el Wali ha aprisionado en este cajón! ¡Qué Ala nos libre de este peligro! ¡Echenlo otra vez al agua, camaradas!

¡Ay! ¡No encontraba palabras con qué implorarles que tuvieran compasión; nunca la palabra me había sido tan funesta! ¡Un profundo gruñido escapado de mi pecho, y fuí lanzado nuevamente a las aguas del Nilo!

Alá es grande, y estaba escrito que no había de perecer de esa manera, pues otra corriente se apoderó del cajón, y en momento en que iba ya a perecer, lo arrojó sobre unas rocas, donde fué descubierto por una banda de cuatro ladrones, que se buscaban la vida, cometiendo raterías en los barcos.

Estos arratraban el cajón a tierra firme. Yo me encontraba muy cerca de la agonía para poder haber hablado aun cuando lo hubiese deseado, pero en vista de mi poca suerte con los pescadores, comprendí que el silencio, ahora como siempre, es la gran sabiduría. Así fué que permanecí en el cajón como un perro que está a punto de ahogarse, y escuchaba las palabras de mis salvadores.

Estos discutían acaloradamente el contenido del cajón. El que parecía ser el jefe, estaba ya por cortar las cuerdas, pero un tercero reclamó ese derecho para sí. Así es que de las palabras, pasaron a las vías de hecho, y por la gracia de Alá (cuyo nombre sea loado) extrajeron sus cuchillos y tres de los cuatro, quedaron muertos en el acto. El cuarto, cortó las cuerdas y abrió el cajón, creyendo disfrutar, él sólo, de los tesoros que suponía estarían escondidos en su interior.

Entonces yo me levanté y mirando hacia le sitio en que brillaba Canopus, dije:

—¡No hay más Dios que el Dios! ¡Alabado sea Alá que me ha librado de una muerte infamante e increíble!

El ladrón, profiriendo fuertes gritos de terror, dióse vuelta y echó a correr, no volviéndolo a ver.

Esta, ¡Oh simpático señor!, es la desgraciada historia del perro Ahzab, mi séptimo hermano el mellizo".

Nuestro amable huésped (concluyó Harsan) se rió de buena gana al escuchar esta historia, diciendo.

—¡Oh, Es-Samit! ¡Es evidente que tu terquedad en la charla te libró de morir ahogado! Pero cuéntanos, te lo suplico, lo que le ocurrió a ese perro de tu hermano, y a la hermosa Flor de Granado.

—¡Oh, gloria de los paraísos!—repuso el barbero. —Por boca de la joven, que gozaba de la confianza de Jullanar, supo Ahzab — esa vergüenza de las mulas mientras estaba escondido, que el Wali había dicho en presencia de muchos testigos:

"No hay duda de que si escapas con vida, te casarás con Jullanar."

—¿Quieres decirme que ha tenido el valor de exigir el cumplimiento de una promesa formulada en esa forma, oh, Es-Samit?

—¡Ay!—respondió el barbero con lágrimas que le caían como gotas de lluvia por las mejillas arrugadas;—pasó con ella la más agradable, la más alegre, la más confortable y la más espléndida de las vidas, hasta que fueron visitados por la terminadora de las dichas y la separadora de compañeros.

EL HIJO DE TRES

(CUENTO-TELEGRAMA DEL FAR WEST)

La señorita Mórguinson se había casado en Chicago con el señor Peters, en Nueva York con el señor Carson y en Pensilvania con el señor Wellis. La segunda vez, a los dos meses de la primera y la última a los pocos días de la segunda. Todo debido a una amnesia parcial que padecía y que la obligaba a olvidarse de su verdadero estado no bien se distanciaba de sus cónyuges.

El tercero, hombre celoso en extremo, no la había abandonado un sòlo instante. Pero lo que no ocurrió en el transcurso de siete largos meses, hubo de acontecer en el transcendental momento de dar a luz la señorita Mórguinson un robusto niño.

Fuera por una crisis de la enfermedad — las mentales las tienen muy curiosas — o por otros factores, es lo cierto que, llamando a su sirvienta, le dijo:

—Vé al telégrafo y avisa al señor Peters, de Chicago, lo que ocurre. — Y aunque la fámula había tomado nota la parturienta le entregó un papel.

En el telégrafo, cotejando los papeles, la sirvjenta advirtió un contrasentido: uno se dirigía al señor Peters, de Chicago; el otro, al señor Cárson, de Nueva York.

No sabiendo qué hacer, atribuyéndolo a un delirio de fiebre puerperal, abandonó los papeles sobre la mesa y redactó, en otro, la noticia, aunque dirigida al señor Wellis, de Pensilvania. Era el único a quien debía interesar grandemente lo ocurrido. Era, también, su patrón, el único que conocía.

Pero la del telégrafo, encontrándose posteriormente con los partes abandonados, los transmitió, para no incurrir en falta.

Los tres hombres llegaron; las explicaciones no lograron descifrar lo ocurrido, en lo que al niño se refería. Decidieron, pues, adoptarlo, adoptarlo como un fruto común. Se le pondría por nombre Bienvenido Peters Cárson Wellis, con un capital de tres millones para los primeros gastos.

Y la Agencia Havas...

Tendremos al corriente a nuestros lectores a medida que se reciban noticias.

José PAVIA R. - JAEN.

Los grillos en china

Muchas personas critican la costumbre de tener pájaros y grillos enjaulados. Los chinos tienen gran afición por los segundos, que guardan en jaulas, para escuchar su canto y para las luchas, que, como las de gallos y codornices, son sus diversiones favoritas.

Solamente el grillo macho y adulto puede cantar, si canto podemos llamar al ruido que produce al frotar los élitros uno contra otro.

De las varias especies de grillos empleados por los chinos, sólo de una, la del grillo negro arbóreo, llamado kin chung o campanilla de oro, guardan las hembras, pues parece ser que el macho sólo canta en presencia de su compañera.

Los antiguos chinos gustaban de los grillos más que de ningún otro animal. Para las mujeres del serrallo imperial eran sin duda un recurso para distraer las largas horas de aburrimiento en su encierro.

La gente rica tiene jaulas de oro para guardar sus grillos; pero lo general son jaulas hechas con bambú, que llevan metidas en el seno o colgando de la cintura.

En el Norte de China los cogen colocando una vela en la entrada del agujero o cueva del insecto y una trampa especial. El animalito sale de su refugio al ver la claridad y penetra en la trampa, cuya puerta se cierra inmediatamente tras él. Algunas de éstas, hechas de marfil, son verdaderas obras de arte.

Hay individuos que crían los grillos por miles y tienen varias habitaciones de la casa destinadas a ellos. El ruido en esos lugares es ensordecedor, enerva y desespera al que no está acostumbrado.

Durante el verano se guardan los grillos en vasijas redondas de alfarería, con una tapa perforada. Muchos alfareros hacen de su construcción un negocio especial y ponen su sello en estos recipientes. Hay vasijas de éstas que datan de la dinastía Ming, siglos XIV al XVII, que son muy apreciadas.

Unos platitos diminutos, de loza azul y blanca, se emplean como comederos y bebederos para los insectos.

Durante el invierno se traspasan los grillos a unas calabazas, especialmente preparadas para alojamiento de esos insectos, a las que se da una forma especial, haciéndolas crecer dentro de moldes a propósito. Estas habitaciones tienen una tapa de marfil, coco o sándalo, muy adornada y artísticamente elaborada.

En estas calabazas pasan los grillos el invierno resguardados del frío, y en los días más rigurosos, en la época de las heladas, les ponen un poco de algodón para que estén más abrigados.

En verano, los alimentan con calabacín, lechuga y otras hortalizas, y durante el otoño y el invierno, con castañas masticadas y unas alubias especiales del país. En algunas regiones del Sur se les da durante la época fría pescado picado muy menudo, varias clases de insectos y miel como tónico.

Los grillos destinados a la lucha reciben cuidados especiales.

Cuando se acerca la época de las luchas, les dan una especie de caldo hecho con raíces de ciertas plantas, y es muy corriente que los dueños de grillos de pelea se dejen picar de los mosquitos para dárselos a comer cuando el cinife está bien lleno de sangre. A veces, para aumentar su ferocidad, se les somete a un ayuno estudiado.

Para excitarles y hacerles cantar emplean unas largas varillas de hueso o marfil que llevan en las puntas unos pelitos de rata o liebre, con los que se les hace cosquillas.

Al cabo de muchas generaciones, los chinos han hecho una selección natural, creando una raza especial de grillos de pelea. Los buenos luchadores son tratados como soldados. Los más fuertes y fieros proceden de la provincia meridional de Kuang-tung, de los cuales hay siete variedades, de las que los mejores se conocen con los títulos de "generales" y "mariscales".

Las variedades, por orden de primacía, son: cabeza negra y pelusa gris en el cuerpo, cabeza amarilla y pelusa gris, cabeza blanca y pelusa gris, alas doradas y pelusa roja, cuerpo amarillo y pelusa roja, cuerpo amarillo y pelusa roja, y, finalmente, los amarillos con cabeza puntiaguda y largo abdomen.

Los buenos luchadores se conocen por su canto fuerte y penetrante, la cabeza y el cuello grandes, torax ancho y largas patas posteriores.

Las luchas se verifican generalmente al aire libre o en edificios especiales llamados "Diversión de otoño".

Como entre los boxeadores, se dividen en tres categorías: peso pesado, peso medio y peso ligero, y los combatientes se pesan escrupulosamente en unas pequeñas balanzas antes de cada combate, que se verifica en una mesa cubierta con un tapete de seda sobre el que se coloca una especie de cazuela, que es el ruedo o "ring".

Al principio, es lo general que los dos contendientes traten de huir; pero el juez de campo, llamado "comandante de ejército" o "director de batalla", interviene, recitando a los espectadores la historia de los dos luchadores y sus victorias anteriores; luego, con la varita de que hemos hablado, les hace cosquillas en la cabeza, los rabos y las patas traseras, y los dos rivales, así excitados, se lanzan uno sobre el otro, atacándose con furia.

Uno de los adversarios pronto pierde una antena, y luego cae una pata y otra, y la lucha termina con la muerte de uno de los contendientes, y ocurre con frecuencia que el más ágil o el más fuerte monta sobre su adversario y con sus potentes mandíbulas le corta la cabeza.

Las luchas de grillos han llegado a constituir una de las más fuertes pasiones de los chinos, y en estas peleas se apuestan sumas fabulosas.

Los grillos campeones se venden a precios altísimos. Un buen grillo vale 200 pesos que es el precio de un buen caballo en China. Estos ejemplares llevan el título de Gran Mariscal.

Dos regiones cerca de Cantón: Fa-ti y Cha-pi tienen fama de producir los mejores luchadores.

Los dueños de los grillos ganadores reciben como regalo un cerdo asado, una pieza de seda y una joya dorada, que representa un ramillete de flores. Esta condecoración la suelen colocar en el altar de los antepasados que tienen las casas chinas, para informar a los manes del éxito y buena suerte de la familia gracias a la protección de sus muertos.

Los nombres de los campeones se escriben en unas tabletas de marfil talladas, en forma de calabaza, que se conservan cuidadosamente como diplomas honoríficos.

La victoria es motivo de alegría y el dueño del vencedor es acompañado en procesión no sólo por los miembros de su familia, sino por todos sus paisanos, pues la gloria alcanza a todo el pueblo que ha producido tan excelente luchador.

El grillo que ha ganado varias luchas lleva el título de "shou-lip" o "grillo conquistador", y cuando muere uno de éstos se le coloca en un pequeño ataud de plata y se le entierra solemnemente.

PORTICO

(Del libro "Peregrinaciones emotivas" que acaba de aparecer")

Escribo versos de expresivo modo;
y en ellos pongo mi gentil anhelo,
como pondría agilidad de vuelo,
el águila veloz al huir del lodo.

Ajeno al burdo y mundanal concierto,
mi vida paso silenciosamente,
sin turbar el camino de la fuente
que duerme en el silencio de mi Huerto.

Mis cuatro lustros de existencia joven,
marca una etapa de poeta triste
que en ritmo y verso su angustia viste,
cual un nocturno del genial Beethoven.

LOCURA QUIJOTESCA

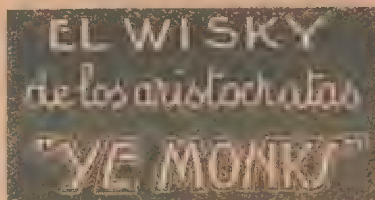
Hacer del Verbo una tribuna noble:
Tal el anhelo que a mi pecho alienta;
y en medio de una lucha tan sangrienta,
mientras más firme, me asemejo al roble.

Y, — sin temor al viento que me doble —
Don Quijote moderno el nombre asienta,
fruto de afanes que a la lucha tienta,
me lanzo al mundo a combatir lo innoble.

En mi Pegaso con valor persigo
la lucha pertinaz con mi enemigo.
Y de manera denodada y pura,

—como Alonso Quijano en su apostura, —
la voz ideal de mi conciencia sigo:
y más peleo si la brega es dura!

Odino A. TOMEI.



Cuento judío

En casa de Isaac...

Isaac, su mujer, Bloch y el joven Samuel están jugando a las cartas. Todos tienen delante una copita de licor.

De pronto la esposa de Isaac desaparece con un pretexto cualquiera. Y al poco rato Samuel hace lo mismo. Isaac y Bloch siguen jugando. De pronto éste dice:

—Isaac ¿te has fijado cómo a poco de salir tu mujer ha desaparecido de aquí Samuel?

—Sí; me he fijado.

—¿Y no sospechas?... Yo creo que debes hacer algo.

—Es verdad — dice Isaac.

Y rápidamente se bebe la copa de licor que no se tomó aun Samuel y se guarda en el bolsillo los siete francos que éste tenía sobre el tapete.

El pescadorcito Urashima

Por Juan Valera

Vivía muchísimo tiempo hace, en la costa del mar del Japón, un pescadorcito llamado Urashima, amable muchacho, y muy listo con la caña y el anzuelo.

Cierto día salió a pescar en su barca; pero, en lugar de un pez, sacó una gran tortuga con una cara vieja, arrugada y fea y un rabillo muy fino. Bueno será que sepas una cosa que, sin duda, no sabes, y es que las tortugas viven mil años; al menos las japonesas los viven.

Urashima, que no lo ignoraba, dijo para sí: "Un pez me sabrá tan bien para la comida y quizás mejor que la tortuga. ¿Para qué he de matar a este pobrecito animal y privarle de que viva aún novecientos noventa y nueve años? No, no quiero ser tan cruel. Seguro estoy de que mi madre aprobará lo que hago". Y en efecto, echó la tortuga de nuevo al mar.

Poco después aconteció que Urashima se quedó dormido en su barca. Era tiempo muy caluroso de verano cuando, casi nadie, se resiste, al mediodía, a echar una siesta.

Apenas se durmió, salió del seno de las olas una hermosa dama, que entró en la barca y dijo: "Yo soy la hija del dios de la mar y vivo con mi padre en el palacio del Dragón, allende los mares. No fué tortuga la que pescaste poco ha y tan generosamente pusiste de nuevo en el agua en vez de matarla. Era yo misma, enviada por mi padre, el dios de la mar, para ver si tu eras bueno o malo.

"Ahora, como ya sabemos que eres bueno, un excelente muchacho, que repugna toda crueldad, he venido para llevarte conmigo. Si quieres nos casaremos y viviremos felizmente juntos, más de mil años en el Palacio del Dragón, allende los hondos mares azules."

Tomó, entonces, Urashima un remo y la princesa marina tomó otro, y remaron, y remaron, hasta arribar al Palacio del Dragón, donde el dios de la mar vivía e imperaba, como Rey, sobre todo, los dragones, tortugas y peces. ¡Oh, qué sitio tan ameno era aquél! Los muros del Palacio eran de coral; los árboles tenían esmeraldas por hojas, y rubíes por fruta; las escamas de los peces eran plata; y la cola de los dragones oro. Y todo ello pertenecía a Urashima. Y ¿cómo no, si era el yerno del dios de la mar y el marido de la adorable princesa?

Allí vivieron dichosos más de tres años, paseando todos los días por entre aquellos árboles con hojas de esmeralda y fruta de rubíes.

Pero una mañana dijo Urashima a su mujer: "Muy contento y satisfecho estoy aquí. Necesito, no obstante, volver a mi casa y ver a mi padre, a mi madre, a mis hermanos, y a mis hermanas. Déjame ir por poco tiempo y pronto volveré." "No gusto de que te vayas"; contestó ella. "Mucho temo que te suceda algo terrible: pero vete, pues así lo deseas. Toma, con todo, esta caja, y cuida mucho de no abrirla. Si la abres no lograrás nunca volver a verme."

Prometió Urashima tener mucho cuidado con la caja y no abrirla por nada del mundo. Luego entró en su barca, navegó mucho, y, al fin, desembarcó en las costas de su país natal.

Pero, ¿qué había ocurrido durante su ausencia? ¿Dónde estaba la choza de su padre? ¿Qué había sido de la aldea donde solía vivir? Las montañas, por cierto, estaban allí como antes; pero los árboles habían sido cortados. El arroyuelo, que corría junto a la choza de su padre, seguía corriendo; pero ya no iban allí mujeres a lavar como antes la ropa. Portentoso era que todo hubiese cambiado de tal suerte, en sólo tres años.

Acertó, entonces, a pasar un hombre por allí cerca, y Urashima, le preguntó: "Puedes decirme, te ruego, dónde está la choza de Urashima, que se hallaba aquí antes?", el hombre contestó: "Urashima? ¿Cómo pregunta por él, si hace cuatrocientos años que desapareció pescando? Su padre, su madre, sus hermanos y los nietos de sus hermanos, ha siglos que murieron.

De súbito acudió a la mente de Urashima la idea de que el Palacio del Dragón, allende los mares, con sus muros de coral y su fruta de rubíes, y sus dragones con colas de oro, había de ser parte del país de las hadas, donde un día es más largo que un año en este mundo, y que sus tres años, en compañía de la princesa, habían sido cuatrocientos. De nada le valía, pues, permanecer ya en su tierra, donde todos sus parientes y amigos habían muerto, y donde hasta su propia aldea había desaparecido.

Con gran precipitación y atolondramiento pensó, entonces Urashima, en volverse con su mujer, allende los mares. Pero ¿cuál era el rumbo qué debía seguir? Quién se lo marcaría? "Tal vez, caviló él, si abro la caja que ella me dió, descubra el secreto y el camino que busco?"

Así desobedeció las órdenes que le había dado la princesa, o bien no las recordó en aquel momento por lo trastornado que estaba.

Como quiera que fuese, Urashima abrió la caja. Y ¿qué piensas que salió de allí? Salió una nube blanca que se fué flotando sobre la mar. Gritaba él en balde y suplicaba a la nube que se parase. Entonces recordó con tristeza lo que su mujer le había dicho de que, después de haber abierto la caja, no habría ya medio de que volviese él al Palacio del dios de la mar.

De repente, sus cabellos se pusieron blancos como la nieve, su rostro se cubrió de arrugas, y sus espaldas se encorvaron como las de un hombre decrépito.

Después le faltó el aliento. Y al fin cayó muerto en la playa.

¡Pobre Urashima! Murió por atolondrado y desobediente. Si hubiera hecho lo que le mandó la princesa, hubiera vivido aún más de mil años.

Dime: ¿no te agradaría ir a ver el Palacio del Dragón, allende los mares, donde el dios vive y reina como soberano sobre dragones, tortugas y peces, donde los árboles tienen esmeraldas por hojas y rubíes por fruta, y donde las escamas son plata y las colas oro?

ODIO TU SONRISA

Ciégame los ojos para que no vea,
apaga en mi cráneo la luz de la idea.
y ponle a mi lengua firme trabazón;
insensibiliza mi espíritu ardiente,
y aún tendré energías que me harán valiente,
para apedrearte con mi corazón.

Yo sabré librarme de tus añagazas,
dominar la fiebre de tus amenazas,
y dejarte inútil para reincidir;
yo opondré a los lobos de tu orgullo necio,
los fieros mastines de mi menosprecio,
que sabrán, luchando, vencer o morir.

Odio tus encantos, con los que fascinas,
tus divinos ojos, con los que asesinas,
tus labios sangrientos como el bermellón;
la pureza mística de tus manos de hada,
y tu pecho, cueva donde está emboscada
la pantera aleve de la tentación.

Odio tu sonrisa de claros destellos,
la magnificencia con que tus cabellos,
tienden por tu espalda su manto de luz;
el orgullo innoble que en tu ser anida,
y hasta tu cariño, que ha sido en mi vida
sentencia implacable de muerte y de cruz.

Odio tus recuerdos que fueron mi anhelo,
tus frivolidades que con su señuelo,
ataron de brazos a mi voluntad;
odio tus caprichos de niña mimosa,
y a los que pregonan que eres muy hermosa,
aumentando el fuego de tu vanidad.

Odio de tu cuerpo las gracias de Mayo,
la luna que nimba con su blanco rayo,
de tu bella frente la pálida flor:
odio cuanto quieres y cuanto te agrada,
y me basta solo con verte enfadada,
para que en mi pecho se aquiete el dolor.

Para que lo sepas, si no lo sabías,
envenenadora de mis alegrías;
para que te acuerdes de lo que yo sé,
en la guillotina de mi pensamiento,
sin que me conmueva tu arrepentimiento,
implacablemente te ajusticiaré.

Casto PINO.

Baturrada

Un viajero toma el tren subiendo a un departamento que estaba todo ocupado menos un asiento, pero había sobre él un cesto de fruta.

Acercóse a un baturro que estaba sentado junto al cesto y sostuvieron el siguiente diálogo:

El viajero.—¿Quiere quitar ese cesto para sentarme yo?

—El baturro.—No lo quito.

El viajero.—Pero, hombre, quítelo, que yo tengo derecho a ir sentado.

El baturro.—*L'i* dicho que no lo quito.

Después de una larga discusión, y en vista de la tozudez del baturro, el viajero llama al revisor del tren para que le obligue a quitarlo.

El revisor.—Haga e favor de quitar ese cesto para que se siente este señor.

El baturro.—*Hi* dicho que no, y no lo quito.

El revisor.—¿Y por qué no lo quita?

El baturro.—*Ricontra*, ¿cómo *l'i* de quitar si no es mío?

. El revisor (dirigiéndose a los demás viajeros). — Entonces, ¿de quién es este cesto?

Otro baturro que va sentado en el asiento de enfrente.—De quién va a ser, mío.

El Revisor.—¿Y usted por qué no lo ha quitado?

El otro baturro.—¿Cómo lo iba a quitar si a mí no me *ician* nada?

Pedro Antonio González

Glosa por Pedro César Dominici

Dos seres habitaban su cuerpo: dos seres enemigos... Pasada la tormenta, el hombre recto aparecía serio y melancólico, cual si hubiese dormido en una cárcel húmeda y lóbrega en compañía de gentes deshonestas.

El período amoroso de Pedro Antonio González fué de breve plazo, porque el alcoholismo es implacable rival del amor. No hay fauno de pupilas glaucas y alma sonriente que se embriague para ir al encuentro de las ninfas a orillas del río, cuando sabe que en el retozo placentero que sigue al baño, alguna ha de escuchar el ensalmo divino de Eros. Ligereza para la danza, destreza en el manejo de las armas, habilidad para lanzar el disco, inteligencia para descifrar juegos de ingenio, pulsar la cítara o tocar el arpa; para todo aquello que seduce la fantasía femenina e incendia la hoguera de amor; no son hazañas de hombres beodos. Y el sátiro ebrio podrá lucirse bebiéndose arrobas de vino de Chipre; graznando como cuervo, gruñendo como cerdo, ladrando como perro; querellándose, insultando; riendo con ímpetu extraño; pero nunca seducir doncellas, domar al galán que después fué descendiendo al vicio del licor; por deber, por conmiseración, o porque el recuerdo del pasado persiste en ella como un encanto de ensueño... Pero nunca podrá enamorarse de quien viva en estado normal de embriaguez... Y el poeta del "Proscripto" llegó en descenso doloroso a tal estado de insconciencia sórdida.

Como las tres Gracias - Aglae, Eufrosina y Talía; — como las tres Parcas-Cloto, Laquesis y Atropos — tres fueron las novias de González: Alicia, Melesia y Ema.

Casi niñas en el seno de sus familias, sus amores fueron fugaces como el destino de las flores... Las dos primeras eran hermanas; la última, prima de aquéllas.

Ese mismo amor homogéneo pudo ser resíduo de educación religiosa; tan visible en la vida ideológica del poeta aún después de haberla abandonado; pues el sacerdote aspira a reinar en el perímetro, moral y material del cual es centro. A las tres beldades le compuso versos; pobres de inspiración, vulgares y un tanto sombríos; y debemos dudar que produjesen incendio en la imaginación soñadora de las elegidas; toda vez que la filosofía no es manjar de cabecitas locas en ingente afán de pubescer. He aquí lo que González pone en boca de una de sus novias, que parece ser Melesia:

"Tus comprimidos, macilentos labios,
nunca dan paso a una fugaz sonrisa.
Por tus pupilas nunca se divisa
un dulce rayo de pasión vagar.
Tú pareces un náufrago sin rumbo
que adondequiera que a estrellarse vaya,
sin fe en el porvenir, sin fe en la playa,
se deja por las olas arrastrar..."

Poco halagador futuro para una dama que busca marido... Pero el verdadero amor del poeta fué Ema; niña de trece abriles; su discípula. El doncel frisaba con los cuarenta. Era ella alegre y pizpireta; y agradóle ser la preferida entre sus compañeras. La madre de Ema, gravemente enferma, temerosa de la orfandad de su hija no sólo aprobó los propósitos del profesor, sino que le incitó al matrimonio; celebrándose las nupcias en íntimo ambiente de familia. El esposo condujo la amada al tálamo — modesto cuartucho bohemio — pidió permiso para salir un segundo a la calle... Y regresó dos días después, en completo estado de embriaguez... Ema padeció algún tiempo aquella paradoxal luna de miel. Y una noche, con el alba, cuando el poeta tornó al hogar, había volado la paloma... Los cónyuges no volvieron a verse más... Ella huyó de Santiago; y él no dió paso alguno para encontrarla... González bebía, entonces, ajenjo... Quién sabe si inmóvil ante la mesa de la taberna, no contemplase a su esposa como era, sino como deseaba que fuese, alta, larga, pálida, triste, vestida de verde!... Y como en el suave mutismo de su visión interior la tenía a su lado, no se veía en la necesidad de buscarla lejos!... Ema, sin recursos, y en la plena pasión del vivir, terminó por contratarse como acróbata en un circo de escasa importancia... Pedro Antonio González ha descripto, sin embargo, con más fervor, con más belleza y más ideal filosofía, contrastando con la versificación obscura, y, pobre dedicada a sus tres novias, a la santa de Avila; comprobando no obstante el alcohol y el ajenjo, que su modelo femenino era muy distinto de Alicia, Melecia y Ema:

"Oh casta Belleza...
Oh mística Virgen. Oh Santa Teresa...
Hosanna al celeste, divino perfume
que esparce la hoguera que tu alma consume.
Es tu alma un efluvio que flota y que vaga
y el ángel embriaga.
Es Flor de Martirio
Es Rosa y es Lirio.
Huyes oh Teresa de la vana sombra
del mundo insensato que reina te nombra.
Sientes que te oprime, sientes que te quema
su falsa diadema.
Daten tus sentidos
todos los recuerdos, todos los olvidos.
Pero allá en tus hondas solitarias luchas,
un coro lejano de Hosannas escuchas.
Un coro que ensayan con rítmico son
las Vírgenes todas del Reino de Sión.
Es el coro en que Elías con su voz lejana
desde el gran Misterio te llama su hermana;
Jesús te descubre sus sienes divinas,
y tú amas su roja corona de espinas..."

Creo que es Armando Donoso quien cuenta cómo, en una ocasión, hallándose González en la mayor pobreza, su único amigo, Marcial Cabrera Guerra, a quien el poeta dedicó su "Proscripto", logró interesar al Ministro de Instrucción Pública en favor de aquél; el alto funcionario le mandó llamar para averiguar, sin duda, en qué forma podría ayudársele; pero González replicó con el gesto austero de un antiguo senador romano: "Dígale al Ministro que yo no visito ministerios. Si desea verme puede venir a mi casa..."

Y es que Pedro Antonio González, aunque prostituyóse en infinitas libaciones báquicas, no llegó a manchar su espíritu. Su descenso fué *físico;* podríamos decir *corporal.* El cuerpo deambulaba vacilante por tabernas y mesones. Pero el espíritu surgía incólume de tan espantoso extravismo de los sentidos. Pasada la tormenta, el hombre recto aparecía otra vez, serio y melancólico, como si habiese dormido en una cárcel húmeda y lóbrega, en forzosa compañía de gentes deshonestas. Como en la novela inglesa de Stevenson, dos seres habitaban su cuerpo: dos seres enemigos... Lo que Nietzsche llamaría el *apolíneo* y el *dionisiaco...* Su fuga el día de la boda, cuando quedóse a solas con su esposa virgen de trece años, fué porque su conciencia rechazaba aquella entrega inmoral, digna de un aldeano embrutecido, o de un mercader

¡ADELANTE!

¿No has visto al ruiseñor gorjeando en un gajo florecido, bajo un quitasol de ramas entrelazadas, en la soledad propicia de cualquier bosquecillo?...

¿Y no piensas que un proyectil aleve puede quebrar el cristal armonioso, abatir las alitas vibrantes, destruir la frágil obra, por el solo delito de ser bella, así como la pedrada de un palurdo o de un inconsciente, puede, en ocasiones, mutilar la gracia y el encanto de la Venus de Milo o del Apolo, de Belvedere?

Y bien, ¿es acaso que por ello no han de continuar vibrando las almas, ebrias de inspiración y de vida, como vibran y se esponjan las alas de un ave al beso cálido del sol?

El alma, despejada de ideales, sin amores ni entusiasmos, se siente tan abandonada como un alero sin nidos.

Dejad que ladre la jauría! El perro no tendrá jamás acentos de ruiseñor y en vano querais que las de un insecto tuvieran la pujanza soberana de las alas del cóndor.

. . . .

Hermano: en marcha hacia la conquista de las cumbres sagradas, no pueden detenerte los guijarros del camino... Has visto alguna vez, que la brizna pueda detener a una avalancha?

Bien sabes que allí donde levanta el peñasco su majestad solitaria y desafiante, allí son más rudos los embates del mar y ruge más formidable el viento. No temas tampoco el incesante rebullir de las sombras. Enjambre de larvas, zumbido impotente, no debe turbar la serenidad de tu ensueño.

Ensueño, a veces, azul y oro, como cumple a tu alma soñadora.

Ensueño, en ocasiones formidable, como la cólera de los dioses.

Ensueño, siempre alto como una cumbre, inmaculado como un ampo, solitario como el águila.

Como el Asheverus de la leyenda, marcharán siempre los envidiosos llevando sobre sus espaldas, el peso de la maldición de Dios.

Marcha, pues en paz, jadeante bajo el peso glorioso de tus alas!

Isabel CREUS.

Fotograbados
Tricromías
Bicromías
Confección de clisés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones
Precios sin competencia
Trabajo garantizado
— Entrega inmediata —
Pujol, Preysler & Cía.
Bme. Mitre 1259
Buenos Aires
Unión Telef. 38, Mayo 2589

de esclavas núbiles. Regresaba a su hogar de madrugada, completamente ebrio; porque no era *él*, sino el *otro*, quien llegaba a reclamar su presa... Cuando Ema fugóse, mientras el dionisíaco, enfurecíase, el poeta debió experimentar una dulce sensación de alegría; y quizás mirase al soslayo, disimuladamente, gozando con la rabia del otro...

Por desgracia el *otro*, como se observa en algunos de los últimos versos inéditos publicados con el título de "Asteroides", ahogando lentamente al poeta; dejándole cada día menos instantes de vigilia, de bondad y de sol... Y es el *otro* disfrazado de apolíneo quien canta:

"Lírico latino:
dame de tu vino...
Permite que apague la sed que me ofusca
Libando el Falerno de tu ánfora etrusca.
Hosanna a las vides de pámpanos rubios
que allá en la Campania te dan sus efluvios..
Hosanna al Falerno
que alegra tus noches allá en el invierno...
El pone en tu lira de timbres de plata
el canto que triunfa del llanto que mata...
Permite que sueñe que mato mis penas
en las saturnales del viejo Mecenas:
Del viejo Mecenas que elige de amigos,
a todos los grandes poetas mendigos...
Permite que sueñe que tengo los gocos
que sólo el Falerno le roba a los Dioses...
No importa que digan mi cruel vaticinio
las foscas Sibilas allá en su triclinio...
Bien vale el infierno
un ánfora llena de ardiente Falerno

Y al fin, en 1903, las dos almas que forman el dualismo complejo y antagónico de Pedro Antonio González murieron juntas, abrazadas en la sala de San Carlos del hospital de San Vicente de Santiago de Chile...

EL CONVITE

Nunca se había visto a Mac Tuppy sino en algún bar y en pie, junto al mostrador.

¿Cómo se las arreglaba Mac para estar siempre bebiendo? Misterio. No por su capacidad, que era inagotable, sino por su bolsillo, que estaba siempre vacío.

Aquella mañana Mac entró en el bar "El gato que fuma", y dando un fuerte golpe en el mostrador ordenó:

—¡Un whisky antes de la batalla!

—No tenemos esa marca — dijo el dependiente. — Ducchanan, Johny, Haig... Si usted quiere...

—¡Un whisky antes de la batalla!

Como a los hombres ebrios no debe llevárseles la contraria, el dependiente le sirvió una marca cualquiera.

—Tome usted.

Mac lo bebió y ordenó nuevamente:

—¡Otro whisky antes de la batalla!

El dependiente le sirvió otra marca.

—Tome usted.

El segundo whisky tomó el camino del primero sin que Mac protestase.

—Es un bebedor razonable — pensó el dependiente.

—¡Un tercer whisky antes de la batalla!

—¿Qué clase de whisky es ese antes de la batalla? — le preguntó el dueño del establecimiento. — Nadie ha pedido esa marca hasta ahora.

—Le explicaré a usted. Yo no tengo un céntimo, y cuando llegue el momento de pagar se armará aquí una batalla como la de San Quintín. Por eso pido un whisky antes de la batalla.

La batalla, en efecto, tuvo lugar, y Mac Tuppy se encontró en la calle, lanzado a puntapiés.

—No son muy educados, que digamos — dijo, recogiendo el sombrero del suelo.

Como era tarde, Mac subió a un tranvía. Generoso y galante ofreció su asiento a una joven, y se salió a la plataforma.

—Hay que ser bien educado con las mujeres — dijo al guarda.

Este se echó a reir a carcajadas.

—¡Es usted un estúpido! — exclamó Mac, furioso. — Se ríe usted de la educación, porque ya no se estila en estos malditos tiempos que corremos. Sepa usted que la educación lo es todo en la vida.

—Es posible — respondió el guarda, que seguía riendo. — Pero ahora la galantería estaba de más, porque iba usted solo en el tranvía.

Confundido Mac se apeó antes de que le cobrasen el boleto.

Estaba frente al "Princesa bar". No se decidía a entrar por miedo a la salida, y en estas vacilaciones vió acercarse a su amigo Kelly.

—¡Querido amigo! — le dijo. —¿Qué tal desde que nos vimos esta mañana? Vamos a tomar un vaso.

—Es que — dijo Kelly — no tengo dinero más que para un vaso.

—Muy bien. Pedimos un vaso y echaremos a suerte para ver quien se lo ha de beber.

Mac iba a pedir los dados cuando vió en un rincón del bar a su amigo Jimmy.

—Se me ocurre una idea maravillosa — dijo Mac. — Con un vaso vamos a tener otros dos, uno para cada uno de nosotros.

Y Mac se acercó a la mesa de Jimmy.

—¿Qué haces ahí? Desde hace un cuarto de hora te estamos haciendo señas para que vengas a beber con nosotros. Es mi ronda. Kelly y yo hemos bebido nuestro vaso. Toma el tuyo.

Mac llevó a Jimmy al mostrador, ante el único vaso servido.

Cuando Jimmy lo bebió, como a una invitación hay que corresponder con otra, dijo:

—Ahora es mi ronda. ¿Qué vais a tomar?

Y Mac y Kelly pidieron un whisky para cada uno.

Jean BOUCHOR.

Las antiguas luchas y el boxeo

El boxeo moderno debió tener su origen desde el momento en que dos hombres se disputaron una pieza de caza, un fruto, una mujer o una cueva donde guarecerse. Al pasar a la categoría de diversión, de deporte, se le sometió a reglas.

En Oriente, sobre todo en China y Japón, la lucha y el boxeo se practicaron de muy antiguo, como lo muestran dibujos múltiples, y varias pinturas egipcias que presentan los ejercicios de fuerza y agilidad de los tiempos faraónicos.

En Grecia, la Historia nos dice que desde los tiempos más remotos, la diversión favorita la constituían los juegos solemnes, en los que la fuerza y la destreza desempeñaban el papel más importante.

Ningún ejercicio gimnástico, ningún deporte exigía una instrucción más clásica que la lucha, porque para ella no bastaba la fuerza bruta, sino que era menester destreza y arte.

Aunque, en general, en la mayoría de las luchas, se prohibía golpear al adversario, estaba, sin embargo, permitido el golpe de cabeza, el del cuello y darse golpes en la frente, es decir, que en todas las luchas había ya boxeo, si como tal entendemos el golpearse con la mano.

Las luchas a golpe, el boxeo entre griegos y romanos, debieron ser mucho más crueles, mucho más peligrosas que el boxeo moderno, pues si en éste se exige el guante para aminorar los golpes, los antiguos empleaban el cesto, armadura de la mano, usada en el pugilato por los atletas, que consistía en unas correas entrelazadas guarnecidas con puntas de metal y que se ataban alrededor de la mano y de la muñeca, llegando a veces hasta el codo, para mayor defensa y seguridad.



Venía a ser una cosa así como ese arma bárbara y repulsiva que conocemos con el nombre de llave inglesa.

El golpe de cesto solía ser mortal, y por eso los pugilistas solían cubrirse la cabeza con un casquete de cuero llamado anfótida, que resguardaba hasta las orejas.

Este boxeo no era raro, pues la historia y la tradición nos dicen que estos juegos fueron instituídos en Padua por Troyano Antenor, en cuyo honor se celebraban .

Según Tácito, en estos juegos fué donde el republicano Trasea Paeto, natural de Padua, cantó unos versos, vestido en traje trágico, que acarrearon el odio de Nerón y que más tarde hubo de perderle.

Dos modos de lucha admitían los griegos: uno, en que los luchadores se esforzaban por derribar al adversario, levantándose para continuar, hasta que uno cayese por tres veces a tierra, con lo cual se le consideraba vencido, y el otro, que consistía en que, una vez en el suelo uno de ellos, impedir al adversario que se levantase.

Ulises, al luchar con Ayax, empleó el truco o treta de dar golpes con el talón en alguna articulación del contrario.

Numerosas son las pinturas de vasos en que vemos reproducidos diferentes momentos de estas luchas.

La lucha gimnástica y la del cesto fué en Grecia no sólo un ejercicio al que se entregaba la juventud por costumbre, sino que formó parte muy principal de los juegos que con carácter de espectáculo popular se celebraban en los anfiteatros. El pugilato fué, sin duda, el padre del boxeo actual, y los griegos lo conocieron desde los tiempos de Homero.

Así, pues, el abolengo de este deporte que hoy cautiva en la mayoría de las poblaciones del mundo no puede ser más clásico ni contar con entronque de mayor importancia.

Armados sus puños del cesto, que unos hombres especiales se encargaban de colocar, se presentaban en la liza (*ring* moderno), y después de probar su agilidad haciendo con los brazos evoluciones agonísticas, se dividían por parejas, y puestos los adversarios uno frente a otro, tomaba cada cual la posición más ventajosa posible, inclinando hacia adelante la parte superior del cuerpo, y comenzaba la lucha.

Cada luchador o púgil debía procurar que su adversario llegara a fatigarse hasta no poder continuar. Se apreciaba más la victoria conseguida por cansancio de un contrario que por sangre.

El atleta podía avanzar o retroceder, dar saltos a uno y otro lado, cambiar de actitud y de lugar, encogerse y emplear cuantas tretas lícitas se le ocurriesen.

El empleo de subterfugios prohibidos era severamente castigado.

Los púgiles se dirigían los golpes a la parte superior del cuerpo, es decir, como en el boxeo moderno de la cintura para arriba, sobre todo a las sienes, a las orejas, la nariz y la mandíbula inferior.

Cuando los luchadores se igualaban en resistencia, solían tomarse unos momentos de descanso para continuar con nuevo ardor, hasta que uno de los dos caía o levantaba las manos en alto en señal de que se consideraba vencido.

Bien claro se ve que el pugilato antiguo fué el que ha dado origen al boxeo moderno y que el estudio de aquellos juegos con cesto ha sido la base para reglamentar la lucha a puñetazos, espectáculo moderno importado de Inglaterra.



(Continuación de "Tarky")

Miró la torta recién sacada del horno y no se le hizo agua la boca; luego acarició con la mirada sonriente la chata llena de cristalino alcohol de noventa y cinco grados.

¿Y los quintos de plata boliviana? Echó mano a una taleguilla aromada de estoraque y no los encontró...

Después... sonrió con una sonrisa loca: ¡dentro de las alforjas tenía cuatro chatas de alcohol, de las cuales una iba vacía!...

Por las calles arenosas de Abra-Pampa, la aldehuela puneña bañada de sol y azotada del viento, iba Tarky haciendo eses con las piernas, cantando una antigua tonada cerrera; llevaba los ojos clavados en el suelo y veía unos brazos enjutos, morenos, que pugnaban por romper las ligaduras de la muerte y, dentro de las órbitas huecas, los ojos tristes de la Collaguaima. ¿Qué había hecho con su cuerpo sin vida? Había esperado hasta el filo de la media noche, hora en que aparecía el lucero brillante, para colocarla otra vez, sentado sobre los calcañares, dentro de la fosa. Y con tierra bermeja la cubrió...

Amanecía cuando tornó a caminar cuesta abajo. El viento embravecido le azotó, ya en un cerro, ya en otro, y por quiebras y por ciénagas...

. . . .

Salió haciendo eses con las piernas, de la casa de Yapura, el tendero rico, que tenía llamas y que no era arriero ni pastor; en la diestra temblona, enjuta, levaba una chata de alcohol de noventa y cinco grados. Y anduvo con paso ligero por dos, por tres de las calles de Abra-Pampa. Sin pensar y sin querer, echóse a campo traviesa; no tardó mucho en llegar a las ciénagas próximas al río de aguas rojizas. A la vera de una mata de tola se paró y volvió la cabeza en dirección del viento.

DON JACINTO. — ¡Hermosa caza! Si me hubieses dado la noticia antes, hubieras comido como pocos.

QUIPILDOR. — Parinas hay pocas ya; ckaititos quedan...

DON JACINTO. — ¡Y patos! ¡Y qué patos!

QUIPILDOR. — Otra ocasión no mate llagtos señor... el llagto es pájaro brujo...

DON JACINTO. — ¡Qué me importa!

QUIPILDOR. — Allí está otra vez el tatay Tarky...

DON JACINTO. — Lo veo con la chata de alcohol en la mano; andará borracho...

QUIPILDOR. — Así será, señor.

DON JACINTO. — Toda la noche la soñé a la india fea, negra y vieja; parecía que me miraba con las dos órbitas huecas.

QUIPILDOR. — A mí se me la apareció; y me pidió coca para su chuspita y me bolsiqueó...

Tarky, de pie, junto a la mata de tola, esperaba a los que venían conversando y les miraba tontamente.

DON JACINTO. — Ese coya está borracho... ¿Quieres que haga un tiro para asustarlo?

QUIPILDOR. — No, señor.

DON JACINTO. — Apuntaré a dos metros de donde está... No quiero verlo; su cara es parecida a la cara de la que desenterramos.

Las municiones pasaron silbando no lejos de Tarky. ¿Cayó en la cuenta de lo que ocurría? Avanzó tambaleándose. Don Jacinto traía, asidos por las patas, algunos llagtos de pecho amarilloso, una pareja de bonitos ckaitos y hasta tres parinas de alas rosadas; las aves venían salpicadas de sangre.

TARKY. — ¿Para qué las matáis, señor?... Las aves son de la Pacha-Mama... ¿Para qué las matais, señor?...

QUIPILDOR. — Son de ella, señor.

DON JACINTO. — ¡No lo puedo ver! ¡Tiene la misma cara de la que desenterramos!... ¡Vete de aquí, Tarky!...

TARKY. — A ver, entréguemelas, señor.

QUIPILDOR. — No le pegue al tatay, que es viejo.

DON JACINTO. — ¡Toma!... ¡Toma!...

Tarky cayó al suelo; de boca y nariz le manaba sangre, y fijó los ojos de mirada turbia en el cielo...

COMO EN LAS PESADILLAS DEL POBRE EDGARDO...

(Para FRAY MOCHO)

Ese diablo trunco de la media noche!...

Estoy solo esta noche maldita
en mi gélida y triste buhardilla.
"Sus" claveles envenenadores
no me dejan dormir esta noche:
Las corolas — rasgadas, roidas
por cién mil dentelladas felinas
de Luzbel — deben ser corazones
que murieron ahitos de amores...
Deben ser... Sí, serán!
Pero, ¿a qué trajo el halo de un sueño,
en su imagen "viva"
mi corazón "muerto"?
(¡Ah... la imagen! De pronto, se yergue, se estira
—llena de aire — rompiendo la informe
adhesión sutural de mis pobres
parietales... ¿dónde
perdió mis juguetes y aquel triste y noble
corazón de niño de mis ilusiones,
este diablo truneo de la larga noche?)

Levantándose sobre sí misma:
extendiéndose sobre su sombra;
repitiéndose — astral — en la altura,
para luego *morir en la forma*:
Así estaba en el ritmo
de mi desasosiego
cuando sus claveles me abrieron el alma;
cuando el diablo rojo se me entró al cerebro...
Y después... ¿Qué fué de su gracia infinita?
¿Qué poder oculto revivió su forma?
¿Por qué en su recuerdo quedó mi alma fría
y tomó su imagen emoción tan honda?

Muñequita de alambre, vestida
con sedas de antojo, cariño y porfía...
Abanico plegado en la Noche
entre lentejuelas de plata y resortes
de acero...
Eleonora? — Sensualismo en fuego —
O Ligeia?... — La triste, fantástica novia;
la más nunca vista, la que no se nombra...—

Muñequita de alambre y de seda,
obediente al ritmo, prendida a la idea
como a su resorte la infantil "sorpresa"
que — al abrir la caja — yergue su cabeza...
Eleonora?...
Ligeia?

Sus claveles rojos — heraldos traidores
de la fantasía — me han dejado insomne.
(Muñequita de alambre y de seda...
Eleonora?... Ligeia?...)

En la taberna del viejo Gyn.

Me parecen los ebrios, fantasmas
de papeles pintados... Que danzan
y se caen al suelo de un soplo
tan solo...
Si mi vista se encuentra con ellos,
los derriba y *proyecta* en el suelo...
como inertes montones de sombras:
— sin materia, sin vida, sin formas! —
Y, al rodar sobre el piso, sus cuerpos
forman cauces de trágico aspecto
en los que — espeluznantes — sus almas
reaparecen a flote... cual raras
aguas vivas — furtivas y ténues —
que los rayos de luz interfieren.
(Ondulantes espectros rojizos
en los cuales, aún, hierven los vinos...
Hojarascas crispadas, que filtran
el alcohol de la caña amarilla...
O quirópteros de ojos podridos
en los que fosforece el absintio...)

Luego, por sortilegios de Magia,
mi poder visualista se agranda...
Cual si hubiese el Demonio interpuesto
una lente de alcance supremo
entre aquellos malditos borrachos
y mis húmedos ojos cansados...
Y, así como con un microscopio
se percibe un vibrión anaerobio
que, en la jurisdicción de la Muerte,
(en un seno proteico) palpita y se mueve;
se percibe igualmente,
en las almas atormentadoras
de los ebrios, pasiones monstruosas
que se agitan, palpitan, se extienden...

Creo ver a los ebrios, desnudos
junto a sus respectivos sepulcros.
Me parecen sus carnes, rojizas
llamas fátuas... ondeantes... que giran
envolviendo en sus lumbres los huesos
tambaleantes
de los ebrios...

. . . .

Ya las carnes reposan tranquilas...
Fosforecen — cual masas podridas —
sobre el triste blandor de los huesos
tambaleantes
de los ebrios...
Y los gestos faciales destilan
un pus verde de infectas heridas.

Montevideo — *Francisco A. PAGANO*

EL VIAJE NEGRO

Por los lugares recónditos del Africa

El 15 de octubre de 1924, Andrés Citroen acababa de empaquetar sus vehículos para el "Viaje Negro", y el 28 del mismo mes ocho autos oruga remolcando otros tantos "bebés", cruzaban el Sahara, causando el asombro de las caravanas que encontraban a su paso. Se rindió a expedicionarios honores militares. La comitiva llega a la altiplanicie, en donde esperan formadas las tropas africanas. Legionarios y spaís vestidos de rojo, montados a caballo, y mokaznís envueltos en capas azules, encaramados en sus dromedarios, presentan armas. Cuatro aeroplanos inundados de luz evolucionan en lo alto. Era el saludo a los aventureros que pretenden recorrer 24.000 kilómetros de tierra africana para reconocer caminos y estudiar terrenos para que la Aviación llegue a tener servicios regulares en el "Oscuro Continente".

El 14 de mayo del año siguiente, uno de los cuatro grupos en que se dividió la expedición en Kampala llegó a Dar-es-Salaam; dos días después, otro grupo se detuvo en Mombasa; el 14 de junio, otro llegaba a Mozambique, y el 1.o de agosto el último grupo tocaba el término de su viaje, la ciudad del Cabo, habiendo atravesado el Africa de Norte a Sur.

Dejamos a la imaginación de nuestros lectores los trabajos y penalidades de los expedicionarios a través de desiertos, de "hammadas", reinos de piedra, de bosques y marismas, soportando bajas temperaturas y calor sofocante, lluvia y polvo.

En cambio, grande ha sido el atractivo, el interés en contemplar gran variedad de pueblos y razas primitivos, medievales y modernos, los pigmeos del Congo belga descendientes de aquellos que cita Herodoto, y de los que decía que vivían cerca de las costas de Africa y probablemente ocupaban todo el Africa ecuatorial antes de las inmigraciones de etíopes y bantús.

Cerca de Niamey aparecieron unos guerreros jinetes en caballos tan bizarramente ataviados como los hombres. Van cubiertos con armaduras de brillantes colores, cascos con cimera. Su aspecto es de guerrero de la Edad Media. Podían pasar por almogávares o por cruzados; pero sus armaduras no son de metal; son acolchadas. Los cascos, sí; son de hierro y de cobre. ¿De quién han copiado esa vestimenta? ¿Qué tradición les ha sugerido aquellas armaduras? Aquellos trajes son muy antiguos; no están fabricados por los que los usan, ni por sus padres, ni por sus abuelos, y más allá aquellas gentes no saben nada.

Estos guerreros de Niamey Tonfunis son habilísimos en cazar avutardas y avestruces. Suelen llevar en la frente un trozo de madera curiosamente labrado, que representa la cabeza del "Kalao" o secretario. Este ave no se deja acercar; en seguida advierte la presencia del enemigo; su oído es finísimo, y en seguida lanza el grito de alarma. Es el protector de avutardas y avestruces, y éstos buscan la compañía del kalao para que les advierta cuando se presenta el enemigo.

Los tonfunis se han dado cuenta del pacto cerrado entre estas tres aves y se aprovechan de él. Desfigurado de kalao, se esconden tras las altas hierbas, dejando aparecer solamente un largo cuello y una simulada cabeza de secretario, que mueve imitando al kalao. Las avestruces y avutardas, engañadas, se acercan al que creen su guardián y centinela, y no tardan en caer en las redes de su verdadero enemigo, el tonfunis.

Viene luego una visita al Sultán de Maradi, Serki Muza, entre cuya escolta había un caballero con casco de cuero, llevando una verdadera cota de malla de un templario.

Serki Muza está muy satisfecho de sus mujeres; pero no es feliz porque le amargan la vida sus cien suegras. Se ha casado, entre otras, con cinco de las sesenta y siete hijas de Barmú, Sultán de Tessaona, cuyo harem encierra más de cien mujeres, en esto superior al de Ekibondo, jefe de los mangbetas del Uelé superior, que sólo tiene cincuenta y tres mujeres.

En el Charí y en el lago Tchad se encuentran otros tipos, especialmente los "capita", capitanes de las embarcaciones del lago, que, como sus tripulaciones, son muy temerosos de sus dioses y tienen gran cuidado en desagradar al "Espíritu del viento" y a los monstruosos hipopótamos que pueblan aquellas aguas.

En Hoima aparece Tito Winyl, rey de Buganda, vestido de blanco inmaculado irreprochable y del corte que exige la etiqueta, y acompañado, así lo ordena el protocolo, de una mujer con la cabeza afeitada y envuelta en una toga morada.

La costumbre decreta que el monarca de Uganda ha de tener siempre una hermana y una madre. Si éstas mueren, sus ministros eligen una sucesora entre los miembros de la familia.

Después de los individuos vienen las hibus, los kotocos, así llamados por el grito ¡ko to ko! que lanzan los muchachos al golpear los bordes de las lanchas pesqueras mientras sacan el pescado de las redes; los saramasa, cuyas mujeres llevan discos de madera en el labio inferior y en el lado izquierdo de la nariz. Esos discos los van agrandando hasta alcanzar veinticinco centímetros de diámetro, lo que hace que se les caigan los dientes; los bauda, que hasta hace poco eran caníbales, y conservan la costumbre de afilarse los dientes. En el año 1904, para conmemorar una fiesta, sacrificaron en Ibenga a cuatro blancos y se los comieron; los ayandé, habitantes del Congo belga, donde aún respetan el nombre de Stanley, "Bula-Matari" o "el hombre que hace estallar las piedras"; los magbetus de color de bronce, refinados, de pies pequeños y manos delicadas y bien formadas; los laboriosos negros de Logo y los ya citados pigmeos.

La estatura de éstos viene a ser de 1,20 metros por término medio. Se les conoce entre los indígenas con el nombre de mamvuti, y más familiarmente con el de tick-tick, y los demás negros les miran con miedo supersticioso. Trepan por los árboles como los monos. Son los "gorii" gorilas de Herodoto. Manejan el arco con gran destreza y viven en chozas hechas con ramaje.

En cuanto a individuos raros y curiosos vistos por los expedicionarios, no olvidemos al "negro blanco" encontrado cerca de Bondo, un negro completamente blanco, de pelo rubio muy claro y ojos encamados muy vivos: un albisco.

Estos negros blancos son objeto de gran veneración entre los suyos.

También es curioso lo presenciado a la muerte del jefe Vogpo, a orillas del Bangui.

Arreglaron un curioso tocado e indumento para el cadáver; lo pintaron de rojo, le adornaron con sus brazaletes de pelo de elefante y sus collares de conchas y piedras y llenaron su cabeza con infinidad de plumas de cacatúa. Colocaron el cuerpo sentado majestuosamente en una especie de trono y colocaron en su mano un cetro, formado por multitud de hojas de cuchillo de diferentes formas que en vida había usado.

Tales son, a grandes rasgos, los individuos y razas que han visto los expedicionarios en su "Viaje Negro" al Oscuro Continente, tierras siempre admirables, llenas de encanto y de misterio.

ELEGIA OTOÑAL

(Especial para FRAY MOCHO)

Todo está triste, silencioso y yerto,
en estas largas horas otoñales.
Quedó el jardín desierto
lo mismo que mis grandes ideales.

Pena me da miraros mustias flores,
pálidas y amarillas, sin perfume;
igual que corazones sin amores,
como un alma que lenta se consume.

Todo tiene la paz del Camposanto.
Fúnebre soledad cubre a las cosas
que eran ante mis ojos deliciosas.
Los cipreses entonan suave canto
movidos por un viento áspero y frío
y pienso en los jazmines y en las rosas
que arrebató este Otoño tan sombrío.

Pena me da miraros mustias flores
sin aroma, sin hojas y sin nada;
igual que un alma enferma abandonada
en medio de miserias y rigores...

Envuelto entre las sombras de la tarde,
mientras pasan las horas lentamente,
parece que te mueres tristemente
herido por puñal frío y cobarde!...

Ni los rayos solares te saludan,
¡oh!, jardín solitario tan sombrío,
y al contemplarte hoy, mis ojos dudan
pensando si te habrás muerto de frío.

Contemplo tu dolor con honda pena.
Cruza por mi memoria un pensamiento
recordando a la novia que fué buena
y también se murió de sentimiento...

Ya no viene a mirarte aquel poeta
con su novia gentil y enamorada;
ni prepara el pintor ya la paleta
para pasar al lienzo tu glorieta
de besos y recuerdos perfumada.
(Murieron tu Romeo y tu Julieta).

¡Pobre vergel sombrío sin amores!
Tan lleno de pesar hoy te has quedado
que eres igual que un nido abandonado.
Se fueron los amante ruiseñores
y con profunda pena tu has llorado
al quedarte sin pájaros ni flores.

Lloremos una lágrima siquiera,
una lágrima sola, sí, lloremos
por el triste jardín que quedó yerto;
y en medio de este fúnebre desierto
un Padre Nuestro a Dios pronto recemos
pidiéndole que torne Primavera
y resucite este jardín que ha muerto.

Luis GARCIA BLANCO

A PLAZO FIJO

Por José Cerdán Aranda

Aquel muchacho era de un metodismo y regularidad a toda prueba.

Lo menos que merecía era haber nacido en la brumosa Inglaterra.

Todo lo hacía a un tiempo condicionado y cuidaba de que todas las cosas guardasen simetría.

La raya de su peinado era impecable, y ni un solo cabello se permitía cruzar la raya divisoria e ir de una banda a otra.

Cada vez que pasaba delante de una relojería sacaba su reloj y controlaba si su hora era exacta.

—¡Aoh! — expresión del cachazudo inglés para demostrar su aprobación, se decía. — Marcha bien. Mejor que mejor.

Hombre de regularidad y rectitud tales, no es de extrañar que las pusiera en evidencia en todas sus particularidades personales. Nunca doblaba una esquina haciendo curva. Marchaba, se paraba, daba media vuelta y a proseguir su camino siempre en línea recta.

Pero una genial zancadilla del propio Diablo le hizo trastabillar, girar sobre sí mismo, lo que ya es describir una curva cerrada y perder su metódica manera de obrar.

¿Quién fué el de la zancadilla? Ya dijimos que la mente ideadora fué la del diablo. El brazo ejecutor una mujer.

Las mujeres, pues, según esto, puede desprenderse que hagan pactos con el Malo. No tal. Son ángeles, pero también los ángeles, — a los niños se les denomina igualmente así — suelen tener diabluras o travesuras, que si bien a veces son inconscientes no por eso dejan de ser sus efectos nada gratos... y si no que lo digan las farolas callejeras rotas a pedradas.

Y el héroe de este relato, nuestro amigo Héctor Galli, fué volteado por una certera pedrada... romántica.

Héctor, hasta ese entonces, no había conocido lo que era el amor.

Tenía una vaga intuición de que debía ser algo así como un mal bicho molesto en demasía.

Y resultó que un día una mujer le llamó la atención más de la cuenta, y se inclinó hacia ella. Abandonó su rectitud perpendicular y tomó la inclinación de una oblicua.

—No hay duda, — se dijo. — Entre esta mujer y las otras, prefiero a ésta. Es de una simetría deliciosa, y como detalle esencial tiene un minúsculo lunar en cada mejilla. La haré mi novia por un tiempo determinado. Todas las cosas deben regularizarse y someterse a un determinado método. El "flirt" con una muchacha, puede, igualmente, condicionarse. Abandonarse a él es anularse. Además, a la larga, se cae en el hastío.

Como había pasado cierto tiempo de insinuaciones más o menos veladas, Héctor creyó ya llegado el momento de pronunciar la consabida declaración.

—Lucita, — la hermosura se llamaba Lucía, pero le decían cariñosamente Lucita, — yo tengo que confesarle a usted una cosa. Me he propuesto quererla. Para proponerme quererla debe existir una razón. No hay una sola, sino muchas. En primer lugar, usted es de una perfección asombrosa. No lleva melena, y para no hacer un rodete, se hace una "coca" a cada lado de la cabeza. Eso me demuestra su afinidad con mi manera de pensar y su orden privado.

A Lucita hízola gracia aquel comienzo de declaración. Ella, por su parte, también se sentía atraída hacia aquel raro ejemplar de la raza humana. En todos los tiempos y en todos los órdenes de la vida lo raro excita la curiosidad. Y cuando un hombre excita la de una mujer, tiene probabilidades de ser amado por ella, o viceversa.

—Sí, Lucita, yo me he propuesto quererla, pero, a fin de que usted no se llamara a engaño un cierto día, quiero decirle que la querré a mi manera, y por un plazo fijo, pongamos, por ejemplo, de seis meses.

Ella rió de buena gana, y su te, pero, eso sí, consciente de lo que otorgue, porque no quiero tener después cargos de conciencia.

—¿Quiere que le conteste en el acto?

—¿Sin ofuscación ninguna?

—Sin ofuscación ninguna. Ya ve: me hallo sonriente, prueba indudable del buen estado de mi espíritu, y quien tiene el espíritu en buen estado es porque la serenidad es dueña de su persona, y serenamente, conscientemente, lo acepto y convengo con usted en que nuestros amores tengan una duración de seis meses, a menos que...

—¿A menos qué?...

PROVERBIOS MALAYOS

—Cuando un búfalo se cubre de lodo, todos los demás lo imitan.

—El que trepa por los riscos puede caer y matarse.

—Al pez se le conoce por la escama.

—Convertir en un absceso, rascando, lo que no era más que un rasguño.

—En la boca lleva miel, en el dorso una aguijón.

—Tiene la boca llena de babanas, y la espalda desgarrada por las espinas.

—Lo que es muy barato de boca resulta caro en la balanza.

—El coco flota, la piedra se va al fondo.

—El que necesita dormir siempre encuentra almohada.

—El que planta cocoteros a menudo no come su fruto.

—¿Puede morir de sed el que guarda la fuente?

risa sonora y cristalina descubrió lo que los poetas han dado en denominar dos hileras de perlas y que son tales mientras las perlas están limpias y sin picar.

—¡Cómo! — inquirió el muchacho. — ¿Se ríe de mi amor?

—No, ni tal pensé. Me río de su personalísima manera de declararse, y de su primera condición de amar a plazo fijo.

—Ah, yo soy así. Yo no concibo el decir amar toda la vida, porque nadie ha amado por toda la vida. Luego, esa afirmación es un engaño. Y el amar sin saber hasta cuándo, tampoco entra en mi manera de pensar, porque amar así significa algo indefinido y yo soy enemigo de las cosas indefinidas o brumosas. Ahora le pido que lo piense serenamente y conteste cuando le parezca más convenien-

—A menos que no se nos ocurra renovar el crédito a su vencimiento.

II

Fueron pasando días de noviazgo. Era un noviazgo verdaderamente único, de una parsimonia extraordinaria, como cuadraba a la manera de ser de Héctor, y al que le llevaba la corriente Lucita, aunque poniendo en juego ciertas artes con la seguridad de vencer.

Lucita no decía nada de palabra. Sólo dejaba hablar a sus ojos, que eran preciosos, y tan convincente era el idioma de que hacía uso, que surtían efectos desastrosos en el rectilíneo Héctor.

Y éste notaba que también sus ojos miraban con más fuerza, que sus manos temblaban al contacto de las de ella y que su corazón latía más apresuradamente a su sola vista.

Y se decía:

—¿Qué es esto? ¿Qué significan estas expresiones nuevas en mí, y qué me hacen desviar de mi condición natural? ¿Será posible una variación en mis ideas? ¿Iré a ceder en una cosa de tamaña importancia, yo que no transijo en el uso del monóculo, porque por ser uno solo, deja al compañero del ojo que lo lleve en distintas condiciones estéticas? Pero, yo creo que esto es momentáneo; son transformaciones pasajeras. Por suerte, el día de la terminación de nuestro noviazgo se acerca, y de nuevo como antes.

Efectivamente, el día de la terminación de tan inusitado amorío se acercaba. Llegó, por fin, y ese día Héctor se encontró más azogado que en esos últimos tiempos. Sin poder remediarlo, la idea de que tenía que separarse para siempre de Lucita le producía escalofríos, y adrede se iba escapando de nombrar tal punto.

Lucita lo observaba, comprendía todo, y se reía interiormente de la jugarreta en la que el irreprochable Héctor había caído.

Llegado el momento de despedirse ese día, cuando Héctor se disponía a separarse sin alusión alguna sobre la terminación del plazo de amorío, Lucita lo atajó para decirle:

—Héctor, hoy, en esta hora, se cumplen seis meses de noviazgo, y con ellos expira el mismo según lo convenido. Queda, pues, en libertad de acción.

Aquello fué como un derrumbamiento. Se puso pálido, rojo, verde, negro.

—¡Lucita!

—¿Qué?...

—Yo, Lucita, sería muy gustoso en hacer una renovación... Eso es, ¡aoh!..., pero esta vez la renovación sería por tiempo indeterminado, por eterno.

—No le comprendo.

—Yo quiero decir que yo me he enamorado de usted seriamente, ardientemente, bárbaramente. Yo, entonces, si usted está conforme, quiero casarme con usted, y recordar que existe sólo un día determinado: el del día que nos casemos... Después, yo tomo el almanaque, y, ras ras, rompo todas las hojas, y para saber el día en que estamos, empiezo el primer día con un beso, al otro dos, y aumento así uno por día hasta llegar a treinta, — salvo los meses que tengan treinta y uno — y... a otro mes. Yo olvido toda mi rectitud. ¿Qué dice usted?...

—Haga una curva.

—¿Cómo?...

—Haga una curva con su brazo derecho y tómese de mi izquierdo, y caminemos juntitos y despacio que quiero que me repita eso de nuevo...

—Entonces...

—Entonces, señor de la rectitud, quiero decir que acepto esa renovación sin pagarés ni compromisos a fecha fija...

* * *

Lo último que supe de Galli, en quien el sentimiento fué más fuerte que su voluntad, es que, reincidiendo en la simetría había sido obsequiado por Lucita un cierto tiempo después de casarse, con un par de mellizos...

Conocimientos útiles :: *Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar*

Jabón especial para ropa blanca. Se disuelve jabón de sosa y se le añaden las siguientes materiar para neutralizar su axceso de alcalinidad:

Jabón de sosa ...... 1 kilo.
Esencia de petróleo 120 gramos.
Acido acético fuerte 30 „
Acido esteárico del 10 a 50 „

La adición del ácido esteárico tiene por objeto dar a la ropa blanca planchada un brillo intenso y uniforme.

Para dar a los tejidos el aspecto del estaño. — Mézclese polvo de cinc con una solución de clara de huevo, formando una pasta poco espesa. Aplíquese ésta sobre el tejido, déjese secar, y después de coagular la clara por medio de una corriente de vapor, colóquese en una solución de cloruro de estaño. Se acaba lavándolo con agua y dejándolo secar.

Ladrillos de serrín de madera.— Son ladrillos que pueden utilizarse con ventaja en las construcciones, tanto por sus cualidades de poca sonoridad como por ser aisladores del calor. Se mezcla el serrín con magnesia reducida a polvo fino, después se amasan las dos sustancias con agua hasta llegar a una completa homogeneidad. Se machacan en mortero y se muelen perfectamente y luego se les hace sufrir una débil compresión de 1 1|2 kilogramos, durante 8 horas seguidas. Por último, se hacen pasar los ladrillos, o las planchas, si se prefiere en forma por una plancha hidráulica. De esta manera se obtiene una sustancia impermeable, que puede pulimentarse y capaz de soportar una carga de flexión de 439 kilos por centímetro cuadrado, y de 854 kilos por compresión.

Para colorear de azul las hortensias se han hecho diversas experiencias en el jardín botánico de Dresde. Entre los productos ensayados, ha sido el alumbre de amoníaco, que debe usarse de este modo: recoger las plantas hacia el mes de Agosto, principiar a regarlas con el alumbre 6 a 10 semanas antes de la floración; la dosis de alumbre es de 10 gramos por litro de agua; hay que regar las plantas cada dos o tres días con esta solución.

Lacre para cerrar botellas. — Tómense 6 partes de resina y 3 de parafina; derrítanse juntas y añádanse 28 partes y media de negro de humo. También se puede hacer amarillo tomando, en vez del negro de humo, amarillo de cromo, en proporción de 7 partes. por cada 100 partes de la masa.

Para dar á las construcciones de cemento y especialmente á las estatuas el color del bronce, haciendo al mismo tiempo inalterable la masa á los efectos de la intemperie, se obtienen excelentes resultados operando del siguiente modo. *Coloración por el hierro*: dar á la superficie del cemento una buena mano de solución acuosa de cloruro ó de sulfato de hierro. Se deja secar y se da una segunda mano de amoníaco diluído en una ó dos veces su volumen de agua. Así se forma en la masa un depósito de óxido de hierro absolutamente inalterable. Para virar el color al matiz verdoso é imitar no el color del bronce nuevo sino el de los bronces viejos expuestos á la intemperie, se añade al agua amoniacal un poco de ferrocianuro de potasio que con las sales de hierro da azul de Prusia.—*Coloración al manganeso*: se obtienen tonos más obscuros que con las sales de hierro dando sencillamente al cemento ó al hormigón una buena mano de solución acuosa de permanganato potásico á 20 ó 30 gramos por litro. La composición se altera rápidamente al aire y deposita en la masa del cemento partículas obscuras de óxidos diversos de manganeso, completamente inalterables. Para intensificar los matices obtenidos con los procedimientos expuestos y al mismo tiempo para proteger el cemento de la acción de las lluvias tan nefastas en época de heladas, se cubre toda la superficie con un poco de parafina. Cuando está perfectamente seco el cemento se aplica la parafina en caliente con una brocha y después con ayuda de una lámpara de plomero, de llama gaseosa se facilita la penetración en el cemento al mismo itempo que se quita el exceso de parafina fundida bajo la acción del calor. En seguida se enjuga con una brocha seca.

Barniz elástico de asfalto.—Prepárese primeramente una solución compuesta de una parte de caucho en dieciseis de aceite de trementina y mézclese luego con otra solución de dieciseis partes de copal y ocho de barniz de aceite de linaza.

A todo ello se agrega una solución de dos partes de asfalto y cuatro de barniz de aceite de linaza, diluído en diez partes de aceite de trementina.

Hay que filtrarlo antes de usarlo.

Para las escaldaduras de la boca.—Si por tomar la comida ó un líquido cualquiera demasiado caliente se escalda uno la boca, lo mejor para que desaparezca pronto el dolor es tomar un buche de aceite de olivas, lo que cabe en una cucharilla de café, y retenerlo todo el tiempo posible.

Imitación del marfil. — Un inventor ha descubierto un nuevo procedimiento para imitar el marfil, el cual se ha encarecido mucho por efecto de la rápida extinción del elefante.

La imitación es muy parecida al artículo legítimo y posee igual dureza. Para hacerla emplea el inventor las susbtancias de que se compone el verdadero marfil, y que son fosfato de cal tribáscio, carbonato de cal, magnesia, alumbre, gelatina y albúmina. A la cal viva la trata con suficiente agua para transformarla en hidrato; pero antes de que se haya verificado por completo la transformación, la echa una solución acuosa de ácido fosfórico, y mientras se hace la mezcla, se van echando gradualmente, en pequeñas cantidades, la cal viva, la magnesia y el alumbre, y finalmente, se añaden la gelatina y la albúmina disueltas ambas en agua.

Hay que tener cuidado de que la masa resulte plástica y lo mejor mezclada posible, y una vez hecha, se deja en reposo un día para dar tiempo al ácido fosfórico de obrar sobre el yeso. Luego se echa la masa en los moldes que se quiera, como por ejemplo, de bolas de billar, de mangos de cuchillo etcétera. El secado tarda poco con una corriente de aire á una temperatura de 150° centígrados. Al cabo de cuatro semanas, los objetos están perfectamente secos, y según se dice, tienen más semejanza con los de marfil legítimo, que los que se hacen con las demás masas hasta ahora inventadas.

Las proporciones en que hay que emplear los ingredientes citados son: cal viva, 100 partes; agua, 300; solución de ácido fosfórico (de 1.05 de gravedad específica), 75 partes; carbonato de calcio, 16; magensia, de 1 á 2 partes; alumbre (precipitado), 5 partes; gelatina, 15.

No hay que decir que una vez hechos los objetos puede dárseles cualquier color que se desee.

Para limpiar el calzado de charol se conocen muchos procedimientos buenos todos ellos; pero el sistema antiguo de usar crema ó leche no da resultados perfectos del todo. Para obtener un hermoso lustre se puede emplear crema de la que se usa para los muebles, ó aceite común y trementina mezclados á partes iguales. Con cualquiera de ambos procedimientos se obtiene un gran brillo, por viejo que sea el charol.

COSAS DE LA SIERRA

L'otra tarde... era cuasi entre dos luses;
a esa hora en que los ruídos del día se han muerto ya
y la piedá del istante nos pone un poco de plomo
en los párparos, que ansina, se mira mejor p'atrás...
A esa hora en qu'el ricuerdo aprovechando el silensio
de los campos y los montes, hace su vos escuchar,
y que, pá no peturbarlo, las cosas se van borrando,
estábamos, yo y mi china, en el rancho, sin hablar..

Redepente se oyó un grito: era uno e' mi gurises
que cáiba, trayendo en brasos un hijo e'guasivirá,
que lo encontró por la sierra, y ha pensao en criarlo guacho,
y lo largó adentro el rancho, ande se puso a temblar.

Y hablamos cuasi de golpe:—¡ Pobresito ! ¡ Pobresito !...
¿Pá qué lo trujistes, h'hijo? ¡La madre se v'apenar!
Si a vos tamién te robaran d'éstos ranchos de tus padres
¡cómo díbamos nosotros a yorar!

Yastá el candil ensendido. Y la bombiya del mate,
como si juera una hija que se vá.
nos yeva besos al dirse. Ya el churrasco está yorando,
con la ilusión de que ansina al juego lo v'apagar...
cuando el perro ladra y corre, y antes qu'él, yeg'a la puerta
y se met'en la cosina, temblando a todo temblar,
con los ojos tristes, ¡tristes!, asustada, como loca,
como a entregarse a la muerte, ¡la Madr'el guasivirá!

¡Suerte grande la e'ser guenos! ¡Suerte grande la e'tener
blando y sobao el gañote, pá que, con fasilidá,
li haga la emosión el ñudo! Porqu'es mejor, ocasiones,
¡ni poder siquiera hablar!...

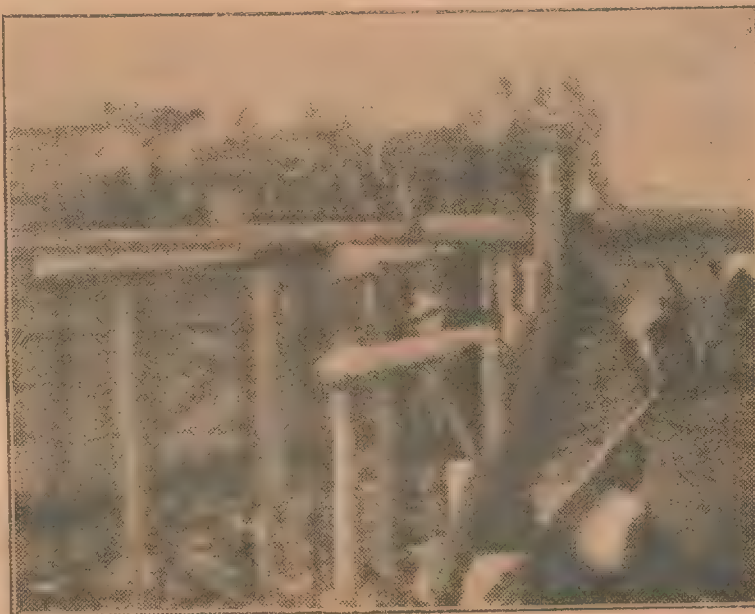
Al vandiar la puerta el rancho, dió vuelta su cabesita
la pobre Madre que s'iba con su hijo el guasivirá.
Nunca vid'en otros ojos, ¡nunca! ¡nunca!
Lo que había en su mirar!...

Guillermo CUADRI.

EL XIV SALON NACIONAL DE ACUARELISTAS



"El prócer", por Antonio Fausto



"Puente en construcción", por Pedro Angílica



"Cabeza de pibe", por I. Furst

La impresión de conjunto, del XIV Salón Nacional de Acuarelistas, no ha sido muy favorable; pues a pesar de las muchas piezas rechazadas, debieron rechazarse más aún.

La pléyade de autores vanguardistas no ha aportado nada digno de tomarse en consideración, a no ser como una muestra de juvenil desenfado.

Descartando algunos cuadros de mérito, debidos a firmas de prestigio y de los cuales nos ocuparemos posteriormente, citaremos algunos de los más dignos de estímulo. Por diversas calidades merecen destacarse: Andrés Siciliano, Luis Macaya, Enrique Requena Escalada y la señorita Romilda Ferraria por su cuadro "Retrato de mi hermana", muy bien terminado.

Pedro Angílica, es un pintor joven, de gran seguridad en la expresión pictórica y de buen dominio en el dibujo. Sugiere, más que muestra o exhibe y es ese precisamente el verdadero concepto del arte moderno. "Puente en construcción" y "Cabeza de estudio" son dos buenos cuadros que ha presentado.

Digno de todo encomio, es el señor Mauricio Coraldo por su tela "Refugio de borrachos" Es una sinfonía en rojo, certeramente realizada y en la que presenta una bella nota de ambiente.

"Cabeza de pibe" de I. Furst, es un cuadro admirable, vemos el alarde del pintor en armonizar todas aquellas tonalidades suaves y, sobre todo, un gran dominio del pastel.

El más fecundo de los expositores, Antonio Fausto ha sido muy original en sus cuadros, entre los que destacamos: "El Juan de Dios y feliz... Berto", "Oscar Wilde" "La vela" y "El prócer".

Contemplando la tela "La obra", de Orestes Urbini, podemos afirmar que nos hallamos ante un joven de positivo valor; su cuadro está pintado con insospechable riqueza de matices.

Muy acertado el señor Minervino Pavanello, con su acuarela "En el puerto".

El señor Luis R. Vivo, posee un estilo propio; sus cuadros están expresados en un lenguaje de infinitas modulaciones "Motivo de Riachuelo" es un buen trabajo de este pintor.

Francisco Ramoneda, con sus trabajos al carbón y al pastel, demuestra poseer una técnica nada vulgar. "El Rulito", cuadro que reproducimos, corrobora esta afirmación.

Alfredo ARJO



"El Juan de Dios y feliz... Berto", por Antonio Fausto



"Oscar Wilde", por Antonio Fausto



"Refugio de borrachos", por Mauricio Coraldo



"El Rulito", por Francisco Ramoneda



"Motivo de Riachuelo", por Luis R. Vivo

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18 — U.T. 0428, B. Orden.

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el Exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre	„ oro 4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año	„ oro 8.00
N.o suelto	„ 0.20	N.o suelto	„ 0.25		
N.o atrasado	„ 0.40	N.o atrasado	„ 0.50		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista

Encuadernación de ejemplares

			En cuero	En tela
Encuadernación en formato	grande	cada tomo	$ 12.—	3.70
„ „ „	chico	„ „	„ 8.—	3.—
Tapas sueltas „ „	grande	„ „	„ 9.—	2.—
„ „ „ „	chico	„ „	„ 6.—	1.50

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

N.o 14 — CHARADA

Primera y tercera, nombre (de mujer
segunda y primera tiempo (de verbo
primera y quinta, tiempo de (verbo
segunda y tercera, tiempo de (verbo
quinta y tercera, animal (acuático
cuarta y primera, palabra la- (tina
cuarta y tercera, comparsa

N.o 15 — JEROGLIFICO



N.o 16 — COMPRIMIDO

T I

N.o 17 — ADIVINANZA

—¿En qué se parece un árbol a un borracho?

N.o 18 — CHARADA

Si un *primera* me mordiese
o si a oír un *prima cuatro*
de algún vate soporífero
me obligasen ¡voto al chápiro
no le sentiría como
ser un *todo derrotado.*

N.o 19 — JEROGLIFICO



N.o 20 — COMPRIMIDO

TVACAA

N.o 21—CHARADA EN SERIE

I

Primera, tercera y cuarta, rasgo de esplendidez; *segunda,* verbo. — *Todo,* diosa mitológica.

II

Tercia prima, tiempo de verbo: *dos prima,* ídem; *dos.* consonante; *tres,* vocal. — *Todo,* diosa mitológica.

III

Prima, vocal, igual a *cuarta; tres,* consonante; *dos,* contrario al bien. — *Todo,* animal mitológico.

IV

Prima, consonante; *tercia,* consonante; *cuarta,* vocal; *dos cuarta,* en el canto. — *Todo,* atributo simbólico en mitología.

FINAL

Con una sílaba de la primera solución, una de la segunda, otra de la tercera y otra de la cuarta, se forma el nombre de un dios, también mitológico.

N.o 22 — TARJETA

Sr.
Bartolo Purneyro
Ajó (Bs. Aires)

Con las letras de esta tarjeta, formar el nombre de una aplaudida comedia nacional y el nombre y apellido de su autor.

N.o 23 —



N.o 24 — ADIVINANZA

—¿Por qué a los astrónomos no les puede gustar la música?

N.o 25 — FRASE EN ACCION



N.o 26 — CHARADA

Prima dos nombran mujer,
quita tres en el bailar;
cuarta nota y en mi *todo*
un cenobita has de hallar

N.o 27 — COMPRIMIDO

2 x TÑOOILUU 3

N.o 28 — JEROGLIFICO



PENSAMIENTOS

El hombre debe realizar bajo Dios la armonía de la naturaleza y el espíritu en forma de voluntad racional y por el puro bien. — Krause.

El que da, ama y quiere más que el que recibe; y todo obrero ama y quiere mucho más su obra que lo que esta obra, si tuviese sentimiento, le amaría a él. — Montaigne.

El progreso moral siempre trae consigo un aumento de prosperidad; si el progreso material no va acompañado de un progreso equivalente en el orden moral, sobreviene la decadencia. — M. Le Play.

Hay frases que nos persiguen como una amenaza o que nos afligen como un remordimiento. — A. Dumas, padre.

Nada aborrezco tanto como las exigencias de la mujer, que aguan el sabor y gusto de lo bueno. — S. Estébanes Calderón.

A un hombre ilustrado le basta con una mujer de buen sentido; son demasiado dos ilustraciones en una sola familia. — Vizconde de Bonald.

Las mujeres son, en verdad, un enigma indescifrable. Si no se las comprende, nos acusan de torpeza; si, al contrario, se adivinan sus intenciones, les parecemos impertinentes. — Bernard.

Soluciones del número anterior

N.o 1—Comarca
„ 2—Comadre
„ 3—Carroza
„ 4—Furioso
„ 5—Hacéfalo
„ 6—Bonaparte
„ 7—Condenada
„ 8—En una palabra
„ 9—Relicario
„ 10—Andar en cueros
„ 11—I-Cerrojo. II-Tute.
„ 12—Belisario Roldán
„ 13—Pasar por sonso

PAPEL Y TINTA

"Legislación social contemporánea", por Leonardo F. Napolitano.

Bien conocidas son las condiciones predominantes de este escritor ventajosamente conocido en el país por sus múltiples libros dados a la publicidad, sobre temas sociales y literarios.

El señor Napolitano es un espíritu múltiple e incansable, que, aparte de sus tareas que le impone el periodismo, sus ratos de ocio los entrega a su coloquio con los estudios y también con las musas.

Su nuevo libro que nos remite, nos da la sensación de una obra bien pensada, donde la claridad del pensamiento se manifiesta francamente. Estudia las leyes sancionadas hasta el presente, y hace un análisis profundo de ellas, señalando sus errores y demostrando a su fino criterio la parte vulnerable.

En el prólogo dice: "No he de verter conceptos supeditados a dogmatismos, sectas o partidos, porque hay momentos y estados espirituales donde deben alejarse todas las miras calculadoras para expresar el sincero sentir como ciudadano del universo". Con las palabras citadas se refleja el alma de Napolitano, que pasa por alto los apasionamientos, las tendencias y anatematiza o señala desde un punto ideológico y real.

Critica las leyes precipitadas y frondosas, forjadas en momentos de ofuscación y después de debates que no van a ningún fin. Hombre estudioso, conciente, fiel a su pensamiento, se ha preocupado siempre de la legislación, haciendo por ende una obra de verdadero patriotismo, combatiendo los convencionalismos y las malas prácticas.

El señor Napolitano enriquece las obras de texis, con esta de reciente publicidad, valiosa por cierto y que merece la atención, el análisis de aquellos que siguen las ásperas sendas del derecho y que saben a ciencia cierta, las muchas deficiencias que revisten las leyes sociales sancionadas.

Estamos convencidos que este libro que va contra los malos factores que agitan el organismo social, reportará un gran beneficio, por la expresión sincera que encierra y por la elocuencia de su estilo.

V.

"El Mar Dulce", por Roberto J. Payró. —Editor, Manuel Gleizer.

Después de aquella hermosa novela, intitulada "El Capitán Vergara", el reputado escritor, don Roberto J. Payró, nos dió a conocer "El Mar Dulce", crónica romancesca del descubrimiento del Río de la Plata, la cual es referida en forma de diálogo entre el cronista y poeta Oviedo y su amigo Juan Díaz de Solís, en la que demuestra el señor Payró condiciones nada comunes para salir airoso en esta ardúa y delicada empresa: llevarnos como de la mano, hacernos ver todo el panorama de sus andanzas, distraernos, y luego regresar más ilusionado que al partir, con la diferencia de haber vivido siglos, en el espacio de unas horas.

Puede decirse, con amargura para las letras, qué "El Mar Dulce" fué la última bella obra que escribiera el maestro de la palabra escrita. Por eso, al ocuparnos hoy de ella, queremos sólo cumplir con un deber de información: anunciar a nuestros lectores el título de ella, y decirles, que si la leen, no perderán su tiempo; pues se trata de un trabajo bien pensado, escrito con galanura de estilo, y mejor realizado.

"Palabras socráticas", por Arturo Cancela. — Editor, M. Gleizer.

"Palabras Socráticas", es un libro que se lee con interés, sus páginas se hallan impregnadas de una amable y honda filosofía, a un mismo tiempo. El señor Cancela, con los trabajos reunidos en este volumen, evidencia una vez más, las innegables condiciones humorísticas que demostrara en sus anteriores obras; es decir, en "Tres relatos Porteños" y "El Burro de Maruf".

"Palabras Socráticas", es una edición ilustrada, dividida en cuatro partes. En la primera de ellas, hace la defensa de la inmortalidad de Sócatres, desarrollando este epígrafe: "Todos los hombres son mortales; Sócatres es hombre; Sócatres es inmortal..."

Luego les siguen "Carta abierta al General Justo" y "Palabras socráticas a los estudiantes"; finalizando dicha obra, con un trabajo, en forma dialogada, lleno todo él de un espíritu analista, discursivo, filosófico, y que el autor titula "Un diálogo en Ginebra".

Todo lo que podríamos agregar, en elogio de "Palabras Socráticas", del señor Cancela, creemos nos resultará ocioso; por consiguiente, dicha obra es de aquellas que, distraen más leyéndolas, que referidas por boca alguna.

José Mauricio PEIXOTO

LIBROS NUEVOS

El distinguido poeta señor González Carbalho, acaba de entregar a la editorial "El Inca" un libro de poesías, titulado "Las Oraciones", que aparecerá próximamente.

También tiene en preparación, y que publicará este año, una obra en prosa, intitulada "Libro de cuentos para un niño", a publicarse por la misma editorial.






AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E .Carrulla
Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades internas
MEJICO 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Víctor Moraschi
OCULISTA
Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"
DE 2 A 4 1/2
PARAGUAY, 1615
U. T. 7297 Juncal.

Dr. Eloy A. Escobar Bavio
Director de los Servicios Médicos del Jockey Club y del Círculo de la Prensa.
Atiende especialmente enfermedades del corazón, aorta y sangre.
Consultas: de 16 a 19 horas
CALLAO, 433, 1.o piso
U. T. Mayo 1328

Dr. Alberto T. Barragán
Dentista Cirujano
De 14 a 18 SAENZ PEÑA 216
U. T. 38, Mayo 6837

Dr. Jorge I. del Piano
Médico del servicio de garganta, nariz y oídos d el Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor Sebileau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal
Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto
Del Hospital Rawson
Matriz, ovarios y cirugía de señoras
Suipacha 27. U. T. Riv. 0500
Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale
Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
Enfermedades de los ojos
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735 U. T. 7385 Avda.

EL EJEMPLO

A pesar de los años transcurridos, recuerdo la historia moral y edificante que acostumbraba contarme mi padre cuando yo era niño.

—No habías nacido todavía— así empezaba su relato — cuando ocurrió lo que voy a contarte. En el café que yo frecuentaba a diario, un caballero de mediana edad, correctamente vestido, llegaba a eso de las ocho de la noche, y empezaba a beber bocks de cerveza, ajenjos, vermouts, ginebra y otras bebidas, hasta que estaba completamente borracho. Entonces pagaba y salía del café tambaleándose.

¿Por qué bebía de aquel modo? ¿Afición al alcohol, neurastenia, una pasión amorosa?

Me propuse averiguarlo.

Un día me senté a su mesa y entablé conversación con él. Al cabo de un rato me atreví a preguntarle:

¿—Qué mujer adorada y perdida llora usted? ¿Qué mala acción pesa sobre su conciencia, que se ve obligado a embriagarse para ahuyentar los remordimientos y olvidar? ¿Qué pena secreta le impulsa a usted a la vergonzosa embriaguez? ¿Qué vicio...?

Al oír esta palabra, el hombre saltó de su asiento.

—¿Vicio? ¿Vicios yo, Arsenio Dupont, el íntegro y honrado ciudadano por excelencia? Sepa usted, caballeo, que si bebo tanto lo hago con un fin moral y de sacrificio paterno.

Y a un gesto de extrañeza contestó:

—Tengo un hijo, y como su abuelo, mi padre, bebía, tengo miedo que mi hijo adquiera el mismo vicio; y con objeto de apartarle para siempre del alcohol, para enseñarle cómo degrada al hombre esa vergonzosa pasión, me emborracho a diario, dándole de este modo el único ejemplo capaz de herir su imaginación juvenil.

Dicho esto se sentó y siguió sacrificándose.

Pasaron cerca de veinte años y, ya viejo, los azares de la vida me llevaron de nuevo a frecuentar aquel café.

¡Cuál no sería mi sorpresa al ver en la misma mesa al mismo caballero, entregado a la bebida, como hacía veinte años! Pero, cosa prodigiosa. Mi hombre no había cambiado, no había envejecido. Tenía delante la prueba de que el alcohol, en vez de destruir, conserva al hombre. Dispuesto a creer en un milagro, me acerqué:

—Perdón. ¿El señor Arsenio Dupont?...

El hombre, con voz sorda y balbuciente me interrumpió:

—Arsenio—dijo—era mi padre. Yo soy Julio. Mi padre murió víctima del alcohol. Tengo un hijo, y por él me emborracho; para que, viendo mi degradación, le asquee la bebida y no acerque un vaso a sus labios. ¿Comprende usted? Sería una vergüenza que siguiera el ejemplo de su abuelo.

Louis ERNEST

TEATROS

"COLON ERA GALLEGO", EN EL NUEVO

La intención de Julio F. Escobar al escribir esta pieza no ha podido ser otra que la de proporcionar a Casaux un papel en el que pudiera poner una vez más de manifiesto sus altas cualidades escénicas. Es una pieza para Casaux, con un rol preponderante para el primer actor y la colaboración de los demás intérpretes para divertir al público durante una hora, sin preocupaciones ni para el autor, ni para los cómicos, ni para el auditorio.

La vieja polémica sobre la nacionalidad de Colón, origina un serio conflicto entre dos familias y está a punto de desbaratar el casamiento de dos jóvenes enamorados que no tienen ninguna culpa de la impericia de los historiadores, ni del exaltado patriotismo de los respectivos papás. Pero la noticia dada por un diario asegurando que el descubridor de América no era español ni italiano, sino portugués, pone término a las rencillas y todo se soluciona a satisfacción general.

Simple y completamente arbitraria, esta trama está desarrollada con mucha habilidad y consigue plenamente divertir al público, sin necesidad de recurrir a procedimientos subalternos.

No hay que decir nada nuevo de la labor de Casaux en su papel, que es casi toda la obra. Los demás muy bien.

EN EL NACIONAL

En sucesivas representaciones, se confirmó el éxito que tuvo en su estreno la pieza de José A. Saldías titulada "Romance federal", tanto por el tema y desarrollo de la producción, como por la labor de los intérpretes y la excelente presentación escénica de sus interesantes cuadros.

Cuando escribimos estas líneas, se llevan muy adelantados los ensayos de la pieza de Martínez Cuitiño denominada "Muñecos de ocasión", de la que nos ocuparemos oportunamente.

LAS NOVEDADES DE CASAUX

No es temporada la actual para que las piezas se eternicen en el cartel. La curiosidad del público es cada vez mayor y su impaciencia no tolera gran número de representaciones consecutivas. Solamente en casos excepcionales permite los largos usufructos. Por eso están bien provistas todas las carteras teatrales, prestas a volcar su contenido.

En la de Casaux figuran en primer término "Viva el padre Krantz", de Samuel Eichelbaum y "La calle Corrientes", de Manuel Romero.

"UN TIPO QUE GUSTA A LAS MUJERES" EN EL SMART

La pieza de este título, estrenada por Julio F. Escobar en el Smart, es una traducción y arreglo a nuestro ambiente, de una pieza alemana original de Arnold y Bach que se ha representado en muchos idiomas, siempre con éxito. También lo ha tenido en la versión que nos ha sido ofrecida por Escobar y que conserva toda la fuerza cómica del original, bien adaptada a un ambiente propicio para dar mayor realce y comicidad a las situaciones.

No se ha olvidado Escobar del actor que había de encarnar el papel de protagonista y ha puesto a su cargo una gran cantidad de material reidero, que el popular Ruggero aprovecha con la abundancia de recursos que todos le conocemos.

Los demás elementos de la compañía Ruggero se condujeron con su habitual eficacia, especialmente las actrices Amelia Senisterra, Lea Conti, Toto Billy y Viviana Díaz, así como los actores Juan Bono y Mario Fernández.

—Se anuncia como próximo estreno una pieza de Octavio P. Sargenti, titulada "Loco de remate".

LA GENTE DE AVERIA

Debe de haberse estrenado en el Cómico una pieza que ofrece la novedad de llevar a la escena episodios de la vida de presidio, entre los estimables señores que asisten diariamente a las reuniones de la garconier de Sierra Chica. El ambiente de esos bravos muchachos que en plena juventud desprecian los placeres de la vida mundana y se recluyen en su casa solariega con una modestia encomiable, ha de ofrecer amplio campo para realizar cuadros de interés.

Esta pieza, de Roberto Talice y Luis Dieguez, se titula "Sierra Chica" y de ella nos ocuparemos en el número próximo.

ESTRENOSE UNA PIEZA EN EL LICEO

En el Liceo, hasta ahora, se han registrado por éxitos todos los estrenos. Se han buscado bien las obras, fueron puestas en escena con propiedad y sin escatimar gastos, consiguiendo lo demás una interpretación cuidada y eficaz.

En el próximo número nos ocuparemos del estreno de la pieza de Federico Mertens y Arturo Loruso, titulada "Madame Toupet-Ciencias ocultas. Se adivina el porvenir".

ARTICULOS DE BATACLAN

No importa que el público haga evidente y cada vez más sensible su desvío. El negocio está montado y es necesario seguir adelante, porque así se defiende la mercadería. Para que el público no se aburra de las pavadas que oye, se le da algo que entretenga su vista y así como en el circo romano se daba a la brutalidad de las plebes enfurecidas el espectáculo de las carnes desnudas de los decorados por las escarapelas rojas que abrían los zarpazos de las fieras, en estos modernos circos las plebes, más ó menos bien vestidas, dan expansión a emociones primitivas contemplando a las modernas mártires del circo que exhiben su desnudez y la entregan como presa fácil a los zarpazos voraces de las miradas encendidas en apetitos lúbricos para los que el arte es un socorrido pretexto, pero ya explotado en demasía.

No somos puritanos, ni nos escandaliza el desnudo. Lo admiramos en el arte y en la vida, pero no en la pornografía y pornografía es lo que como artículos de bataclán nos están ofreciendo las compañías del género nacionales y extranjeras.

PARRA ESTRENO

Como no tuvo la fortuna que se esperaba la obra póstuma de Payró "Alegría", a pesar de sus valores, y, sobre todo, de sus bellos diálogos, el elenco que encabeza el popularísimo capocómico Florencio Parravicini, se vió en el caso de precipitar la renovación del cartel. Es así que mientras escribimos estas líneas, en el Argentino se estrenó "En Villa Bonete ha sonado un cohete", pieza cómica de los señores Emilio Sánchez y Rafael Sanromá, a la que haremos referencia en nuestra edición del martes próximo.

MAS MUJERES

Como si hubiera pocas, dirá el lector casado y que goza de la envidiable fortuna de no haber enviudado, tener ocho hijas casaderas de treinta para arriba, una suegra y dos supersuegras perfectamente inmortales... Sin embargo, y aún cuando la última estadística arroje 14 mujeres en el mundo para un hombre, las personas de buen gusto son partidarias de que aumente la población femenina, a compás de los artículos de primera necesidad... Así lo entienden en el Avenida, donde acaban de presentarnos las "Mujeres del día", que nosotros no conocíamos a pesar de ser del día... Como no es fácil juzgar a las mujeres, estudiaremos una semana entera a nuestras nuevas amigas para dar mejor el fallo acerca de la revista de Reparaz y Manella, que termina de estrenar el elenco dirigido por el actor Valero.

PERDIGUERO REAPARECIO

El sábado, con el estreno de la comedia en tres actos "Los cuatro caminos o Valeriana la churrera", reapareció ante nuestro público la gentil actriz Mercedes Díaz y su esposo, Arsenio Perdiguero, primeras figuras de un discreto elenco que actuará en el Mayo durante varios meses.

El público gustó de la obra y aplaudió con entusiasmo a los principales elementos de la compañía, que se desempeñaron muy correctamente en sus respectivos papeles "sacándoles punta", como se dice en la jerga teatral.

"EL ESPECTADOR" EN ESCENA

En la Comedia estrenaron la nueva obra del doctor Vicente Martínez Cuitiño, de título "El espectador o la cuarta realidad", clasificada por el autor de "escenas en libertad". Esta novedad se produjo en momentos de entrar en prensa esta edición, circunstancia que nos obliga a aplazar el comentario respectivo hasta la semana próxima.

Tratándose de una producción del autor de "Los cuervos rubios", puede el cronista descontar que el nuevo trabajo, no obstante referirse su construcción a "escenas en libertad", — expresión creada por los propulsores del ultraísmo español, — debe ser interesante como todo lo que firma Cuitiño.

SHAKESPEARE Y GOMEZ

Prosigue José Gómez describiendo su parábola dramática desde el escenario del Ateneo, separado ya de Fanny Brena, que actuaba como primera figura femenina. Era de preverlo: un escenario pequeño como el del Ateneo no podía albergar a dos artistas tan meridionalmente expresivos; se estorbaban mutuamente al gesticular...

Ahora, sólo, rey del escenario, Gómez puede desplegar todo su arte. Por lo pronto, una novísima versión de "Hamlet", hecha por los señores Roberto Talice y Luis Diéguez, acaba de trepar a las candilejas. En otra edición daremos detalles del hecho.

MUIÑO RENOVO

Tras de mantener largo tiempo estático su cartel, la compañía del Buenos Aires lo modificó en parte al dar a conocer la última producción de Rodolfo González Pacheco, titulada "El hombre de la plaza pública", pieza que acusa las características literarias del autor en todos sus trabajos escénicos.

Informaremos ampliamente en otro número acerca de este estreno, por cierto interesante.

LA OLONA VUELVE A BENAVENTE

La índole diversa de las piezas puestas en escena por la compañía de la señora Olona, después de representar "El demonio fué antes ángel", desorientó un tanto al público habitúe del Marconi, que en las últimas semanas demostró cierto retraimiento. El empresario Caderoso, comprendiendo que el público gusta de Benavente, ha tenido la feliz idea de exhumar una de las primeras obras del admirable autor de "Los intereses creados". Queremos aludir a "Los ojos de los muertos", estrenada en 1907 en España y poco después aquí. Es una bella producción donde se pueden advertir las condiciones tantas veces demostrada por el ilustre dramaturgo.

La Olona y Catalá, a cargo de los principales papeles, se desempeñaron eficazmente, bien secundados por sus compañeros de escena.

GRAND SPLENDID

La grandiosa sala de la calle Santa Fe pasará en la semana corriente bellas películas de afamadas marcas, ratificando así los propósitos de la empresa.

"SUBMARINO U. 9"

En el cine París se ha estrenado esta película de la Ernemann Film, de que tanto se ha hablado en los círculos cinematográficos desde que se anunció su estreno. Ha respondido a la expectativa la película, que posee todos los elementos necesarios para ser considerada como una de las más interesantes de la temporada.

CAPITOL

Esta sala realiza sus funciones con numeroso público, que celebra el acierto de la empresa en la confección de los programas.

GLORIA

Espléndidas cintas exhibirá en estos días esta prestigiosa sala de la avenida de Mayo, que administra el señor Sánchez.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1. — Modelo Martial y Armand. — Traje sastre "troteur" confeccionado en lana tono azul apagado, con cinturón de cuero barnizado. — 2 — Modelo Martial y Armand. — Abrigo de lana azul marino con dibujos oro antiguo; cuello y vueltas de nutria natural; cinturón de cuero barnizado en el tono de la nutria. — 3 — Elegante traje sastre confeccionado en raso negro con chaqueta tres cuartos forrada con crespón marrocain de seda gris Cuello y vueltas de astrakán gris. Cinturón de piel gris con hebilla de acero.



Para servir con el te

El ***Surtido Visitas*** de ***Bagley*** le hará hacer un buen papel, señora. Sus amigas y convidados alabarán su buen gusto al paladear tan deliciosos bocaditos frescos, rellenos algunos con dulce de fruta y vainilla, obleas con crema otros, tentadoras y finas creaciones de ***Bagley*** todas, reunidas en un solo conjunto a propósito para tes, reuniones, lunchs, etc. Conviene tener siempre provisión de estas ricas galletitas, pues las visitas se presentan a veces sin avisar.



GALLETITAS BAGLEY
OPERA

Ricas obleas quebradizas con relleno de crema de diferentes gustos. Especiales para postres de crema, licores y helados.

GALLETITAS BAGLEY
SURTIDO VISITAS

Tall. Gráf. A. GARCIA & Cía. Perú 1746.